3 1761 09545984 8

LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.

LS.
N9725v

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA VISIÓN

DE

FRAY MARTÍN.

POEMA.

VIGÉSIMA EDICIÓN.

36351
30/4/95

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1891.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

El protagonista del nuevo poema que ofrezco al público es Martín Lutero. Mi objeto, al escoger este asunto, ha sido el de representar con los vivos colores de la fantasía las vacilaciones, incertidumbres y terrores que debieron conmover el espíritu del impetuoso agustino, antes de que se decidiese á quebrantar los vínculos de la obediencia, á declararse en herética rebeldía contra Roma y á trastornar la paz del mundo cristiano.

El hombre, á pesar de su orgullo indomable, es un sér tan limitado y finito, que no conoce el alcance ni la duración de sus propias obras, y no sabe siquiera lo que engendra en el orden físico ni en el intelectual. ¿Dará su vida á un idiota ó á un genio? La idea que fecunda en su cerebro ¿será el error de un día ó una verdad que dominará la tierra y gravitará sobre los siglos? Lo ignora. Instrumento misterioso de la voluntad divina, ajeno á los fines providenciales en cuya realización interviene, no obstan-

te, como agente principal, cumple su misión sin comprenderla, y no sin íntimo convencimiento de esta verdad, dice Bossuet con elocuencia avasalladora, que «el hombre se agita y Dios le conduce.»

Lutero y las potestades de su época no se dieron cuenta exacta del movimiento religioso y social en que eran importantes actores, hasta que el mal no tuvo remedio y el cisma sobrevino. El oscuro fraile de Witemberg no creía, al principio, inferir ninguna herida á la Iglesia, combatiendo el tráfico que entonces se hacía de las Indulgencias; Leon X, espíritu generoso y suave, se reía de las agudas argumentaciones del doctor agustino, celebrando á veces su ingenio; el invicto Carlos V exclamaba, al verle, con aire distraido y desdeñoso:—¿Y este es el hombre que ha de trastornar mi imperio?—Enrique VIII le escarnecía con burlas acerbas, y las más perspicuas inteligencias de Italia se encogían de hombros, no pudiendo comprender que un bárbaro, como le llamaban, tuviese fuerzas bastantes para turbar la paz del catolicismo y remover el mundo. Pero llegó un momento en que todos se espantaron de lo que habían hecho y de lo que no habían impedido, como sucede siempre en las grandes catástrofes de la tierra; Lutero amedrentado quiso, más de una vez, retroceder, y no pudo; el Pontífice intentó cortar el incendio cuando ya era difícil conseguirlo, porque las llamas habían prendido en toda la cristiandad; Carlos V se vió empeñado en guerras sangrientas,

promovidas por la doctrina de aquel mísero fraile que había despreciado, y Enrique VIII, el defensor de la fe, arrancaba violentamente su reino á la obediencia de Roma, instigado por la más torpe y desordenada concupiscencia. Lo que parecía en su origen sutileza teológica, queja contra determinados abusos, cuando más, apasionada reyerta entre dos órdenes religiosas rivales, dominicos y agustinos, era en realidad el alumbramiento de trascendental y asombrosa revolución, que no ha terminado todavía, y Dios sabe cuándo tendrá fin.

La contemplación en la Historia de este extraordinario acontecimiento, al cual debe, en gran parte nuestra generación, el estado de inquietud en que vive, me ha inspirado este poema, que he escrito como un desahogo, por decirlo así, de mi corazón y de mi espíritu. No he tratado de hacer una obra crítica, sino un estudio puramente psicológico en la esfera del arte, y se engañaría quien atribuyese á mi trabajo otra intención y diversa tendencia. En él no juzgo, ni acrimino, ni absuelvo; me limito á pintar las angustias de un alma en los momentos supremos de su transfiguración y de su caída. Los silenciosos combates de la fe y de la duda en lo más hondo de la conciencia humana, han ejercido constantemente sobre mí, atracción irresistible, tal vez porque reflejan uno de los conflictos morales más frecuentes en nuestro siglo, donde son pocos los entendimientos bienaventurados que ven siempre

diáfano y sereno el cielo de su creencia, y no se sienten atormentados por internas y borrascosas contradicciones.

Hecha esta aclaración, que me parece necesaria para evitar aventurados juicios y comentarios injustos, nada más tengo que decir, y termino recomendándome á la buena voluntad de mis lectores.

24 de Febrero de 1880.

G. Núñez de Arce.

LA VISIÓN

DE

FRAY MARTÍN.

(WITEMBERG, 15...) (1)

CANTO PRIMERO.

I.

Era una noche destemplada y triste
del invierno aterido. Lentamente
la nieve silenciosa descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra. Cierzo helado
azotaba los árboles desnudos
de verde pompa, pero no de escarcha,
y, conmovidos por el recio choque,
parecían lanzar en las tinieblas
los duros troncos, lastimeros ayes.

II.

La ciudad descansaba. De repente
turbó su sueño el lúgubre tañido
de la campana, que con voz sonora
desde la torre á la oración llamando,
en sus vibrantes notas contenía
todo el siniestro horror de aquella noche,
negra y glacial, como el ingrato olvido
de la mujer amada.

III.

Era la hora
de los maitines en el viejo templo
de Padres Agustinos. Taciturnos
y soñolientos, la capucha vuelta
sobre la faz rugosa, y con los brazos
en las flotantes mangas escondidos,
por el gótico claustro del convento
los frailes avanzaban hacia el coro.
Las moribundas lámparas que ardían

de trecho en trecho, el claustro iluminaban
con esa claridad tibia y confusa,
más espantable que la misma sombra.
Y allá lejos, muy lejos, en el punto
do se perdían sus inciertos rayos,
—como en el lapso, perceptible apenas,
en que la luz crepuscular se extingue
y cede el paso á las nocturnas horas—
próximo al muro, tosco crucifijo
de colosal tamaño descollaba,
despertando en el alma esos terrores
vanos, pero invencibles, que el silencio
forja en la oscura soledad.

IV.

El claustro
quedó poco después desierto y mudo,
y entonces un humilde religioso
de su celda salió. Cual si cediese
á irresistible impulso, ante la imagen
del Santo Redentor, que en la penumbra
sus enclavados brazos extendía,

con sorda agitación cayó de hinojos;
ronco gemido levantó su pecho,
como levanta las dormidas olas
del mar la tempestad; copioso llanto
rodó por sus mejillas descarnadas,
y reclinando en la marmórea piedra
su demacrado rostro, oró un momento.

V.

El preludio del órgano, inseguro,
débil y torpe cual la voz del niño
que la palabra indómita balbuce,
súbitamente interrumpió el reposo
del sagrado retiro, y la profunda
contemplación del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
el caminante su nevada capa
cuando al hogar hospitalario llega,
y arrojando de sí los pertinaces
recuerdos, suspiró, besó contrito
la helada losa, y penetró en el coro.

VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara
con fe devota, y ocupó su asiento
en la esbelta y tallada sillería
donde esculpió la primorosa mano
de hábil artista, el trágico poema
de nuestra santa Redención. La roja
y amortiguada llama de los cirios,
que junto al facistol se consumían
con áspero y tenaz chisporroteo,
alumbraba la augusta ceremonia.
El órgano, hasta entonces vacilante,
rompió, como ruidosa catarata,
en raudales de mística armonía,
y cual aves que salen de sus nidos
al llamarlas el sol, ágiles notas
en tropel la alta bóveda inundaron,
ya graves, ya sumisas, ya imponentes.
Después el rezo comenzó.

VII.

¿Quién oye
sin alterarse el recogido acento,
el unísono cántico que elevan
á Dios las almas puras, olvidadas
del mundo y de sus locas vanidades?
¿Quién no siente de lágrimas henchidos
los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece
cuando en la nave colosal retumba,
con la terrible majestad del trueno,
ese coro magnífico y sublime,
mitad imprecación, mitad sollozo,
en que parece que palpita y llora
abrazado el dolor á la esperanza,
como un esposo al cuerpo inanimado
de la mujer á quien amó rendido?

VIII.

Los salmos de David son como el viento,
que apacible y sutil el campo orea,

grana la mies, y en melodiosas arpas
los corpulentos árboles convierte.
Mas luego fiero y desatado troncha
los más robustos troncos, las campiñas
y los poblados tala, hincha los mares
revolviendo las olas, y el espacio
con sus bramidos espantosos llena.
También el canto del salterio enjuga
el lloro acerbo, vierte en las heridas
consoladores bálsamos, conforta
al débil, da vigor al oprimido,
y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla
en sus tremendas notas el enojo!
¡Ay, si el céfiro blando se trasforma
en huracán desenfrenado! Entonces
abate á los soberbios, aniquila
la maldad orgullosa, y hasta avienta
el olvidado polvo de las tumbas.
¡Oh canto de piedad y de castigo!
Por tus sacros versículos parece
como que escucha el ánimo suspenso
rodar todo el estrépito del mundo:
tronos que se desploman, muchedumbres

que arrastra la pasión, sordo rugido
de la plebe sin Dios, desesperadas
blasfemias, estertores de la muerte,
todo en el arpa del Profeta vibra.
—Es como el mar la humanidad: ni calla
ni se detiene. En su perpetuo curso
cada generación lanza su queja,
como cada ola su rumor. Furioso
el vértigo del tiempo la arrebata,
y clama sin cesar de siglo en siglo:
—¡Misericordia, oh Dios, misericordia!—
¿Concentran ¡ay! los inspirados salmos
tan perdurable afán?

IX.

Con impaciente
celo, como quien busca en la plegaria
fuerzas para domar las tempestades
del oprimido corazón, el monje
recien llegado al religioso coro
unió su voz entrecortada y dura.
Los que gemís en las mortales noches

de prolongado insomnio, en que vacila
la fe, se ofusca la razón, y pliega
la esperanza sus alas, como el ave
ya próxima á espirar; los que del fondo
del pensamiento, en tan horribles horas,
sentís nacer la alborotada idea,
grande como Luzbel, como él impía,
tentadora y rebelde; los que en lucha
tenaz con la conciencia amedrentada,
veis lentamente oscurecerse el cielo
y pasar en revuelto torbellino
las ilusiones y crëencias, una
tras otra, cual las chispas fugitivas
de ardiente hierro sometido al yunque;
vosotros ¡ay! en el medroso acento
y en el fervor acongojado y hondo
con que el mísero fraile á Dios llamaba,
sentido hubierais palpitar la duda,
la duda insana, la ansiedad suprema
del náufrago infeliz que, arrebatado
por las rugientes y encrespadas olas,
mira á lo lejos la risueña playa,
insensible á su mal.—Mas de improviso

calló, fijando los turbados ojos
en el gótico altar, que en lo profundo
del templo opacamente aparecía.
Y creyó ver que en la desierta nave
como negro vapor se condensaban
las palabras del salmo, los acordes
armoniosos del órgano, su misma
voz, de zozobras llena, y hasta el eco
que resonaba en los macizos muros.
Los bíblicos lamentos, los dolientes
ayes y los versículos sublimes
que del coro monástico surgían,
dijérase que en raudas espirales
iban á hundirse en la profusa niebla,
espesándola más. Luego del seno
de aquella masa lóbrega, conjunto
de quejas, y suspiros, y clamores
en concertado són, cada gemido,
cada plegaria, cada voz, cobrando
sér, cuerpo y expresión de un pensamiento,
de una muerta memoria ó de una pena,
en mezcla tumultuosa á la mirada
del aturdido fraile se mostraron.

X.

Poblóse la ancha bóveda de informes
y fantásticos seres, que en horrenda,
vertiginosa danza, en incesante
giro, en continuo movimiento, como
nocturnas aves por el aire vago,
agitaban sus alas no sentidas.
Las recónditas ansias, las pasiones
dormidas, los recuerdos importunos,
que hasta del claustro en el retiro humilde
rompen la paz de la existencia humana,
en la insondable sombra revivieron;
y cuantos vicios escondidos yacen
en lo oscuro del alma, allí en confuso
turbión, tomando caprichosas formas,
cruzaban cual relámpagos. La gula,
la codicia, el rencor, la hipocresía,
larvas del humano rostro, serpeaban
con cárdeno fulgor en las tinieblas.
Y la pálida envidia, el vil recelo,
la iracunda ambición, el hondo hastío,

monstruos disformes de aceradas garras,
ávidas fauces y órbitas de lumbre,
con inquieto furor se retorcían.
Como indeciso rayo de la luna
en tormentosa noche, contrastando
con las visiones lívidas, que el miedo,
la pasión despechada, acaso el crimen
en la espantosa soledad engendran,
la fe sencilla y crédula que busca
su patria celestial, de luz vestida,
los tenebrosos ámbitos surcaba.
Allí la voz en que el amor profano
se revuelve ignorado y contenido,
como el fuego volcánico en las duras
entrañas de la tierra, revestía
gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil
mostrábase el amor, desnudo el seno
y palpitante, la febril mirada
incitando al placer, y la entreabierta
boca ofreciendo al corazón lascivo
un ósculo sin fin como el deseo!
Desgreñadas orgías, imposibles
sueños de abstinencia, abrumadores

votos de castidad, que en las vigilias
del claustro brindan en dorada copa
á la sed de las almas hiel hirviendo,
con satánica burla le acosaban.
Allí la pena, y el amor, y el odio
lloraban en silencio; allí la culpa
se destrozaba el oprimido pecho.
El gesto y la expresión de aquella hueste
de siniestras visiones daba espanto:
lleno estaba el espacio de sollozos
que se quebraban sin sonar; ni un grito,
ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable
y fantástica ronda interrumpían (2).

XI.

El fraile, jadeante y confundido
cual si tomara en la incesante rueda
parte activa también, la deslumbrada
vista alejó de la imponente nave,
clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca
hiciera tal. Horripilante cuadro,
que heló su sangre, y de sudor de muerte

cubrió sus miembros rígidos, de pronto
hirió su trastornada fantasía.
Fríos y descarnados esqueletos
recien salidos de sus tumbas, mudos,
inmóviles y absortos, con los brazos
tendidos, en la iglesia se agolpaban
de espaldas al altar, mirando al coro,
y animaba sus mustias calaveras
mueca infernal, incomprensible, oscura.
¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto
era de escarnio ó de dolor? Vedado
está el misterio á la razón del hombre.
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie
sabrá jamás lo que en su abismo encierran.
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—
¡Este es el mundo! El vértigo en su altura;
abajo, la bullente podredumbre,
y en el altar, la sombra.

XII.

Ante el medroso
hormiguero de espectros, que ofuscaba

su juicio y su conciencia, con lamento
desesperado y penetrante, el monje
pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto
de las tinieblas virginal figura
hermosa y fulgurante, pero triste.
Larga, enlutada túnica cubría
sus púdicos contornos, cual celaje
que vela el blanco disco de la luna
sin amenguar su resplandor; sus ojos
no lanzaban las ráfagas de fuego
que en la núbil pupila amor enciende,
pero brillaban trasparentes, puros,
como los astros en tranquila noche
de caluroso estío; su ondulante
y negra cabellera, en destrenzadas
hebras por la ancha espalda descendiendo,
con doble encanto resaltar hacía
la grave y melancólica hermosura
de la celeste aparición, envuelta
en una claridad como de aurora.
Pintábase en su faz meditabunda
y pálida el dolor; ese infinito
dolor que azora el corazón humano

cuando busca y no encuentra, cuando mira
y no ve, cuando lucha y desfallece (3).

XIII.

Cruzando leve el círculo movible
de seres impalpables, que llenaban
la bóveda espaciosa, la serena
visión, rompiendo el aire, entró en el coro,
y en el respaldo del sitial labrado
en que convulso el fraile padecía
tan tremendas angustias, silenciosa
apoyó dulcemente el blando seno.
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
y al través de los párpados, más viva
la imagen percibió; sintió unos brazos
que le estrechaban afanosos; luego
un ósculo glacial, que á un tiempo mismo
le helaba el corazón y le encendía
la mente; luego penetróle el alma
una voz regalada y cadenciosa,
como suspiro de amorosa virgen;
voz que, temblando, le decía:—Deja

que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo
podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado
y ya eres mío, ¡para siempre mío! —

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces
alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*
solemne y grave, el templo estremecía,
y la visión radiante á cada salmo
contestaba con otro, cual contestan
el eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado
el varón que se humilla
y no escucha el consejo del malvado,
ni en la manchada silla
de ciegos burladores se ha sentado.

LA VISIÓN.

Si en seguirme consientes,
pide, y mi amor te colmará fecundo

de dones y presentes;
tuyos serán los términos del mundo
y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas:
la tentación desprecia
y huye de falsas y mentidas galas;
que si el peligro arrecia,
te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISIÓN.

¿Vacilas? Ten aliento,
y no el torpe recelo te confunda;
eleva el pensamiento,
y libre como el pájaro en el viento,
quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso
por ocultos deseos, hasta entonces

nunca sentidos, y que el leve acento
de la visión en su interior movía,
volvióse el fraile, y preguntó azorado:
—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras
mi oración y mi paz?—¿No me conoces?—
le respondió, atrayéndole afanosa:
—Yo soy, mírame bien, algo que vive
y algo que ha muerto en ti. Soy una llama
que surge de improviso en el abismo
de tu inquieta razón. ¡Yo soy la Duda!
Al oir esto, irguióse el sacerdote,
y acometido de mortal desmayo,
quiso escapar de allí, mas vino á tierra
como la encina rota por el rayo.

CANTO SEGUNDO.

I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,
el cuerpo de su hermano recogían,
lívido, mustio, cual si el soplo helado
de la implacable muerte hubiese roto
su frágil existencia, el alma libre
abandonaba su prisión oscura
breves instantes nada más, y asida
á la flotante túnica enlutada
de la hermosa visión, llena de asombro
se preparaba á levantar el vuelo.

II.

Del mismo modo que el metal fundido
recibe y guarda la impresión del molde
que inflamado y rugiente le contuvo,

el alma incorruptible conservaba
la forma corporal, y como el rayo
de luz, que aun flota en la infinita esfera
después de extinto el astro esplendoroso
de cuyo seno se escapó, la imagen
del sér, al mismo sér sobrevivía.

III.

Obedeciendo á superior impulso,
como la débil hoja que arrebata
aura otoñal y el remolino lleva,
apartóse del cuerpo inanimado
do refugiada estuvo, que en el coro
inerte y cadavérico yacía;
no sin fijar en él tierna mirada
de lástima y amor.

IV.

Hasta el cautivo
llega á cobrar cariño á la cadena
que le sujeta el pié, si al duro peso

le acostumbran los años; hasta el ave
que encarcelada y entre hierros vive,
cuando quebranta su prisión, la llora,
y sola, triste, sin amor, sin nido
lamenta, agonizando, en la espesura
su inútil libertad. ¿Cómo podría
el alma desterrada, cuando vuelve
á su patria inmortal, dejar gozosa
al compañero humilde que en la tierra
prestóle amparo y le ofreció un asilo?
Él compartió con la infeliz proscrita
su pobre lecho, el único que pudo
cederla en su miseria, y el escaso
pan de sus breves alegrías; siempre
sumiso y dócil le brindó sus ojos
para llorar, para sentir sus nervios,
para pensar su mente, y su palabra,
y su sangre, y su acción; sin él la idea,
como Titán paralizado, nunca
el monte que la agobia rompería:
fuera un impulso sin objeto, un rayo
de sol ahogado por la noche, un mundo
en el seno del caos. Cuando le alienta

del entusiasmo ó de la fe la llama,
combate sin cesar, y si es forzoso
morir, se entrega al sacrificio, y muere.
Por él tiene sus mártires la augusta
verdad, sus nobles víctimas la ciencia,
la caridad sus héroes y el crimen
sus terrores profundos; él se arroja
sin temor, convencido ó resignado,
á las fieras del Circo, á las borrascas
del mar, á las angustias de la vida
y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil
y deleznable arcilla donde mora
el alma contenida, mas no esclava!
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo
Dios, que te honró, cubriendo su grandeza
con tu envoltura material, no pudo
separarse de tí sin hondo duelo.

V.

Por la visión doliente conducido
el temeroso espíritu del fraile
surcó el espacio lóbrego y callado;

pero en la densa oscuridad sus ojos
incorpóreos veían, y el silencio
para él tenía incomprensibles voces.
Descubrió de repente abrupta roca (4),
cuyo invisible arranque parecía
surgir de las entrañas del infierno,
y cuya cima inaccesible envuelta
en sosegado piélago de lumbre,
ni el águila, que mira de hito en hito
del sol la intensa luz, resistiría.
El principio y el fin del escabroso
y aislado risco á la razón humana
le está vedado conocer; ocultan
las tinieblas más hórridas su base,
y defiende su cumbre el increado
resplandor que despide, siempre vivo.
Con lenta gradación iba creciendo,
según subía en espiral, la llama
profusa do la cúspide sublime
sus ásperos contornos escondía,
hasta llegar á ser, como la sombra,
más que la misma sombra, impenetrable
la corona de fuego de la altura.

VI.

El alma y la visión su raudo vuelo
abatieron, posándose en la cresta
de cortadura ingente, que rasgando
la roca escarpadísima, llegaba
desde los lindes de la luz difusa
á lòs grados más tenues de la sombra.
Y allí de pié sobre la peña escueta
inmóviles se alzaban, como grupo
escultural sobre columna enorme,
cuando la tarde, al espirar, confunde
las formas y el color.

VII.

Ambas tendieron
hasta el confín de la penumbra inmensa
la vista audaz, desde el tajado pico
por cuyas quiebras con fragor caían,
como torrente de espumosas ondas,
los siglos despeñados de la cumbre;

é impasibles y absortas, del linaje
de Adán el rumbo incierto contemplaron.
Era la marcha fatigosa: agudas
zarzas, angostos precipicios, tristes
desfiladeros, páramos incultos,
sin un arroyo límpido y sereno
en que templar la sed, sin un abrigo
donde buscar reposo, embarazaban
la senda, que enroscándose subía
por el agrio peñón, como escamosa
y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
dejando impreso por do quier el rastro
ensangrentado de sus piés desnudos,
ó á cada paso en las breñosas puntas
su desgarrada carne, aquel camino
la humanidad seguía, y avanzaba
cayendo y levantando, pero siempre
la vista fija en la inmutable lumbre
que irradiaba del monte.

VIII.

Horrendas luchas,
impensadas catástrofes y fieras

venganzas la diezmaban de continuo.
En tribus dividida, y en naciones,
y en imperios, y en razas ¡cuántas veces
las tribus, las naciones, los imperios
y las razas enteras, cual rebaño
que ciego se derrumba y precipita
se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas
desparecían por completo, como
la débil nave que la mar sepulta!
Todo, todo se hundía en la insondable
vorágine del tiempo. Leyes, usos,
monumentos y gloria, hasta los mismos
dioses, temblando de pavor, rodaban
al fondo de la sima, nunca llena.

IX.

Los siglos arrollaban á los siglos
en turbulento curso, cual las olas
arrollan á las olas, y su paso
era raudo y fugaz, que en su potente
fermentación, naturaleza activa
absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe

vuelve á crear infatigable. Todo
era efímero allí, menos el Verbo,
el luminoso Verbo, la palabra
humana, que flotaba sobre el mundo,
como al romperse el caos, sobre los mares
aún mudos y dormidos, el inmenso
espíritu de Dios. Cuando los vastos
imperios sucumbían; cuando el hondo
abismo devoraba las naciones
y las podridas razas; cuando viento
de tempestad, en polvo convertidos
derribaba los dioses, el radiante
Verbo, sobrenadando, trasmitía
la herencia, el pensamiento y la memoria
del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X.

Pálida, sigilosa, descargando
certeros golpes por doquier, la muerte
en pugna eterna con la vida, el aire
envenenaba con su helado aliento,
y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,

iban sus hijas, la ambición, la peste,
el hambre y la discordia. Sin reposo
sobre la humana especie revolaban,
como bandadas de voraces buitres
que acuden al festín de la pelea,
y perseguían con perenne furia
la vida hasta en el átomo impalpable.
Pero extremaban su rencor en vano;
pues cual simiente que en el fértil surco
cae y germina, cada sér vencido
en la revuelta lid, de nuevos seres
origen era, y parecida á Anteo,
la disuelta materia renacía
al tocar en la tierra, más pujante,
más rica, más espléndida, más varia.
¡Oh generosa vida, que conviertes
hasta el sepulcro en cuna y solo entregas
á la insaciable destrucción, la forma
perecedera y ruín ¡mil veces salve!
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina
nunca se agota. Pueblas el espacio
de incalculables mundos, y los mundos
de innumerables seres que revisten

las más diversas formas; tú fecundas
lo pequeño y lo grande, lo finito
y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca
contemplaba el espíritu del monje
el viviente espectáculo, que apenas
llegaba á comprender. Extrañas gentes,
de distinto color, de opuestos ritos
y múltiples costumbres, afluían
al áspero sendero, como afluyen
los ríos á la mar. Allí el etiope,
el escita, el que acampa en los desiertos
del Africa recóndita, el que bebe
las turbias aguas del sagrado Ganges,
el indio errante sin hogar ni patria,
que al través de las selvas primitivas
su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva,
el que milita en la escogida hueste
de Cristo, el que le niega ó le desdora

y da su vida en holocausto impuro
al triunfal carro de mentidos dioses
por el error vencido ó por el miedo,
en la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! Aquella
varia y revuelta multitud, que á impulsos
de opuesta fe, de símbolos distintos,
y de contrarias religiones, iba,
siempre en interna y perdurable lucha,
el humano raudal acrecentando,
su afán, sus esperanzas, sus temores,
sus pensamientos íntimos fundía,
en una sola aspiración.—¡El cielo!...
¡Patria soñada de las almas, trono
de un Dios excelso á nuestra vista oculto,
cuyo poder, con vibración sonora
celebran en la bóveda infinita
los átomos, los mundos y los soles!

XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo
de la cuesta fragosa, do las brumas
iban aglomerándose, las razas

inferiores marchaban, con incierto
paso y cobarde indecisión. Las torvas
pasiones, los bestiales apetitos
y los bárbaros cultos, se imponían
allí en la oscuridad, que, como el fango
crea reptiles venenosos, crea
la ignorancia también monstruos horribles.
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

XIII.

A medida que el límite sombrío
iban salvando, y lentos se acercaban
á las fronteras de la luz, aquellos
pueblos se engrandecían, como crece,
buscando el sol, la planta trepadora
que arraiga en la pared. Según subían
hacia la viva claridad, su juicio
se agigantaba, sacudiendo el yugo
del instinto brutal, y al pensamiento,
dominador del mar y de la tierra,
la fuerza primogénita cedía
su fuero indisputado. A Esaú velludo
reemplazaba Jacob.

XIV.

Por el promedio
del agrio monte, en donde humanos ojos
fijarse pueden sin cegar, los pueblos
avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
que el cetro de los Césares trocando
por el cayado del Pastor, cual nunca
era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
sobre la tierra gravitó; las almas
y los cuerpos, los muertos y los vivos,
el pensamiento y la esperanza, todo
se doblegaba á su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
la religión fervientes defensores,
el atroz fanatismo sus verdugos,
sus fantasmas el miedo, sus angustias
el corazón culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
más alto que ella; su invencible signo

sobre la áurea corona de los reyes
se levantaba abrumador; la torre
sobre el hogar, sobre la tierra el cielo.
¡El cielo, cuyas puertas de diamante
se abren ó cierran á su voz! La santa
y redentora Cruz, era el amparo
del débil, el valor del oprimido
y el espanto del réprobo. Por ella,
febril é insomne el déspota orgulloso
se revolcaba en su dorado lecho;
por ella el triste, el mísero, el desnudo,
el perseguido, el siervo, abandonaban
la ingrata vida sin odiar al hombre,
ni renegar de Dios único y trino.

XV.

Sobrecogida el alma de respeto,
oraba, viendo la Ciudad Eterna
que dirigía el movimiento humano
agitarse á sus piés. Pero de pronto
se estremeció de horror; rojos vapores
de sangre hacia la cúspide ascendían,

y en el aire espesándose, tomaban
de alado espectro la terrible forma.
La bestia apocalíptica que en Patmos
vió el inspirado Juan, la bestia enorme
de hirsutos piés, de coronadas astas
y bocas de blasfemia, sobre Roma
se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
en la ciudad monumental y excelsa,
la iluminaba cual voraz incendio,
y á su rojizo resplandor, los muros,
arcos, pórticos, templos y obeliscos
que en su recinto amontonó la gloria,
destacábanse negros, cual si fuesen
las calcinadas vértebras de un monstruo
por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
la Cruz por todas partes, y por todas
la vió rota ó volcada; parecía
que la ciudad adúltera en su culto
reintegraba á los dioses decaídos.
¿Dónde estaba Jesús? En dónde estaba
María, madre del dolor humano

y estrella de los mares procelosos?
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?
La erudición infatigable; el arte
hermoso, pero idólatra; la ciencia
incrédula ó rebelde; los deseos
como sátiros, sueltos, se rendían
á la más ciega admiración pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
de *Moisés* bajo la austera forma (5)
Júpiter palpitaba; la afrodita
Vénus bajo las tocas virginales
de la Madre de Dios, si es que el lascivo
pintor la imagen de su amor profano
á su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
cuadros, los libros licenciosos, eran
más que ornamento, escándalo y ludibrio
de la mansión pontifical; sus muros,
donde tan sólo resonar debían
místicas oraciones, con el coro
de vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos
de la Roma gentílica, surgiendo

de sus clásicos antros removidos,
cual el hedor que de las tumbas sale
apestaban la tierra, y lentamente
iban velando el resplandor fecundo
de la gloriosa Cruz (6).

XVI.

De espanto llena,
vió el alma por los ámbitos sombríos
hosco cruzar y lívido el espectro
del papa Borja, con crispada mano
sacudiendo su túnica empapada
de hirviente sangre, y vió que cada gota
en lúgubre fantasma convertida,
iba aumentando la legión siniestra
de vengadoras víctimas que al monstruo
con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luego la iracunda sombra
del papa Julio, de áspero semblante
y mirada tenaz, que revestido
de milanesa cota y férreo casco,
con belicoso ardor, en lid sañuda,

rezaba y combatía, al propio tiempo
bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
de las brutales risas con que Roma
acogió torpe la piedad severa
del pontífice Adriano, fugitivo
rayo de luz, que iluminó un momento
aquel antro de crímenes y orgías.

XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma
al cielo alzó las impalpables manos,
cayó de hinojos en la roca viva,
escondiendo su faz, y con acento
que en su conciencia resonó tan solo
cual queja acusadora:—¡Oh, Roma!—dijo—
¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios?—

XVIII.

Entonces
como si su patético gemido
diese al fantasma portentosa vida,
la visión imponente de la Duda

creció, se irguió, se dilató cual nube
que el claro espacio de improviso invade,
y de sus ojos desbordó la sombra
como una inundación; fijó su triste
y amorosa mirada en el confuso
espíritu del monje, que en la dura
y estéril peña oraba prosternado,
y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO TERCERO.

I.

Entregado al dolor, mientras reñían
decisiva batalla en su conciencia
la fe imperiosa y la razón rebelde,
el alma en su actitud desconsolada
largo rato gimió.—La interna lucha
del pensamiento que á dudar se arroja,
no cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
pero siempre es mortal.—Acrecentando
del abatido espíritu la pena,
la voz de la visión, que, como el eco
de música lejana, dulcemente
del pobre monje acarició el oído,
asi le habló con ritmo cadencioso.

LA VISIÓN.

Al cabo se cumplieron
las santas profecías
y Babilonia impura
esclavizó á Israel.
Pero contados tiene
la iniquidad sus días,
y á realizarse empiezan
los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
la corrupción extiende;
estallan por doquiera
los síntomas del mal;
en público mercado
la salvación se vende,
y cubre densa bruma
la Cruz pontifical.

La mano que bendice
de sangre está teñida;
la simonía avanza
de la soberbia en pos;
el claustro es madriguera
donde la culpa anida,
y de sus propias aras
está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba
con indignada mano
el ídolo que usurpa
su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
del pensamiento humano,
y rompe de las almas
la torpe esclavitud.

Despierta las conciencias
que embrutecidas duermen,
y el mundo alborozado

se postrará á tus piés.
En el profundo surco
arroja el vivo germen,
y los futuros siglos
recogerán la miés.

No es digno de ser hombre
quien en silencio llora.
¿Por qué no se aventura
tu firme voluntad?
Airado busca el cielo
la espada vengadora,
que ataje la gangrena
de la presente Edad.

La imprenta infatigable
te prestará su ayuda
contra el poder que eclipsa
los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, antes hundido
en servidumbre muda,

por Guttenberg librado
ya es voz, ariete y luz.

El vicio en sus entrañas
oculto el cáncer lleva,
y al más ligero impulso
deshecho rodará.
Que si en la muerte solo
la corrupción se ceba,
todo lo que aparece
podrido, muerto está.

Calló la voz, y el alma consternada
sintió, vencida en interior combate,
su fe heredada vacilar, cual suele
peñón movible en eminente sierra
retemblar por los vientos sacudido.
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
del corazón humano, las memorias
de la edad infantil! Sencillas preces

que amante madre en su regazo tierno
nos enseñó á rezar ¿quién os olvida?
El templo augusto do por vez primera,
con religiosa admiración, alzamos
el pensamiento á Dios; la pila, el ara;
el Crucifijo humilde, santa herencia
de la familia, que en el trance duro
de la agonía, el postrimer aliento
de los que fueron recogió; la torre
de la natal aldea, á cuya sombra
se cobijan los rústicos hogares,
cual tímidos polluelos en su nido,
bajo el ala materna; la solemne
y monótona voz de la campana,
que en otro tiempo al despuntar la aurora
y al declinar la tarde, parecía
invitarnos á orar, dulces recuerdos
son de la casta infancia, y sobreviven
á la extinguida fe. Que puede el rayo
echar por tierra el centenario roble,
mas no arrancarlo de raíz.

II.

¡Cuán fiero,
cuán amargo es el tránsito del alma
que deja el seno de la fe, y se acuesta
en el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
le asaltan en montón, y son sus días
negros como el pesar; la sed le abrasa
y no encuentra raudal que la mitigue;
su pensamiento es un puñal que lleva
en la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
se niega á la oración, alza los ojos
y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
y muerto el eco á su clamor parece:
es como nave náufraga perdida
en proceloso mar y en noche oscura,
á punto ya de sucumbir. El triste
y atormentado espíritu del fraile
sintió esta angustia punzadora. En vano,
quiso escapar del riesgo: fuerte nudo

le sujetaba al empinado risco
cual si arraigase en él. Sobre su frente
la visión melancólica extendía
su abrumadora diestra, á cuyo peso
la débil alma se doblaba, como
endeble ramo bajo el propio fruto.
Con hondo horror del polvo de los siglos
álzarse vió las osamentas rotas
de cien generaciones, que en revuelto
y animado tropel le amenazaban,
fijando en él sus órbitas vacías
y gritando con ira inextinguible:
—¡Apóstata, traidor!—

III.

Bajo el influjo
de tan contrarios sentimientos, ciega
y trastornada el alma soñadora,
perdió el sostén, y con pasmoso estruendo
rodó de la alta cumbre en que se erguía.
De roca en roca, como alud que baja
de inaccesible monte derrumbado.

avalanch

con ímpetu cayó, no conocido,
hasta los bordes de la inmensa sombra
que llenaba el abismo pavoroso
bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable
y terrible caída, que recuerda
la de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
llegará el alma despeñada al fondo
de la insondable sima! ¿Tiene acaso
la duda fin y límite el anhelo?—
En vano el monje en las cortantes grietas
buscaba apoyo, y contener quería
su rápido descenso, como el ave
que herida en el espacio y moribunda,
con las últimas ansias aletea.
A la presión de su insegura mano
los peñascos cediendo, con medroso
estrépito tras él se desprendían,
cual si al romper su agobiadora cárcel
el ígneo monstruo que oprimido gime
en las entrañas de la tierra, el mundo
hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
aglomerada por los siglos, obra

del misterio y la fe, con ronco estrago
se estremecía en su inmutable asiento,
y el alma al par de las hendidas peñas
que arrancaba de cuajo la convulsa
revolución del monte, desolada
en la noche sin fin se sumergía.
Los enormes fragmentos de la roca
que á su paso saltaban, impelidos
por fuerza oculta en progresión creciente,
ante su vista atónita tomaban
fantásticos contornos, en el aire
cambiando sin cesar. Góticos templos,
labrados claustros, toscas esculturas,
altares y sepulcros, en ruidoso
remolino de escombros le seguían,
como si el orbe todo desquiciado,
detrás del alma al precipicio fuera
llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo
y estéril batallar, oyó en la altura

una gran voz que, dominando el sordo
fragor de la catástrofe, clamaba:
—¡Vencí, vencí, vencí! ¡La tierra es mía!—
Al escuchar tan formidable grito,
que, como el són de la final trompeta,
retumbaba en la tierra y en los cielos,
cayó el doliente espíritu en insano
y profundo estupor, cerró los ojos,
para no ver la temerosa ruina
donde iba envuelto, y desde aquel instante
nada vió, nada oyó.

V.

Mas ¡ay! apenas
se sobrepuso á su mortal congoja,
preso en el cuerpo que dejó en el coro
abandonado como prenda inútil,
se halló otra vez absorto y confundido.
En el humilde lecho de su celda
postrado estaba el mísero, y los monjes
con solícito afán le rodëaban.
Incorporóse con terror, clavando

en ellos la mirada escrutadora,
como el que, salvo del peligro, empieza
á darse cuenta de él.—¿Dónde estoy, dónde?—
tímido preguntó. Sereno y grave
llegósele el Príor:—Dad, hijo mío,
gracias á Dios—le respondió apacible—
que os apartó del borde de la fosa.
Habéis estado como muerto.—¡Y muerto
estuve! ¡oh Padre!—el infeliz repuso.—
¡Ya no soy lo que fuí! Pesa en mis hombros
la grosera cogulla, y me avergüenza
mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos!
¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!—
—¡Calla blasfemo!—El superior gritóle
con alterada voz, mientras dudosos
los frailes se alejaban repitiendo:
—¡Loco debe de estar!—Sombrío y mudo
inclinó el triste la rugosa frente
y quedó en su dolor como abismado.
Hasta que al fin, alzando de improviso
la vista hacia el Príor, que al pié del lecho
con paterna inquietud le contemplaba.
—¡Padre—le dijo—el hábito me quema

y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—
Despavorido y trémulo el anciano
con voz entrecortada por el lloro:
—¿Qué intentas, dí?—le preguntó.—Y el fraile
irguiendo la cabeza en són de lucha:
—¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—
El venerable religioso entonces
tendió sobre él la mano temblorosa
y con torbo ademán gritó:—¡Anatema!
¡Ya que indomable orgullo te desliga
de nuestra santa fe, siglos y siglos
la maldición del cielo te persiga!—

FIN.

NOTAS.

1.ª

No fijo ni determino el año del siglo XVI en que mi poema se desenvuelve, porque equivaldría á dar valor histórico á una creación puramente fantástica; pero claro es que no habría podido ocurrir sino algún tiempo ántes de que Martín Lutero se hubiese resuelto á presentar sus noventa y cinco proposiciones contra el abuso de las Indulgencias, y principalmente contra el imprudente tráfico que con las bulas hacía Juan Tetzel, dominico de Pirna, comisionado por el Arzobispo elector de Maguncia, para expender las que correspondían á Alemania y recaudar su importe.

2.ª

He procurado representar en el cuadro á que se refiere la presente nota la poderosa influencia que ejerció en el crecimiento de la reforma el estado de relajación moral y de ignorancia presuntuosa á que había llegado el clero regular de toda Europa en aquellos tiempos calamitosos. Mucho antes de que Lutero se declarara en rebelión abierta contra Roma, y quizás cuando todavía no había pensado en lanzarse por el camino que después

siguió hasta el fin, habíase levantado una protesta general en toda la cristiandad contra el abismo de corrupción, de codicia y de libertinaje en que había caído el elemento religioso de aquellos tiempos, y muy singularmente el monacal. Aprovecháronse de la revolución que Lutero iniciaba los apetitos desordenados, las pasiones mal contenidas en el claustro, la perturbación espantosa de las costumbres eclesiásticas—como en la Edad presente se aprovecha la demagogia de las libertades públicas que ha traído el generoso progreso de los tiempos—para romper todo freno y ofrecer el concurso de muchos frailes apóstatas y lividinosos á una doctrina que abolía el celibato del clero, prescindía de la gracia y declaraba inútiles las buenas obras, las mortificaciones de la carne y la virtud regeneradora de la penitencia.

3.ª

Es costumbre tradicional en la poesía y en la pintura la de presentar con feos colores y horripilante aspecto las visiones de la tentación. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algun mérito en desoir las sugestiones de la culpa, es menester que ésta se nos muestre insinuante, hermosa, é irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habría rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seducción de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, según se ve en los cuadros de Boch, Breughel y Teniers y en las estampas de Schöngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!

4.ª

La humanidad ha caminado y probablemente caminará hasta la consumación de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán á su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ambas cerradas á la razón, aunque la primera no lo esté á la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva á Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalza. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaría de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento.

En el orden de los hechos y en la sucesión de los siglos la humanidad marcha también entre dos términos igualmente invisibles: lo porvenir que ignora y lo pasado que olvida. La Providencia divina solo entrega á nuestro conocimiento el minuto presente, y lo poco que cabe en el reducido marco de la Historia.

Estas dos hipótesis y estos dos términos son los que he tratado de representar en la abrupta roca adonde, en compañía de la Duda religiosa, trasporto el alma de Lutero. Confieso que la materia es demasiado abstrusa para la poesía, y pido perdón al lector por no haber sabido sustraerme á la tentación del asunto.

5.ª

La estatua de Moisés, que labró Miguel Angel por encargo del papa Julio II, revela la profunda admiración que el insigne escultor sentía hacia la antigüedad clásica, y no sin razón se ha dicho de aquella obra maestra que

más que al rígido legislador hebreo, parece representar á Júpiter Olímpico.

Respecto de Rafael Sanzio, nadie ignora que su querida, la Fornarina, le sirvió con frecuencia de modelo para pintar á la Madre de Dios.

6.ª

Como es sabido, el renacimiento pagano que la invención de la Imprenta y la caída del Imperio bizantino desarrollaron en el Mediodía de Europa y sobre todo en Italia, llegó en Roma y en Florencia á su mayor apogeo en el siglo de León X. Las letras, las artes, las ciencias, hasta las costumbres, que fueron entonces descaradamente licenciosas, sufrían la influencia de aquel movimiento anticristiano. El cuadro que de esta época trazan los escritores ortodoxos, me ha servido, con las necesarias atenuaciones que el respeto de las cosas sagradas me inspira, para trazar el mío, y pueden convencerse de esta verdad, sin ir más lejos, cuantos lean ó recuerden lo que sobre tiempos tan corrompidos refiere César Cantú en su *Historia universal*, obra eminentemente católica, que anda en manos de todos.

ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

ÚLTIMA LAMENTACIÓN
DE
LORD BYRON
POEMA

TRIGÉSIMA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.
1894

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ, LIBERTAD, 16 DUP.º

Sr. D. Rafael Calvo:

Mi distinguido amigo: se empeña V. en leer ante el público del Teatro Español mi poema inédito La última lamentación de lord Byron, y no puedo resistirme á sus instancias. En primer lugar,—¿para qué ocultarlo?—porque me halaga la idea de oir mis pobres versos líricos en labios de un actor que, como usted, sabe llegar, con la magia irresistibe de su palabra, á lo más hondo del corazón humano; y en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para la empresa que con verdadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y á la cultura de las costumbres.

Merecedor sería V. de general aplauso si lograse, como pretende, aclimatar en España las lecturas públicas que en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Alemania, en Francia, en Italia, en todas las naciones donde las corrientes de la civilización no

se detienen ni estancan, han ensanchado los horizontes de la inteligencia, depurando el gusto de la multitud, ilustrándola, ennobleciéndola y familiarizándola con los nuevos ideales de la ciencia y de la literatura. Ninguno mejor que V., dotado por el cielo de tan relevantes cualidades artísticas, puede llevar á feliz término la obra fecunda á cuya realización aspira, y en este camino Italia ofrece á V. grandes ejemplos que imitar. Recuerdo, entre otros al célebre actor Módena, que llenó con su nombre la escena, el cual, haciendo resonar en todos los teatros de aquella nación, hermana de la nuestra, los cantos más patrióticos y viriles de sus poetas inmortales, contribuyó poderosamente á despertar la conciencia aletargada de su patria cuando más decaída y postrada parecía, y á infundirle el aliento que anima las robustas inspiraciones de Dante y de Hugo Fóscolo.

En lo único en que no está V. acertado es en escoger una producción mía para hacer el ensayo, porque me temo que la mala elección de V. esterilice, ó, por lo menos, retrase el éxito de su generosa tentativa. Aparte del escaso mérito intrínseco de mi poema, que V. de seguro exagera, es notorio inconveniente para la lectura la circunstancia de tratarse en él de un poeta extranjero, el cual, aun cuando sea conocido, porque los rayos de su gloria á todas partes han alcanzado, no es, sin embargo

popular, y cuya atormentada vida tampoco puede excitar entre nosotros el mismo interés que en Inglaterra. Pero V. me da ejemplo de valor, arrostrando estas dificultades, y me decido á correr en tan buena compañía el albur del intento. Únicamente le pido, en cambio de la docilidad con que accedo á sus deseos, que si por desdicha mía, el público á quien no ciega para juzgar mis obras la amistad que V. me profesa de antiguo, es en esta ocasión más imparcial y, por tanto, más severo, no se desanime V. por el mal éxito, ni abandone el proyecto que ha concebido, porque no es de corazones enteros desmayar á la primera contrariedad, ni se consigue en el mundo nada digno de ser celebrado, sino á costa de ímprobo trabajo y de incansable perseverancia.

Sabe V. que le quiere su buen amigo

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

20 de Enero de 1879.

ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE

LORD BYRON.

(AÑO DE 1823.)

I.

Otra vez, incansable peregrino,
ansioso de cruzar pueblos extraños,
vuelvo á emprender el áspero camino
que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
póstranme fatigosos desengaños;
pero arrastrado á mi pesar me siento
como las hojas secas por el viento (1).

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,
marcando el rumbo hacia remotos climas,
surqué á mi antojo procelosos mares
y hollé la nieve de empinadas cimas.
Mas do quiera la hiel de mis pesares
vertí en acerbas y sonoras rimas;
por todas partes implacable y frío
fué detrás de mis pasos el hastío.

III.

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano
molesto huésped á mi hogar se sienta,
la copa del placer rompe en mi mano
y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido Oceano
por qué ruge ó se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma
terribles horas de angustiosa calma?—

IV.

Más terribles quizá porque es más grande;
y en su furor satánico no tiene
ley que la rija, halago que la ablande,
ni costa que sus ímpetus refrene.
Ya brusca y pavorosa se desmande,
ya sus olas indómitas serene,
la causa á que obedece queda oscura.
—¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?

V.

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
¡Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
ver que la humanidad cobarde ó ciega,
al éxito se rinde y se doblega?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo
levanta Tamerlán una tras una;
oprime el Asia sin temor ni duelo,
y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catilina y Massanielo
porque les fué contraria la fortuna;
que la suerte, quizás no merecida,
es genio; y es demencia la caída.

VII.

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
y en sus crímenes lleva su castigo.—
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,
donde quiera que voy tú vas conmigo,
y no sé resistir cuando me envías
noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

¡Días de horrible laxitud! El cielo
transparente y azul me causa enojos,
cubre la tierra insoportable velo
y el llanto anubla sin razón mis ojos.
Como un sepulcro el corazón de hielo
guarda de mi entusiasmo los despojos,
y están en esas horas de bonanza
mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades
hay entre el mar y el pensamiento humano,
entre esas dos augustas majestades
que el abismo contienen y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
conmueven la razón y el Oceano:
sólo que ruge el mar cuando batalla,
y el pensamiento en sus tormentas calla.

X.

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
su fragorosa voz, y estalla el rayo,
y el huracán encrespa su melena,
sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
aliento, gozo, á mi placer me explayo.
Después... vuelve la calma abrumadora
y el tedio de la vida me devora.

XI.

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
y misteriosa fuerza me impelía
á esas regiones fértiles que baña
la fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
pueblos gigantes cuando Dios quería
y hoy sombra nada más de lo que fueron,
con sus muertas grandezas me atrajeron.

XII.

Descendí por la rápida pendiente
de los agrestes Alpes, que, vecinos
al sol, elevan su nevada frente
orlada á trechos de silvestres pinos:
salvando ya el abismo, ya el torrente,
ya el traidor ventisquero, por caminos
que abrió el barreno en la montaña dura,
bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII.

¡Con qué consolador recogimiento,
yo, pobre y olvidado vagabundo
sin hogar y sin lazos como el viento,
miré á mis plantas el vergel del mundo!
Europa en vergonzoso enervamiento
yacía entonces y en soporr profundo,
cual gladiador que tras penosa brega
sus recios miembros al descanso entrega.

XIV.

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo,
y recogía atónita la historia
la sangre con las lágrimas, el lodo
con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período,
que vivirá del tiempo en la memoria,
en que acosada el águila del Sena
cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV.

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano
que en los arduos empeños de su vida
supo ser, con aliento soberano,
en todo grande, excepto en la caída,
se revolvía en el peñón lejano
con ruda y formidable sacudida:
el mar encadenaba su egoismo
y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI.

Mas ¡ay! ¿Por qué fatalidad que aterra,
por qué inconstancia de la suerte impía,
al hundirse el azote de la tierra
más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
los destinos humanos en un día,
la presa que las águilas soltaron
mil carnívoros buitres devoraron.

XVII.

No fué ya el despotismo del coloso
que, como río de encendida lava,
al avanzar rugiente y proceloso
con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
que los cimientos de la fe socava;
fué el miedo suspicaz, el más inmundo
de los tiranos que soporta el mundo.

XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,
y fué, al moverse entre la sombra oscura,
su casco de batalla el solideo
y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
mortal como la lenta calentura,
blandió contra la tierra amedrentada
más la cruz que la punta de su espada (2).

XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre
el yugo sufra de atrevida mano,
que la enaltezca al menos y deslumbre
con sus épicas glorias el tirano.
Y ya que con forzada servidumbre
pague sus culpas el linaje humano,
el brazo vigoroso que le venza
infúndale terror y no vergüenza.

XX.

En el nombre de Dios la heróica España
que al mundo despertó de su letargo,
como premio debido á tanta hazaña
sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresión y de la extraña
coge Italia infeliz el fruto amargo,
y cual botín en manos de bandidos
ve sus hermosos campos repartidos.

XXI.

En el nombre de Dios los calabozos
abren sus anchas fauces, nunca llenas,
donde sólo responde á los sollozos
del desdichado, el són de sus cadenas;
en el nombre de Dios viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas;
en el nombre de Dios fiera cuchilla
cercena la cerviz que no se humilla.

XXII.

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos con amor profundo,
¡ay! pero no para oprimir el mundo.

XXIII.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
del corazón doliente y consternado,
tienes misericordia y no has proscrito
la augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
que aguija mi razón es un pecado,
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy. ¡Tú me la diste!

XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento
dentro de mí como enjaulada fiera:
sólo para alumbrar nuestro tormento
la antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
el negro abismo, la insondable esfera,
lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
todo está abierto al pensamiento humano.

XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega
y alguna vez quizás, cuando le asombra
la oscura soledad por do navega,
no te ve, no te siente, no te nombra;
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
en la inmutable eternidad perdida:
menos que sombra; ¡el sueño de una vida!

XXVI.

¡Desgraciada del alma que sin tino
en alas del error su vuelo encumbra,
y abandonada y sola en su camino
niega la misma luz que la deslumbra;
que ve á lo lejos el fulgor divino
y no acierta á salir de la penumbra;
que avanza, confundida á cada instante,
siempre desesperada y siempre errante!

XXVII.

¡Ay! He dudado, dudo todavía;
pero nunca de ti. Si te ocultaras,
mi ardiente convicción te encontraría.
Pueden turbas frenéticas ó ignaras
renegar de Jesús y de María,
quemar sus templos, profanar sus aras;
puede en horas de espanto y desconsuelo
como el Olimpo desplomarse el cielo:

XXVIII.

pueden, cual otras antes, nuestras vivas
creencias sepultarse en el vacío,
pues no porque las ondas fugitivas
vayan al mar, desaparece el río;
pueden trasformaciones sucesivas
cambiar la faz del mundo á su albedrío:
tú siempre flotarás con tus eternas
leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,
los astros con horrible desconcierto;
si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
se desquiciara el universo muerto;
si quedara al impulso de tus brazos
el espacio sin fin mudo y desierto,
y el tiempo con sus noches y sus días
dejara de existir, tú existirías.

XXX.

Mas ¿á qué esfera mi incesante anhelo
me arrebata y transporta? A pesar mío,
por la excelsa región remonto el vuelo,
subiendo en pos de la verdad que ansío.
Pero el dolor, que me sujeta al suelo,
fuérzame á descender trémulo y frío,
cual ave que aletea inquieta y viva
dentro de la prisión que la cautiva.

XXXI.

¡Torno á la triste realidad! ¿Y adónde
podré volver mi tétrica mirada,
sin que me aflija la abyección que esconde
nuestra mezquina y lóbrega morada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
cuanto más baje el alma infortunada,
tanto mayor, le mostrará la tierra
el abismo sin término que encierra.

XXXII.

¡Ay! ¡Yo lo he visto con horror! Yo mismo
de incertidumbre y de terrores lleno,
voy rodando hacia el fondo de ese abismo
do se amasa con lágrimas el cieno.
La infamia, la traición y el egoismo
me han brindado su cáliz de veneno,
y he sentido, al beber su última gota,
rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII.

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido
que nunca más veré! Turbado y mudo,
de vosotros llorando me despido,
y con adios patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido,
para agotarla toda? En vano acudo
á mi flaco valor y lucho en vano
contigo, ¡oh mi recuerdo! ¡oh mi tirano! (3)

XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida
en su ala enorme la traidora flecha,
y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha,
por la ancha inmensidad vuela perdida,
hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
en abrupto peñón oscura muerte.

XXXV.

¡Yo también moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
pudiera hallar mi tumba, como el ave,
quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
quien, abrazado á mí, lágrimas vierta,
ni quien cierre mis ojos y recoja
mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla
de mi libre bajel rompo y quebranto,
corred, llegad á la britana orilla
crecidas y amargadas con mi llanto.
Y allí, do triste y silencioso brilla
mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,
decid, junto á la lumbre, al ángel mío
que estoy muriendo de cansancio y frío!

XXXVII.

¡Frío del corazón que hasta mis huesos
penetra y por mis venas se derrama,
y agolpa á mi memoria los sucesos
de mi vida, en confuso panorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
no los pálidos rayos de la fama,
pudieran dar al alma entumecida
de tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII.

¡Pero jamás tu sonrosada boca
en mí se posará! ¡Nunca el abrigo
de tus brazos tendré! Sufrir me toca
errante y resignado mi castigo.
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,
cuando se cebe la opinión conmigo
y escarnecido mi recuerdo veas,
compadéceme y gime y no la creas (4).

XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro
abandoné la cuna en que dormías,
que no tuve piedad, que fuí perjuro
y me encenago en crápulas y orgías.
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro
por mí, por ti, por los fugaces días
de amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser mas no culpado.

XL.

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
pues mientras dure de mi vida el hilo,
iré siempre á merced de mis dolores
sin paz, sin esperanza y sin asilo.
—Mas basta ya de inútiles clamores:
surca, velera nave, el mar tranquilo,
que ya ilumina el sol de la mañana
la cima del Pentélico, cercana.

XLI.

Al través de los diáfanos celajes
con que aparece la rosada aurora,
ante mí se despliegan los paisajes
que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes,
desolada región? Dame en buen hora,
si el cielo quiere que por ti sucumba,
á la sombra de un sauce humilde tumba:

XLII.

ó á la orilla del mar, fuera del paso
de los mortales, donde apenas haya
señal de vida, y con rumor escaso
las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hacia el Ocaso,
para que cuando el sol á hundirse vaya
en las costas de Albión, lejos, muy lejos,
me alumbre con sus últimos reflejos.

XLIII.

¡Ay! esa luz incierta y fugitiva,
cuando á la tarde sobre mí se abata,
será como un recuerdo que reciba
de mi patria orgullosa y siempre ingrata.—(5)
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
hoy de su férreo yugo se desata,
y mientras libre y próspera no sea,
morir es desertar de la pelea.

XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
de héroes y genios! ¡Sosegada fuente
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
por vez primera respiré tu ambiente!
y al escuchar el són de tus cadenas,
¡con cuánta indignación lloré en Atenas!

XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
bosques y tus poéticas colinas;
templé mi sed en tus sagrados ríos
y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos,
con mudo asombro contemplé tus ruinas,
iluminadas por el cielo heleno
de música y color y aromas lleno.

XLVI.

¡Cuál se destacan los contornos puros
del templo secular! La verde hiedra
trepando inquieta por los altos muros
en la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
colora el sol la ennegrecida piedra,
y parece que inmóvil en la cima
el moribundo Partenón se anima.

improvement
stems

XLVII.

Allí sestea el balador ganado,
paciendo en calma la reseca hierba
que crece al pié del templo consagrado
á las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
á quien el sol canicular enerva,
duerme tranquilo en la agostada alfombra,
del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII.

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
al compás de los cantos que improvisa,
dulces como la miel del monte Himeto
que en el lejano término divisa.
Él de una raza de gigantes nieto,
su heróica tierra indiferente pisa,
y no guarda indolente en su memoria
ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
celosos de tus ínclitas empresas
el tiempo adusto y el rencor humano
redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
de tu opresor envilecida besas:
tan excelso renombre conseguiste
que á la edad y á tu infamia se resiste.

L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
extinguirse en tu claro firmamento;
puede rodar la inmensa muchedumbre
de tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
los rumores del bosque, el mar y el viento
repiten cadenciosos los gemidos
de tus dioses olímpicos vencidos.

LI.

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
duerme en su concha Venus Citerea,
en su carro marino el dios Neptuno
por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
y orla Baco de pámpanos su frente.

LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
turban nuestra memoria tus bacantes,
con el cabello suelto por la espalda
y los desnudos pechos palpitantes;
aún vagan en silencio por la falda
del sacro Pindo, que animaron antes,
tristes las Musas, pero siempre hermosas,
coronadas del lauro y mirto y rosas.

LIII.

La rabia, en los mortales corazones,
de tus negras Euménides aún dura;
aún surcan tus nereidas y tritones
del hondo mar la líquida llanura;
aún se perciben los alegres sones
de la flauta de Pan en la espesura,
cuando ensalza y endiosa la grandeza
de la amante y feraz Naturaleza.

LIV.

La luminosa huella de tu paso
es estela que nunca se ha extinguido,
y conservas tu fama, como el vaso
guarda el aroma de licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
resistiéndose al tiempo y al olvido,
y de tus ricas artes los despojos
encantos son del alma y de los ojos.

LV.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno
y da á la humanidad maravillada
de la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
palpita á impulsos del amor materno,
y surge de su entraña endurecida
la estatua llena de reposo y vida.

LVI.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
sorprendiendo el dolor de Prometeo,
revela al mundo en prodigioso estilo
las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
oye el rugir del indomable reo,
que encadenado á la escarpada roca
con renaciente furia le provoca.

LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
comarca infortunada! Aunque tus días
cortase de improviso el terremoto
y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
de una estatua, un frontón, cenizas frías
de tu pasado, para no olvidarte,
¡oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII.

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto
dolor, presa de un déspota contemplo
tanta belleza incomparable, y tanto
recuerdo augusto á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
el muro hendido, el derribado templo,
la columna volcada entre la hierba,
tus hijos degradados y tú sierva.

LIX.

¿Y ha de vivir en abyección profunda
siglos y siglos tu escogida raza?
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,
el fuerte escudo minervino embraza:
para romper tu bárbara coyunda,
de Hércules toma la pujante maza,
acostumbrada en sus fornidas manos
á rendir monstruos y á domar tiranos.

LX.

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
hierro para luchar, las tempestades
su furor, y el recuerdo de tus penas
odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
tus campos tala, incendia tus ciudades,
y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

LXI.

Recuerda ¡oh Grecia! los antiguos hechos
de tus hijos magnánimos y bravos,
y reconquista sola tus derechos
sin fiar en latinos ni en eslavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
cansados ya de amamantar esclavos,
y el rayo destructor tu diestra vibre;
que quien sabe morir sabe ser libre.

LXII.

Así entendieron el valor tus bellas
y nobles hijas en la infausta rota
con que probar quisieron las estrellas
la fe de un pueblo enérgico y patriota:
cuando madres, esposas y doncellas,
siguiendo en pos de la legión suliota (6),
vieron, con sed inútil de venganza,
de sus deudos la bárbara matanza.

LXIII.

El implacable Alí, de rabia ciego
y ansioso de vengar viejos reveses,
cayó de pronto sobre el campo griego
como la tempestad sobre las mieses.
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
azuzando á sus rudos albaneses,
que cuando á la salida se previno
le cerraban los muertos el camino.

LXIV.

Con mudo afán y punzadora pena
multitud de mujeres contemplaba
el brutal frenesí de aquella hiena,
desde una roca inaccesible y brava.
De acerbo llanto silenciosa vena
sus lívidos semblantes inundaba,
y ante aquel espectáculo sangriento
ni un suspiro exhalaron ni un lamento.

LXV.

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo
el bronco golpe del cañón hería!
que era el combate decisivo, el plazo
funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño, en el regazo
maternal, inocente sonreía,
sin comprender su desventura horrenda
y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

LXVI.

Firmes como granítica muralla,
de sangre y polvo y de sudor cubiertos,
los griegos esperaron la metralla
de su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
contar á los vencidos por los muertos,
que Alí no dió cuartel, ni hubo suliota
capaz de resignarse á su derrota.

LXVII.

De pié sobre la ingente cortadura
del agrio monte, en cuyo fondo mismo
espumoso torrente de agua oscura
la grandeza aumentaba del abismo,
madres, hijas y esposas sin ventura,
del terror en el fiero paroxismo,
veían con atónita mirada
el término fatal de la jornada.

LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento,
que el eco repitió de cumbre en cumbre,
brotó, en la angustia del postrer momento,
de aquella estupefacta muchedumbre.
Trastornada, convulsa, sin aliento,
prefiriendo á la torpe servidumbre
la palma del martirio victoriosa,
y á las infamias del harén, la fosa,

LXIX.

cual si cediese á inspiración secreta
ó á ley divina, en su furor creciente
abalanzóse hacia la enorme grieta
que daba paso al bramador torrente.—
Todo, todo yacía en paz completa:
la tierra, muda; el cielo, indiferente;
el viento, adormecido; el mar, en calma...
¡Qué sola está cuando padece el alma!

LXX.

¡Ay!—Con acento entrecortado y hondo
clamó una madre, de ósculos cubriendo
al hijo de su amor: —¡Yo te respondo
de que libre serás! —Y esto diciendo,
despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
del voraz antro con medroso estruendo,
y sonó un grito de ansiedad suprema
que era á la vez gemido y anatema.

LXXI.

Y todas ¡ay! en su dolor profundo,
descompuesta la faz, con el cabello
erizado, y la rabia, cual inmundo
reptil, ceñida y enroscada al cuello,
de la vida olvidadas y del mundo,
y extinto en ellas el postrer destello
de la fe que á los míseros anima,
dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura
que abrió un arroyo en la caliza roca,
á donde acaso en su mortal pavura
buscó refugio atribulada y loca,
sobre hermosa y dormida criatura
apretada la faz, boca con boca,
y de amarilla palidez cubierta,
no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,
todas en rueda y de la mano asidas,
al borde del riscoso precipicio
giraron por el vértigo impelidas.
Al compás de su lúgubre ejercicio
iba el abismo devorando vidas,
y sacando sus víctimas la suerte
de aquella horrible *danza de la muerte.*

LXXIV.

Eran principio y fin de su camino
la fiebre arriba y el sepulcro abajo,
y una tras otra en raudo remolino
fueron cayendo en el inmenso tajo (7).
¡Confunda Dios al déspota asesino
que á tan sangrienta extremidad las trajo,
y déle, como premio á sus hazañas,
hijos sin fe y esposa sin entrañas!

LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.
Ya llegamos al puerto; ya sumisa
da fondo en él la afortunada nave,
columpiándose al soplo de la brisa;
ya recoge sus alas como el ave
que al nido llega; y con ingenua risa
saluda el marinero enternecido,
como el ave también, su patrio nido.

LXXVI.

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera,
con blando afán, en la cercana orilla
le aguardará quizás su compañera,
inocente como él, como él sencilla!...
¡Ay! ¿Quién me espera á mí?...—¡Grecia me espera!
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
y mientras llore opresa y desgarrada,
lira ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

FIN.

NOTAS.

1.ª

Lord Byron, el más grande de los poetas ingleses del siglo presente, se embarcó en Italia para combatir en pro de la independencia griega, el mes de Junio de 1823, y murió en Missolonghi, á los 38 años, víctima de aguda y dolorosa enfermedad, el 18 de Abril de 1824, exclamando al exhalar su último suspiro:—*Ahora es preciso que duerma.*—He escogido para el desenvolvimiento de mi poema el período que media desde su partida de Italia hasta su arribo á las costas de Grecia, porque no es mucho suponer que durante las largas horas de viaje asaltaran más de una vez su espíritu los melancólicos recuerdos de su borrascosa vida, y los nobles sentimientos que había despertado en él la heróica resistencia del pueblo heleno, abandonado por el egoismo de Europa, desde la caída del imperio bizantino, á la brutal tiranía de los turcos.

2.ª

Es posible que la dureza con que califico la sangrienta reacción teocrática que pesó sobre Europa á la caída definitiva del primer imperio napoleónico, atraiga sobre mí las agrias y descompuestas censuras de los que,

á la sombra de la religión, buscan sólo el logro de sus ambiciones terrenas. No me importa, porque estoy hace tiempo acostumbrado á sus diatribas. Sin menoscabo de la fe ni oposición al dogma, ha juzgado ya severamente la Historia aquella terrible y pavorosa época en que los monarcas más poderosos de la tierra formaban con místico fervor la *Santa Alianza*, para arrancar á los pueblos sus libertades, y en que el conde José de Maistre, en nombre de un Dios de paz y de clemencia, proponía que se elevara al verdugo á la categoría de sacerdote. ¿Por qué la poesía, que tantas veces ha manchado sus alas en el fango de la adulación, no ha de ser también, como la Historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos?

3.ª

Mucho se ha escrito y se escribe todavía acerca de los disturbios domésticos que amargaron la vida de Byron, sin que hasta ahora haya formado la opinión su juicio definitivo é inapelable sobre este asunto, ni se conozcan con certeza las causas que contribuyeron al ruidoso rompimiento de lady Byron con su marido; suceso en que puede decirse se interesó toda Inglaterra. El ilustre poeta contrajo matrimonio el 2 de Enero de 1815 con lady Milbanke, rica heredera, de notable hermosura, pero de carácter frío, contenido y austero, que contrastaba singularmente con el suyo. El 10 de Diciembre del mismo año su esposa dió á luz una niña, y el 15 de Enero de 1816, cuando parecía natural que se hubiese estrechado y fortalecido el vínculo que los unía, con los primeros goces de la paternidad, lady Byron expuso á su marido en una carta llena de hipócrita ter-

nura su firme resolución de no volver á verle más. «Las causas de nuestra separación—decía Byron á su amigo Moore—son demasiado sencillas para que se encuentren con facilidad,» y en efecto, entre un poeta joven, ardiente é inquieto, y una mujer fría, severa y metódica, la simpatía, si alguna vez existió, no podía durar mucho tiempo, ni necesitaba para romperse de motivos extraordinarios.

Byron consintió en la separación; pero poco después publicó dos poesías que le atrajeron el enojo de la sociedad inglesa, predispuesta desde un principio á favor de su esposa. Fueron estas poesías una sátira acerba y violentísima contra el aya de lady Byron, á quien suponía autora de sus desgracias domésticas, y el famoso *Adios* á su mujer, donde se confiesa, quizás en un arranque de orgullo ó de despecho, reo de faltas que nunca había cometido y de las cuales le absuelve cumplidamente la Historia.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo con la publicación de estos versos. «Los periódicos—dice uno de sus biógrafos—le atacaron sin piedad; multiplicáronse las caricaturas contra él, cerráronsele las puertas de todas las sociedades, y se consideró como acto de valor, ó más bien de despreocupación censurable, el de recibirle en casa. El partido aristocrático, al cual pertenecía por su origen, pero de cuyas filas se había separado por sus opiniones políticas, los hipócritas en materias de religión, á quienes había ofendido con la libertad de sus juicios y de sus costumbres, y las mujeres que creían tener quejas de él, entre otras Carolina Lamb, distinguida dama que se enamoró locamente del poeta con ese amor desesperado que mata, pero del cual también se muere,

se unieron para presentarle como un monstruo; y las calificaciones de vampiro, de turco bárbaro y asesino, apenas pueden dar idea de lo que era Byron en aquella época para Inglaterra, ni del odio desdeñoso con que le miraban todas las clases, desde las más elevadas hasta las más populares y humildes.»

Desterrado moralmente por la opinión pública, cuya excesiva severidad no se comprende, ni aun en una sociedad tan meticulosa como la británica, sino como consecuencia de un conjunto de circunstancias especiales hábilmente aprovechadas por el rencor y la envidia, Byron abandonó por segunda vez el 25 de Abril de 1816 el suelo de Inglaterra, adonde sólo debían volver sus restos mortales.

4.ª

El recuerdo de su hija Ada, á quien había dejado en la cuna, atormentaba constantemente á Byron, y en muchas de las obras que escribió fuera de Inglaterra durante su voluntario destierro, el cual sólo debía terminar con la muerte, consagra sentidas y patéticas estrofas á la que el gran poeta llama *única hija de su casa y de su corazón*.

¡Ada! sole daughter of my house and heart.

Ada fué educada en el olvido más profundo hacia su padre infortunado, como lo revela el hecho de haber prohibido terminantemente la suegra del ilustre autor de *Childe Harold*, en una de sus últimas voluntades testamentarias, que se enseñara en ningún tiempo á su nieta el retrato de lord Byron.

5.ª

Byron tuvo con frecuencia, durante su breve permanencia en Grecia, donde á costa de grandes contrariedades prestó eminentes servicios á la generosa causa que había abrazado, el triste presentimiento de su próximo fin. Cuatro meses antes de morir, el 27 de Diciembre de 1823, escribía desde Cefalonia á su íntimo amigo, el célebre poeta irlandés Tomás Moore, lo siguiente: «Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra dolencia alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesía, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Koerner, acordaos de mí *en medio de las risas y del vino.*»

6.ª

Pocos pueblos, ni en la antigüedad, ni en los tiempos modernos han ofrecido á la Historia ejemplos tan admirables de heroismo como los que presentan los montañeses de Sulí, reducida colonia de griegos, que huyendo de la esclavitud de los turcos, que pesaba sobre la llanura, se había refugiado en un escabroso rincón del Epiro, fundando sus lugares, como nidos de águilas, sobre riscos estériles é inaccesibles. Constituyóse en un principio esta colonia, que un escritor distinguido llama la verdadera Lacedemonia de la Grecia bárbara, con cuatro aldeas casi ocultas entre ásperos breñales; después se aumentó hasta siete, y antes de un siglo llegó á extenderse por las sierras vecinas, comprendiendo una población de algunos miles de familias dedicadas al pastoreo durante

los breves é inseguros períodos de paz, y en tiempo de guerra, hombres y mujeres, á las empresas más inverosímiles, por lo arrojadas, que puede acometer el valor humano.

La historia de la lucha que sostuvieron los suliotas contra los bajaes de Epiro, y principalmente contra Alí, gobernador, ó más bien verdugo de Grecia, es una verdadera epopeya. Alternativamente vencedores ó vencidos, pero siempre indomables, obligaron en más de una ocasión á sus opresores á demandar la paz y hasta á aceptarla en condiciones humillantes y vergonzosas. Pero el combate era desigual, y al fin sucumbieron bajo el peso del número, después de haber defendido sus montañas, en medio de las más crueles privaciones, cumbre por cumbre y peñasco por peñasco. El sanguinario Alí, deseoso de vengar los descalabros que en distintas épocas había sufrido, ofreció en la última extremidad á los restos de la población suliota, ya vencida, una capitulación honrosa, á cuyas estipulaciones faltó indignamente cuando se sometieron, exterminándolos con fría ferocidad sin respetar á niños, mujeres ni ancianos.

7.ª

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia Moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha inmortalizado el pincel de Ary Scheffer:

«Apenas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en son de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate

empezó con furor; pero los suliotas que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos; y entonces, sobre una roca escarpada, al pié de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido cada una de ellas, presa de la más honda desesperación, arrojó su hijo al abismo, y después, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas.

UN IDILIO Y UNA ELEGÍA

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

UN IDILIO

Y

UNA ELEGÍA

VIGÉSIMASEXTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE
MARIANO MURILLO,
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

LIBRERÍA DE
FERNANDO FE,
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

1894

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

MADRID, 1894.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

No cumpliría con lo que me debo á mí mismo, si al reimprimir este IDILIO, segunda obra mía leida en el teatro Español, no me apresurara á expresar mi vivo agradecimiento al eminente actor D. Rafael Calvo, que tan magistralmente ha penetrado el sentido de alguna de mis producciones líricas, avalorándola con la lectura; á la prensa que la ha juzgado con benevolencia excesiva é inmerecido encomio, y al público que me ha favorecido en esta ocasión, como no ha habido ejemplo hasta ahora en España, agotando en poco tiempo diez ediciones de *La última lamentación de Lord Byron.*

Aun cuando no hubiese tenido tantos motivos de satisfacción como los que me ha proporcionado la circunstancia, por mí no buscada, antes bien temida, de inaugurar en el teatro las lecturas públicas en la forma y con el carácter que en estos momentos revisten, sería para mí causa de regocijo, y si

me es permitido decirlo, de perdonable orgullo, la animación literaria que ha despertado en todos los espíritus el buen éxito de esta primera tentativa. Apenas hace siete meses que las lecturas se inauguraron, y ya han encontrado entusiasta acogida en los demás teatros de la Corte, en las corporaciones más doctas de las provincias, y en los mismos salones aristocráticos, donde han tenido su recepción solemne, merced á la poderosa iniciativa de un prócer ilustre, siempre propicio y dispuesto á patrocinar todo cuanto puede influir ventajosamente en el progreso y cultura de su patria.

Además, insignes poetas que gozan de universal nombradía han hecho saborear al público las bellezas de sus inimitables inspiraciones, donde campean el estro, la intención, la flexibilidad y la gracia, y otros no menos dignos de los favores de la fama, aunque no los hayan alcanzado todavía, se preparan á tomar parte en estas justas del ingenio, que anuncian, mejor dicho, determinan ya un nuevo y fecundo florecimiento de la literatura nacional. Es de esperar que en pos de la lectura poética concurra al certamen, en plazo no muy lejano, la lectura de obras en prosa, donde muestre la gallardía de su inteligencia y los primores de su estilo, la brillante pléyade de novelistas y escritores de costumbres, que es ya ornamento y honra de España.

Mas para que este movimiento sea fructífero y no desaparezca, como ligera ráfaga, sin dejar huella de su paso, menester es que el arte comprenda y

realice sus más elevados fines. Las lecturas no deben sólo ser vano y estéril entretenimiento, sino provechosa enseñanza, y cuenta, que al expresarme así, nada está tan lejos de mi ánimo como abogar por el arte puramente didáctico, por el arte docente, por el arte puesto como humilde esclavo, cuando en la libertad estriba su grandeza, al servicio de intereses de escuela, de secta ó de doctrina. No: esto sería desconocer su naturaleza superior y cortarle las alas. Por más que deba inspirarse en los ideales que conmueven el mundo, sin volver desdeñosamente la espalda á las legítimas aspiraciones de su siglo, forzoso es convenir que no es el campo de las abstracciones filosóficas el más adecuado y propio para su desenvolvimiento. Su esfera de acción, esfera inconmensurable y luminosa, en la cual domina sin oposición alguna, es la del sentimiento, y en este anchuroso espacio es donde, hoy como nunca, tiene sagrados deberes que cumplir y una misión altamente moralizadora que llenar.

Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano; pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibro entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la ge-

nerosidad de sus propósitos; pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoista á que han llegado los caracteres y las conciencias. Todo está postrado, todo está caído, todo está casi disuelto; la fe religiosa, la fe política, el amor de la patria, la confianza en los principios, y por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de la justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho. Diríase que una corriente invisible, pero arrolladora empuja y precipita al mundo, falto de voluntad y fatigado del ejercicio de su propio pensamiento, hacia los abismos de la fuerza, donde, como en el seno de la muerte, todo enmudece, se paraliza y se corrompe.

Las cosas de la vida se eslabonan y enlazan, aun aquellas que menos relacion y contacto parecen tener entre sí, y todo estado social encuentra siempre en el período en que se revela, su manifestación filosófica y su expresión estética. La relajación de las costumbres coincide en los primeros albores del siglo XVI con el renacimiento pagano; la elegante y burlona incredulidad del siglo XVIII, que empezó riendo para concluir llorando, con la aparición de la *Enciclopedia*, y en nuestros tiempos, la decadencia de los caracteres y el creciente anonadamiento de los ánimos, se inician con el positivismo, que no niega la metafísica, pero que hasta cierto punto prescinde de ella; crecen con el materialismo, empeñado en arrojar á los dioses del cielo, valiéndose de los ad-

mirables descubrimientos de las ciencias naturales, y últimamente se completan con el pesimismo, ese engendro filosófico sombrío y desesperado, que acabaría con el mundo, si Dios, cuando le entregó á las disputas de los hombres, le hubiese entregado del mismo modo á sus demencias.

Influido el arte, singularmente en su manifestación literaria por estas tendencias desoladoras, que ha aspirado quizás sin darse cuenta de ello, como se aspira el miasma envenenado de las epidemias, se ha hundido en los excesos de un realismo, ó mejor dicho, de un naturalismo repugnante y vergonzoso. Francia es el foco del mal, desde donde irradia y cunde como un contagio por todas las naciones del continente europeo, que, con mayor ó menor intensidad, según la índole peculiar de cada raza, sienten los síntomas invasores de esta corrupción intelectual, en cuyo fondo fermenta, como futuro castigo, el despotismo de los Césares ó la tiranía de la plebe.

No se crea por cuanto dejo expuesto, que soy sistemáticamente hostil al realismo artístico. ¿Cómo he de serlo, si profeso la máxima de que las obras del ingenio solo alcanzan larga y gloriosa duración cuando se inspiran en la verdad de la existencia? Lo que censuro, combato y juzgo digno de reprobación es el convencionalismo realista, incrédulo, escéptico, inmoral, absurdo, que se entretiene en desfigurar, cuando no en calumniar, los sentimientos más puros, en prescindir ó burlarse de las aspiraciones más nobles, y en ahogar los gérmenes de toda virtud rege-

neradora, presentándonos el mundo como una cueva de bandidos, y el alma racional como una cloaca inmunda. Este convencionalismo hediondo, siendo tan falso como el convencionalismo idealista, es mucho más peligroso y antisocial, porque en último término, nada se pierde con que la imaginación vuele por los espacios infinitos, soñando imposibles, y nada se gana con que se revuelque, soñando infamias y monstruosidades, en el eterno estercolero de Job. No se forman ni educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente y para las prácticas de la libertad, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío; negando el valor y la finalidad moral de las acciones humanas; sometiendo la vida en el orden superior, á leyes ciegas é inexorables; lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza. Así podrán formarse generaciones de fieras ó de siervos; pero jamás se formarán generaciones de hombres ni de ciudadanos.

La lectura es una predicación, cuyo influjo sobre las costumbres puede ser grande y debe ser provechoso. Utilicemos en beneficio general esta especie de sacerdocio que la civilización nos confía, y procuremos por todos los medios posibles oponernos al oleaje sensual y escéptico que nos invade, enateciendo para resistirle la idea de Dios, de la patria, de la libertad y de la familia, esas cuatro piedras

angulares sobre las cuales ha descansado y descansará siempre el edificio social. Trabajemos de consuno sin rendirnos al desmayo, por elevar el ánimo de nuestros contemporáneos en vez de abatirle con la revelación, no muy demostrada, de la impotencia definitiva de sus esfuerzos, y cuando la posteridad recoja nuestras obras, si es que merecen ser recogidas, podrá desconocer, quizás con razón, su valor intrínseco, su mérito y su importancia; pero por dura y severa que sea en sus juicios, no podrá negarnos, si emprendemos y perseveramos en el buen camino, la gloria de haber pretendido realizar en la humildad de nuestra vida una misión bienhechora y honrada. Yo, por mi parte, con esto solo me contento.

G. Núñez de Arce.

17 de Setiembre de 1879.

IDILIO.

I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
y bajadme del cielo
la imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises* y *Medea*,
rompiendo su enojosa disciplina,
la turba estudiantina
regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo:
negro y sedoso bozo
mi sonrosado labio sombrēaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
alegre y hechicera
en los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
flor de inmortal fragancia
que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
en el rincón oscuro
de humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
pero mi hogar prestóla
blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
en nuestra honrada cuna
nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
y juntos compartimos
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

—¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
las plegarias del niño
que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
la gente nos veía
vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
buscábamos los nidos
en los frondosos árboles del huerto.

X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas,
entre las verdes hojas
crujir sentimos la insegura rama,
y antes de aprovecharnos del aviso,
hallamos de improviso
lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados
por viñas y sembrados,
nos postró la fatiga del camino,
y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
volvíamos á casa
en el carro de mies de algún vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras,
las no contadas horas
nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
piadosa nos rendía,
juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo deslizóse dulcemente
como mansa corriente
que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
mi buen padre dispuso
que mis graves estudios empezara.

XIV.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
por vez primera los paternos lares:
mi amante madre preparaba inquieta
la estudiantil maleta,
y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
ensillaba el overo
que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
inclinaba la frente,
callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusión ruidosa, pero grata,
la loca cabalgata
de otros muchachos á buscarme vino.
—Rayaba apénas la rosada aurora.—
—«¡Vamos, Juan, que ya es hora!»—
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entonces con abrazo estrecho
me atrajo hacia su pecho,
devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:
—«¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.»—

XVIII.

Puse fin á la triste despedida,
monté, tendí la brida
y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar:—«¡Que escribas, hijo!»
La niña nada dijo,
mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
pero ¡ay de mí! sentía
que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses después, de amor henchido,
tornaba al patrio nido,
fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana:
ancha franja de grana
teñía el cielo de matices rojos;
sepúltabase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
solté á mi potro el freno,
dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
pero una voz gozosa
me contuvo diciendo:—¡Ay, hijo mio!»

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
que sobre loma desigual descuella,
dándoles gracias por mi vuelta al cielo,
con impaciente anhelo
me aguardaba mi madre, y ¡también *ella!*

XXIV.

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
plazo el botón de rosa su clausura,
hiriéndome de pronto como un rayo,
aquella flor de Mayo
en todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
término á mi ansiedad apasionada:
observó nuestro tímido embarazo,
y con amante abrazo
nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosión de su alegría
sus besos repartía
entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afán mi corazón sediento
aspiraba el aliento
de la púdica virgen en su boca.

XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano
pretendería en vano
pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
pero al lugar volvimos,
yo cabizbajo, y ella pensativa.

XXVIII.

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
que no llega á cuajar en la llanura.
¡Un instante no más! Sólo un instante
animó su semblante
fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza:
la ingenua confianza
de la edad infantil trocó en desvío,
y los alegres juegos que animaron
nuestra niñez, pasaron
como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces:
á veces grave, á veces
adusta y pronta siempre en sus enojos,
me hablaba sin razón con gesto esquivo,
y sin ningún motivo
se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del día
ya nadie nos veía
vagar sin rumbo en fraternal concierto
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
buscábamos los nidos,
en los frondosos árboles del huerto.

XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
pasaba por su lado,
tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
mas al quedarme solo
se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII.

Entonces ¡ay de mí! pensando en ella
dirigía mi huella
hacia las ruinas del feudal castillo,
que sobre estéril y ondulada mota
alza su frente rota
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
aquella mole enorme
que muestra de los siglos el estrago:
crece en las hendiduras de la piedra
la trepadora hiedra
y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
turban de aquellas ruinas
la paz solemne con sesgado vuelo,
y alguna alondra al ascender inquieta,
símbolo del poeta,
que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
parece que reposa
aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que á sus plantas corre,
y la vetusta torre
proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
y hallar algún remedio
á mis ansias prolijas y secretas,
con brazo vigoroso y pié seguro
subía por el muro,
buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII.

Agil, robusto. dueño de mí mismo.
al través del abismo
alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
para ver en confusa perspectiva
la inmensidad arriba,
y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogían,
al acercarme huían,
y solo con mis penas en la altura,
de codos en el ancho parapeto,
miraba con respeto
el cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo
apartado del mundo
en aquel torreón del homenaje,
con íntima y tenaz melancolía
se engolfaba y hundía
en la infinita calma del paisaje!

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
del diáfano horizonte
el indeciso término cortaban:
por todas partes se extendía el llano
hasta el confín lejano
en que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII.

Cual dilatado mar, la miés dorada
á trechos esmaltada
de ya escasas y mustias amapolas,
cediendo al soplo halagador del viento
acompasado y lento,
á los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate, cutdown
que cae agavillado en los inciertos
surcos como, los muertos
en el revuelto campo de combate

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrías y laderas crece,
y entre las ondas de la miés madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apenas la mirada alcanza,
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos v veredas,
los carros de anchas ruedas
pesadamente y sin cesar transitan,
y sentados encima de los haces,
rapazas y rapaces
con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
al través de los campos se dilata:
refleja en su corriente el sol de estio,
y el sosegado río
cinta parece de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
su marcha mansa y leda;
ya le obstruye la presa de un molino,
y como potro á quien el freno exalta,
párase, el dique salta
y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
cual nidos de palomas,
se agrupan en desorden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila,
ligeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro,
otro descarga el carro
que bajo el peso de la miés rechina.

LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afán trabaja,
y cual premio debido á su fatiga
desgránase la espiga,
y salta rota la reseca paja.

LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno
como el vapor de un horno
caldeaba la tierra, embebecido
y suspenso ante el vasto panorama,
que al pie se desparrama
de la alta torre, me quedé dormido.

LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
hasta que de repente
me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
ví que el lóbrego manto
de las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
é insólita pavura
deshizo, como sombra, mi energía.

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
y se perdió en lo oscuro
del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
trémulo, sin aliento,
la señal de la cruz besé contrito.
Turbóse mi razón y como un loco,
empecé poco á poco
á bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
hincando con furor en la muralla
manos y piés, tan ciego y trastornado
como el pobre soldado
que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,
las temerosas aves
que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apénas.
La sangre de mis venas
corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
y de sudor cubierto,
buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
espacio, sentí frío,
luego un dolor agudo, luego... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volvi de mi mortal letargo,
vertían llanto amargo
las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII.

—« ¡Vive!»—Mi padre alborozado dijo.
—« ¡Vive! »—con regocijo
mi madre repitió, mirando al cielo:
ella en silencio se enjugó los ojos.—
Postráronse de hinojos,
y la santa oración levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y vïolenta
sacudida sufrí, que estuve inerte,
postrado y sin hablar noches y días,
esperando las frías
y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
cuando tenaz delirio
mi razón y mis miembros embargaba,
cuando la abrasadora calentura
mi soledad oscura
de visiones terríficas poblaba,

LXVI.

con la sedosa cabellera suelta,
forma gentil y esbelta
parecióme entrever en mi extravío,
que se acercaba pálida, intranquila,
clavando su pupila
con honda angustia en el semblante mío!

LXVII.

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba, cuando el suave
calor sentía de furtivo beso,
que se posaba en mí como se posa
la leve mariposa,
sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba, cuando triste ó satisfecha,
en lágrimas deshecha
ó risueña y feliz, según mi estado,
mirábala sumisa á mis menores
caprichos y dolores,
como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿qué saca el pobre leño,
despojo inútil de la mar bravía,
sino hacer más pesadas sus congojas,
con recordar las hojas
que le vistieron de verdor un día?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;
mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
daba á mis miembros el vigor perdido,
mi dulce bien querido
recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,
cuando la luz molesta,
y un viento sin rumor todo lo arrasa,
al pié, tendido en la agostada alfombra,
de un árbol cuya sombra
el sol calienta, pero no traspasa,

LXXII.

dejaba en perezoso enervamiento
vagar mi pensamiento,
atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
no apartaba los ojos
del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
con indecible pena
me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño
y exclamé sin pensar:—«¡Ingrata, ingrata!»—

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
breves instantes, levantóse incierta
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
y me tendió su mano,
que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

—«¡Sufres!—me dijo con afán.—¿Qué tienes?
¿con tan fieros desdenes
paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
sino llorar contigo cuando lloras.»—

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
á la traición? ¿las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba
rompió al fin como lava
que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

—«¡Goza, gózate!—dije—fementida,
en enconar la herida
que con tu injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
que por dejar de amarte
me arrancaría el corazón del pecho.»—

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
llegar á mí, cual llega
la enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
y deslizó en mi oído:
—«¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
la cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañaras, Juan, me matarías?

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
como acerada flecha
me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
cuánto he sufrido!...»—Hablábame gozosa,
y en su mejilla hermosa
la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba extático... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
que resuena su voz, su voz vibrante
como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
la mar rugiente y sorda,
y con febril ardor de que me acuso,
quise estrecharla entre mis brazos; cuando
de súbito llegando,
en silencio mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
y dijo:—«Cuando acabes,
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»—

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
de su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
regresé al patrio nido,
como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
á cuyos muros me llegué temblando,
aguardábame sola y enlutada
mi madre idolatrada,
que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
—«¡Murió! ¿para qué vivo?»—
grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
—«Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!»—

FIN.

ELEGÍA

A LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS.

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida
llega á calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida;
si es verdad ¡ay! que el afligido seno,
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno;
permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, llore contigo.

¡Ya no existe el pöeta! Pero en vano
querrá la muerte oscurecer la gloria
del más insigne genio lusitano.
Él con su ciencia engrandeció la historia,
él exaltó la santa poësía,
y él impondrá á los siglos su memoria.
Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado *El Arpa del Creyente*
y amó la libertad. ¡Quién no ama al día!
No dobló al yugo del temor su frente,
ni la lisonja vil manchó su labio,
ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.
De la austera verdad en desagravio,
se opuso á la invasión de la mentira
con fe de artista y convicción de sabio.
Enérgico y tenaz, pero sin ira,
combatió en pro de su fecunda idea
con la voz, con la espada y con la lira.
Harto ya de luchar, buscó en la aldea
la dulce calma, el apacible encanto
que perdió en el fragor de la pelea,
y hoy en rústico y pobre camposanto
sus restos guarda honrada sepultura,
que el pueblo portugués riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura
cárcel, de eterno lauro coronada,
vuelve al seno de Dios intacta y pura!
Ejemplo sea á nuestra edad menguada,
en que más de un ingenio peregrino
en el fango del mundo se degrada,
y contrariando su inmortal destino,
como ramera sin pudor, ofrece
al éxito brutal su estro divino.
¡Ah! grande podrá ser, mas no merece
loa ni encomio el pensamiento humano
que se humilla, y se arrastra, y se envilece.
¿Quién al águila audaz, que el soberano
vuelo remonta, comparar podría
con el reptil inmundo del pantano?

¡Oh! religión del arte! ¡Oh Poesía!
¡Comunión de las almas cuando llevas
la paz, el bien y la razón por guía!
¡Cuando contra la infamia te sublevas,
y con no usada majestad, el vuelo
hasta el principio de la luz elevas!
Pliega tus alas en señal de duelo,

y ante esa pobre tumba deposita
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!
Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡ay! á quien solo, sí, mas no olvidado,
duerme á la sombra de la cruz bendita.
A quien fué por tu numen exaltado,
de rica inspiración raudal fecundo
y tu apóstol al par que tu soldado.
Rompe el silencio lóbrego y profundo
que cubre el polvo desligado y frío,
del que llevaba en su cerebro un mundo.
¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío
no animarán los sueños de la vida:
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!
Mas bastan á su fama esclarecida
las altas crëaciones del poeta,
do su gran alma nos dejó esculpida.

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar como un atleta! (1);

(1) La novela *Eurico el Presbítero.*

¡Que ama y lucha á la vez con heroismo,
y ve rodar sin gloria ni esperanza,
su patria y su virtud hacia el abismo!

Cuando esparciendo el odio y la matanza,
la morisma feroz salva el Estrecho
y cual torrente incontrastable avanza
ante el imperio gótico deshecho,
la pasión insensata que le oprime,
con sacrílego ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,
y solo á costa de la inútil vida
de sus perpetuos votos se redime.

¡Cayó en el campo del honor! La herida
anticipó su fin; pero él llevaba
la muerte en sus entrañas escondida.

¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,
no estalla, en horas de incurable duelo,
la rebelión de la materia esclava?

¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo
la sed de lo imposible no le acosa?
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

Surge despues la imagen luminosa

del arquitecto Alfonso, que en su extrema
y ciega ancianidad, aun no reposa (1).
Le designó la voluntad suprema
para labrar maravilloso templo,
y es forzoso que acabe su poema.
De su viril constancia ante el ejemplo,
¡con cuánta angustia, de la edad presente,
la vergonzosa indecisión contemplo!
Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta á explicarse lo que siente.
Ya con sordo fragor se precipita,
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.
Sigue rebelde ó sierva su jornada,
y más que al ruego, al látigo obedece,
¡ay! cuando no vencida, fatigada.

Ante esta sociedad que desfallece,
del inspirado artista la figura
¡cuán excelsa á mis ojos resplandece!

(1) La narración histórica titulada *La bóveda*.

Lleno de genio, edificar procura
alta y extensa bóveda, que sea
terror y pasmo de la edad futura.
Acariciando su arriesgada idea,
cual padre cariñoso, con tranquila
majestad se consagra á su tarea.
El pueblo se estremece y horripila
al comprender su temerario empeño,
y él mismo alguna vez duda y vacila.
—¿No pudiera, en verdad, ser el diseño
de la atrevida y portentosa nave,
la irrealizable concepción de un sueño?
¿Acierta? ¿Se equivoca? ¡Quién lo sabe!—
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,
enterrar su vergüenza en los escombros,
y si decreta Dios la infausta ruina,
recibirla impertérrito en sus hombros.
¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!
Su ardor redobla en la animosa empresa,
y la admirable fábrica termina.
Derríbase, por fin, la selva espesa
de cimbras y pilares, y el espanto
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,
y el noble viejo en éxtasis divino,
con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,
solo, abstinente, orando de contino,
vivió esperando hasta el tercero día
la catástrofe horrenda, que no vino.
Y la imponente nave todavía,
inmóvil cual granítica montaña,
el furor de los siglos desafía.

¡Oh, anciano ilustre, tu sublime hazaña,
de la dura labor á que se entrega
nuestra razón, el simbolismo entraña!
Aunque cansada del trabajo y ciega,
obediente á las leyes que la rigen,
sin cesar edifica, y no sosiega.
Dóciles á su voz desde su origen,
los pueblos con ruidosa incertidumbre
el monumento de su gloria erigen.
Teme á veces la ignara muchedumbre
que la nave espaciosa venga al suelo,
vencida por su inmensa pesadumbre.
mas la razón serena y sin recelo

sabe bien que en sus ejes de diamante
segura está la bóveda del cielo.
No caerá, no, porque el varón constante
deseche el miedo, y con afán profundo
en alas de la ciencia se levante.
¡Ah! si hubiese cedido al infecundo
pavor que nuestras almas encadena,
Colón no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cauce al egoismo,
y solo funda en movediza arena.
¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo.
Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,
y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, también vacilo,
y apénas sé donde posar mi frente.
¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,
dar la triste y postrera despedida

al dulce hogar que le sirvió de asilo?
¡Mas basta ya de indecisión! La vida
se engrandece al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,
y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el coro universal que canta
á la naciente luz:—¡Bendita seas!
Tu fulgor, que los órbes abrillanta,
solo á la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes, espanta.—

¿Quién pudiera á los rayos de esa aurora
los seres convocar que de Herculano
forjó la fantasía soñadora!
Pero no abrigo el pensamiento vano
de animar las figuras colosales
que con diestro cincel labró su mano.
Las místicas angustias, las mortales
ansias, los rencorosos extravíos,
que él presenta patéticos y reales,
rebasarían de los versos míos,
si en ellos contenerlos intentara,
cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan solo en la región que avara
las ficciones y fábulas encierra,
se abrió camino su razón preclara.
Como rayo de sol que se soterra
por ocultos resquicios, é ilumina
los recónditos senos de la tierra,
el negro cráter, la profunda mina
y la gruta de abrojos resguardada
que conoce no más fiera dañina,
así del vate la sagaz mirada
penetró, fulgurando, en los oscuros
y hondos abismos de la edad pasada.
Y descifrando en los ciclópeos muros
de tan lóbregos antros, los inciertos
signos para allegar datos seguros,
buscaba en los sepulcros entreabiertos
de los tiempos antiguos, la memoria
casi perdida de los siglos muertos.
Si cuando, atormentado por la gloria,
con animosa espíritu escribía
del pueblo portugués la épica historia,
, la fanática y torpe hipocresía,
medrosa de la luz, no hubiese roto
su pluma de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto
de envidiosas calumnias, él no hubiera
hecho de enmudecer solemne voto;
el monumento que con fe sincera
quiso alzar á la patria su erudito
y vasto ingenio, perdurable fuera.
Fuera como esas moles de granito
en que pueblos gigantes que no existen,
sus ya ignorados fastos han escrito.
¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:
las pirámides solo, que aún resisten.

Esa historia, entre tantas celebrada,
del egregio Herculano obra maestra,
¡ay! quedará por siempre inacabada.
Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros
gloria de Portugal... ¡y también nuestra!
¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros?
Hermanos son el español y el luso,

un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna los dispuso.
Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.
¿Á quién importa el rumbo que han seguido?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñón hacen su nido.
Ese sol que los sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.
Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho,
el mar, el rio, el llano y la montaña.
Cuando algún invasor, hallando estrecho
el mundo á su ambición, con ellos cierra,
la misma espada los traspasa el pecho.
El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrelos al morir la misma tierra,
y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.
¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,

pregunta Dios al vencedor impío:
—¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!
Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mutua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡oh Portugal! su llanto apura,
y en ti sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa á consolar tus penas;
pero no á compartir tus regocijos.
Podrá el recelo ruín, si no le enfrenas,
hacer que el odio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas;
podrá impedir nuestra unidad fecunda;
mas no evitar que de mi patria el llanto
con el que tú derrames se confunda.
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

FIN.

LA SELVA OSCURA

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA SELVA OSCURA

POEMA.

VIGÉSIMA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1893.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

ADVERTENCIA.

Por si acaso el público, inclinado siempre á buscar el sentido y á medir el alcance de las obras que lee, desea conocer la tendencia moral, tal vez demasiado velada, de este nuevo *Poema* que le ofrezco, voy, en pocas palabras, á satisfacer su curiosidad, exponiendo el pensamiento á que he obedecido, y que temo no haber acertado á expresar con la claridad debida.

En el simbólico amor de Dante á Beatriz, que resiste no sólo á las amarguras de la existencia, sino á la oscuridad de la muerte, y que abre tan vastos horizontes á la imaginación, al sentimiento y á la sabiduría del excelso poeta florentino, descubriéndole los más terribles misterios, he intentado representar la constante aspiración á lo desconocido y lo infinito, que anima al hombre, sirviéndole de poderoso estímulo para acometer las más altas empresas, y sin la cual su razón sería sólo una fuerza

sin objeto, él, un cadáver ambulante, y la sociedad confusa y desordenada muchedumbre.

Hoy que bajo el peso del desengaño, de la contradicción y de la duda, tantos ideales desaparecen, bueno es repetir un día y otro á las almas escépticas ó fatigadas, que es imposible vivir sin alguno, y que, aun cuando desgraciadamente se comprobaran y resultasen verdaderas las tristes negaciones de una filosofía desesperada y vencida por el tedio; aun cuando se demostrara que todo en la vida y en la conciencia es ilusión, sueño y sombra, el mundo no se conformaría con esta dolorosa y estéril certidumbre, y haría bien en no conformarse, ¿porque adónde iría sin luz, sin esperanza, sin libertad y sin Dios?

Todos debemos, pues, tener fija en nuestro espíritu la radiante imagen de una Beatriz inmortal, única señora de nuestros pensamientos, que nos conforte en la tribulación, nos ampare en la lucha y nos dé valor en las horas de desmayo. Si la noble aspiración que vive y alienta en nuestros corazones es realizable, nunca dejemos de rendirle culto; y si, por desdicha, no es más que un sueño... ¡oh! entonces ¡tristes de nosotros! procuremos no despertar.

Madrid 20 de Mayo 1879.

G. Núñez de Arce.

LA SELVA OSCURA.

CANTO I.

DANTE.

Al bajar la pendiente de la vida,
me hallé de pronto en una selva oscura
agreste y sin vereda conocida (1).

Turbado y lleno de mortal pavura,
seguí marchando á tientas y sin tino
al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,
las hojas de los árboles movía
y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía
que con las mustias y amarillas hojas
llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas
de mis desnudos piés ensangrentados,
y avanzando entre sustos y congojas,

intenté ver si por opuestos lados
fácil salida al laberinto hallaba,
y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba
iba siendo su aspecto más salvaje,
y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje
hiriéndome al pasar con golpe rudo,
me arrancó sordo grito de coraje,

sin que templaran mi dolor agudo
ni el silencioso bosque, ni el sombrío
cielo, ni el eco á mis clamores mudo!

Asaltóme el terror, y á pesar mío
volcóse mi asombrado pensamiento,
como se vuelca el ánfora de un río,

poblando, en su febril desbordamiento,
de monstruos la espesísima arboleda
y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda
fijo en el alma, del tropel liviano
iluminaba la bullente rueda,

cual la luz que en las noches de verano
serpentea con lívido destello
sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello
y conturbó mi juicio de tal modo,
que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
y acometido por las sombras, iba
tropezando do quier como un beodo,

hasta que al fin, agitación tan viva
rindió mis fuerzas y caí, cual duro
roble, que el huracán troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
postrado estuve y frío como el hielo,
inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,
desesperando del auxilio humano,
alcé los ojos y la mente al cielo;

que busqué en mi memoria de cristiano
la fe de mi piadosa adolescencia,
y que pugné por alcanzarla en vano.

¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,
de candorosas ilusiones lleno
en tu infinita y pura trasparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,
patria inmortal del ánimo que aspira
á dilatarse en tu profundo seno!

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera
es del color del alma que la mira!

—¿Por qué se asusta el ave pasajera
que con vuelo imprudente y atrevido
á incógnita región partió ligera,

si cuando torna al bosque en que ha nacido,
tal vez arrepentida y fatigada,
no encuentra ya su abandonado nido?—

De pronto, traspasando la enramada
sin conmover las hojas, como suave
rayo de luna en noche sosegada,

llegó un anciano á mí pausado y grave,
mostrando la serena compostura
que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura
el lauro de oro en la anchurosa frente.
y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
de quien no cede á la pasión tirana,
ni el torpe miedo del peligro siente,

rasgando con su vista soberana
la densa oscuridad, como avezado
á penetrar en la conciencia humana,

y á ver hasta en el pecho más cerrado
la insomne incertidumbre del delito
y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
en su semblante rígido y severo
por las vigilias y el dolor marchito;

cuando animar con mis memorias quiero,
si no la noble imagen, el esbozo
de aquella ilustre sombra que venero;

de boca reprimida, extraña al gozo,
como empeñada en detener el paso
á justa maldición y hondo sollozo;

de aguileña nariz, de rostro raso
y enjuto, de mirada penetrante
como una espada, y tan temida acaso (2).

Lleno de admiración vile delante
de mí, lloré, con voz conmovedora
grité, cayendo prosternado:—¡Oh Dante!—

Y á este nombre la turba aterradora
de fantasmas huyó, cual los insanos
sueños al leve rayo de la aurora.

—Señor—tendiendo las crispadas manos
exclamé con afán:—préstame auxilio,
que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

—Haré por ti cuanto en mi largo exilio—
—me contestó con reposado acento—
hizo por mí la sombra de Virgilio (3).

Será grande y terrible tu tormento
antes que el sol á iluminarte vuelva,
porque aquí se desgarra el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva
la sentencia fatal de que en la vida
todos pasamos por la *oscura selva.*

¡Todos pasamos, sí! Y es á medida
que de su freno la razón se exime,
más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
aquí se llora sangre, aquí el quebranto
de las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
ni las medrosas avecillas, canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes
bajo el tremendo golpe de la pena,
crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,
hiel el agua que bebes; aquí el hombre
llega á dudar de Dios y se condena.—

—¡Oh—receloso pregunté:—¿qué nombre
tiene esta horrible selva en que me veo?
¿Á dó podré mirar que no me asombre?—

Y cuando así expresaba mi deseo,
sentíme herido de terror extraño,
como en presencia de su juez el reo.

—¿No has conocido ya para tu daño—
—respondióme el Maestro—que caminas
por la selva mortal del Desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas
que ensangrientan tus piés, y el grave peso
de los recuerdos bajo el cuál te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
las jóvenes y alegres ilusiones
impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
aduerman tu virtud, ni con infames
halagos den calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
el llanto acerbo que tu rostro escalda.
¡Huyeron! No vendrán aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
de la vejez, impuras meretrices,
todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! Bienaventurados y felices
los que al llegar al término forzoso
que con estéril cólera maldices;

cuando por todas partes el frondoso
bosque, sus pasos embaraza y cierra,
y no encuentran la dicha ni el reposo;

cuando, como despojos de la guerra,
van dejando en la linde del camino
las raudas alegrías de la tierra,

y el hombre, fatigado peregrino,
hacia el mudo sepulcro avanza á oscuras
sin saber dónde va, ni por qué vino;

no pierden en las agrias cortaduras
del escabroso monte de la vida,
sino sus miserables vestiduras,

y llevan hasta el fin de la partida
la luz, que el mundo al infortunio niega,
en su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
á la insaciable duda, con su escaso
fulgor, si no le alumbra, no le ciega,

y semejante al sol en el ocaso,
no esparce ya la claridad del día,
pero á la negra noche estorba el paso.

Tenue es su resplandor; más él nos guía
cuando abatido el corazón despierta
en la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que á conservar no acierta
viva esa luz, y arrastra desolado
al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado
á marchar siempre, en lobreguez envuelto,
con su inocente víctima cargado.—

¡Oh Dante!—preguntéle apenas vuelto
de mi estupor.—¿Y tu pasión, aún vive?—
¡Vive, y no morirá!—dijo resuelto.

Con mayor fuerza su impresión recibe
mi espíritu inmortal, hoy que no siente
deleznable interés que le cautive.—

Dijo, dobló la pensativa frente,
guardó silencio, y sin hablar marchamos
largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
de corpulentos árboles se abrían,
y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero después con ímpetu volvían
á entrelazarse como espesa malla,
y dijérase á veces que gemían,

ó que surgía de la inculta valla
que tras nosotros se cerraba, el ruido
temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido
clamó alzando la frente:—¡Oh casto sueño,
nunca logrado y siempre perseguido!

¡Oh Bëatriz, que con tenaz empeño
busco en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste
y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién á su encanto celestial resiste?
¿Quién, sin amarla y someterse, mira
su faz á un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver á verla no suspira?
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra
si ante mí sin cesar irradia y gira?

Cuando la humana confusión me asombra
y vacila mi fe, su imagen bella
con angélica voz me alienta y nombra,

y vamos ambos por la misma huella
los círculos celestes recorriendo,
ella en pos de la luz, y yo tras ella—(4).

—Padre—dije:—perdona si pretendo
penetrar atrevido el hondo arcano
de esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano
las excelencias del amor divino
y las miserias del amor humano.

Á una mujer te encadenó tu sino
y extático la amaste, hasta el momento
en que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento;
pero al perder su túnica terrena
hirió con nueva luz tu entendimiento:

Sigues tras la visión que te enajena
con incansable afán; mas ¿de qué modo
obra en ti la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena?

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?
¿Ó bien la esencia incorruptible y santa
del alma libre?—Y respondióme:—¡Todo!

La eterna aspiración que nos encanta
y llega á Dios como impalpable nube,
del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
nuestro dolor, en busca de consuelo,
á las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
á la excelsa región de la esperanza;
es la nostalgia mística del cielo.

—Señor—repuse:—mi razón no alcanza
á entender los misterios que me dices,
y más se ofusca, cuanto más avanza.

—Sabrás, sin que tu ingenio martirices
lo que tu mente conocer no pudo.—
Y así hablando, sentóse en las raíces

salientes y rugosas de un desnudo
tronco, fantasma de la selva umbría,
ante el cual desbordado, pero mudo,
ancho río de lágrimas corría.

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo
en más prósperos tiempos y lugares,
Dante Alhigieri suspirando, dijo:

—¡Recordar es vivir! Paternos lares,
sueños de amor, quiméricos anhelos,
rápidos goces, íntimos pesares,

luchas de la ambición, traidores celos,
sorda inquietud del alma que se pierde
sin hallar el camino de los cielos;

horas de insomnio en que voraz nos muerde
la duda el corazón, breve alegría,
¡desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
por el humano mar embravecido,
desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
la lobreguez del porvenir delante,
si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante
el puerto adonde va, conozca al menos
los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
de mi fugaz y hermosa primavera,
á la malicia y al engaño ajenos,

fué cuando Bëatriz, que también era
niña inocente, en noble hogar nacida,
rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
pudo unirnos con lazo tan estrecho
en los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
como resguarda á la ciudad el muro
contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro
inexpugnable, misterioso y santo,
cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto
de una pasión, en la niñez ignota,
y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota á gota
la peña horada, y rumoroso emprende
su curso desde el risco en donde brota,

que va creciendo al paso que desciende,
hasta que al fin con desatado brío
por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
aumentaron también con la distancia,
como el arroyo al trasformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
encerró mi ventura, como encierra
el virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
á tan grata ilusión, que desde el cielo
amándonos bajamos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
negro como la noche, la memoria
de las gemelas almas sin consuelo,

que durante su estancia transitoria
por nuestro valle de dolor, olvidan
su edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan
en un mismo recuerdo, y se den cuenta
de los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
las sombras de su mente, como el rayo
rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
en plena luz, desde la excelsa cumbre
á do llegué tras mi postrer desmayo,

mi duda se convierte en certidumbre,
y sé que fuimos al cruzar el mundo
como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
llegó sin voz hasta los piés de aquella
que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella
concepto alguno, que asomar los rojos
matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
mis secretas zozobras expresaba
con el mudo lenguaje de los ojos,

y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
de ruín temor, se aventurase al ruego,
ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
ante la majestad de su hermosura,
que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después cuando la noche oscura,
de rutilantes astros coronada,
excitaba mi fiebre y mi locura;

cuando sólo en mi hogar, con la mirada
fija en el ancho espacio tenebroso,
do esplendía la imagen de mi amada,

buscaba en el silencio y el reposo
lenitivo á mi mal ¡cuán tristes quejas
exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
volaban á Bëatriz mis pensamientos
al través de los muros y las rejas,

y en la noche callada, en los momentos
en que soltaba sus cabellos de oro,
turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro
mis ardientes suspiros á su lado
revolaban diciéndole: —¡Te adoro!—

Alguna vez en mi infeliz estado
la voz del corazón secreta y honda,
gritábame: —¡Valor! que eres amado;

mas no cobarde tu pasión se esconda,
ni quieras que la virgen inocente
á tu silencio, impúdica responda.—

Entonces, llena de ilusión la mente,
de Bēatriz á la mansión cercana
animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pié de su ventana,
confuso y sin valor retrocedía
diciendo: — ¡Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día
para mi amor, que atormentado y preso
en mí, como un Titán, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
se fundieran en éxtasis divino
nuestras dos existencias en un beso.

Mas ¡ay! que un día inesperado vino
á dejarme la muerte pavorosa
solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
que formaron en hora afortunada
la nieve en competencia con la rosa;

aquella casta frente, urna sagrada
de virtud y de amor, aquellos ojos
claros como la luz de la alborada;

aquel seno gentil; aquellos rojos
labios, que con su púdica sonrisa
templaban el rigor de mis enojos;

aquella voz que trémula, indecisa,
llegaba á mí, como lejano canto
de la noche, en las alas de la brisa;

todo al compás de mi abundoso llanto,
pasó ante mí como fugaz centella,
y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
que al trasplantarla á mundos superiores
su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
de blanco cirio, al parecer dormida,
la sien orlada de olorosas flores,

y en su apacible faz descolorida
posé temblando un ósculo... ¡el primero
y único beso que le dí en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero
y rudo embate de tan dura prueba,
ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

porque el pesar que amortiguado lleva,
mas no extinguido el corazón, es llaga
que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
caminaba al azar y sin concierto,
como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
sin luz el sol, naturaleza muda,
y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda
de todo bien, frenética se lanza
en los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fuí! Mas ¿dó no alcanza
la clemencia de Dios que nos envía
tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
en que arrastrado por la indócil ola
del dolor, retorciéndome gemía;

cuando más ciega, abandonada y sola
pugnaba mi razón contra la pena
en que la fe del hombre se acrisola,

la imagen de Bëatriz, dulce y serena,
apareció á mis oj s de improviso,
de celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
poner fin á mi inmensa pesadumbre
con aquella Visión del Paraíso.

Rodëada de ráfagas de lumbre
y envuelta en su flotante vestidura,
sin mancha como nieve de la cumbre,

bajó hasta mí la virginal figura,
para alumbrar mi espíritu sombrío
con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
convulso incorporándome en el lecho,
quise abrazarla, y abracé el vacío,

y de su imagen al través, deshecho
en un raudal de lágrimas, tres veces
sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,
—exclamó la Visión—volverte anhela
el perdido reposo que apeteces,

y torno á ti, como afanosa vuela
el ave errante al silencioso nido
donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
pensando en tu aflicción, triste mi estancia,
y turbaba su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,
que no pudieron quebrantar la suerte,
ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

como en debido premio acudo á verte
y por orden altísima te digo
que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo
tu espíritu gigante, y por doquiera
que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
—¡Avanza!—te diré—que el bien nos guía;—
y cuando empieces á dudar:—¡Espera!—

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
subirá más porque tendrá dos alas
para elevarse á Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para ti nupciales galas,
seré tu esposa mística, y mi mano
te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,
tu mente llegará donde no pudo
llegar jamás el pensamiento humano,

y unida á ti por invisible nudo,
en las recias batallas de la vida
tú la espada serás y yo el escudo.—

Esto dijo, y su voz siempre querida,
vibró en mi corazón, como las notas
de un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
sentí al impulso de su acento tierno
las ligaduras de mi carne rotas,

y traspasé las puertas del *Infierno*,
y con espanto ví de los precitos
la fiera angustia y el suplicio eterno

y horripilado percibí los gritos
que arrancaba á las almas pecadoras
la tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
cerrado para siempre á la esperanza,
donde son siglos de dolor las horas,

invencible y tenaz desconfianza
sujetaba mis piés, ó el terror ciego
que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
el nombre de Beatriz, romper me hacía
olas de sangre y límites de fuego (5).

Mas no tan solo en la región sombría
del llanto penetré: siempre guiado
por mis sueños de amor y poesía,

subí también al círculo apartado
donde las almas con ferviente anhelo
esperan el perdón de su pecado;

y lejos ya de la mansión del duelo,
visité, libre de temor impuro,
las esferas espléndidas del cielo.

Dijo Dante, y alzándose del duro
tronco, emprendió de nuevo la jornada
con ánimo resuelto y pie seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
con el mudo tropel de mis ideas,
al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó: — ¡Bendita seas
santa ilusión que nuestra pobre vida
dignificas, levantas y hermoseas!

Sin ti, nuestra conciencia sumergida
en tenebroso y perdurable encierro,
gimiera en un abismo sin salida.

Solo por ti, mi voluntad de hierro
pudo sufrir la adversidad terrena
y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por ti, subí sin pena,
pero no sin orgullo, los peldaños
tan tristes ¡ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
soporté con firmeza soberana
la injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
no columbrara en lontananza el puerto
y la costa segura, aunque lejana;

si en medio del mundano desconcierto
no hubiese á veces mi razón confusa
entrevisto el oásis del desierto;

privado de la paz que no rehusa
á las almas la fe, tú hubieras sido
¡oh desesperación! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando embebecido
las austeras palabras del Maestro,
mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante, más siniestro
se presentaba, y la escabrosa ruta
más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró, por fin, mi marcha irresoluta,
salvando de improviso los abrojos
que la boca cerraban de una gruta,

feroz pantera, cuyos anchos ojos
relucían inquietos en la densa
oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,
cual si estuviese contra mí en acecho,
descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
grité azorado, y á mi propio grito
desperté. revolcándome en el lecho.

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito
afán, con el afán del moribundo
á quien mira su culpa de hito en hito.

—Sin el vivo calor, sin el fecundo
rayo de la ilusión consoladora,
¿qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Lejos de mí las sombras que á deshora
llenan de espanto la conciencia humana!—
Y al decir esto, penetró la aurora
en torrentes de luz por mi ventana.

FIN.

NOTAS.

I.ª

Este terceto es casi traducción de aquel tan conocido con que Dante empieza su *Divina Comedia: Nel mezzo del camin di nostra vita, etc.* He puesto al frente de mi trabajo estos versos del ilustre poeta florentino, movido por un sentimiento de respeto á su gloriosa memoria, como el pobre hidalgo de lugar, que ha venido á menos, y ya nada vale ni significa, conserva, sin embargo, con religioso amor, en la portada de su ruinosa casa solariega, el antiguo escudo señorial.

Mi poema da principio en la *negra selva*, en que al rayar en la mitad de la vida, supone Dante haberse hallado de improviso, apartado del camino recto; y su sencilla acción se desenvuelve en el lugar y el espacio que median desde que él se encuentra inesperadamente en el bosque espantoso, hasta que le asalta una pantera, interceptándole el paso.

Siguiendo el simbolismo de Dante, aunque sin la seguridad de haber acertado en la interpretación, he representado en la *oscura selva* esa triste edad de la vida, próxima á la vejez, en que las ilusiones y esperanzas

caen marchitas del corazón, como las hojas secas de los árboles, arrancadas por el viento de otoño, y en que la vegetación del alma — permítaseme la metáfora, aunque peque de atrevida, — es decir, la renovación de sus afectos perdidos y de su dicha soñada es muy difícil. cuando no del todo imposible.

2.º

Dante, cuyo retrato he procurado trazar en estos versos, acercándome al más parecido que de él se conserva y que, si no estoy trascordado, es obra de Domingo de Michelino, nació en Florencia el año de 1265, y era descendiente de una antigua familia güelfa. Desde muy joven, fiel al partido que habían abrazado sus padres sirvió á la República en magistraturas y embajadas, y combatió por ella en Capaldino y en Caprona. Las divisiones de los güelfos y las vicisitudes de su patria, le llevaron al destierro, y en él murió cerca de Rávena en 1321.

Hombre de carácter firme y entero, se resistió constantemente, á pesar del vivo y natural deseo que le aguijoneaba de volver á Florencia, á dar para conseguirlo, paso alguno humillante y vergonzoso. Habría podido regresar á su patria, donde ya, como en toda Italia, era célebre y admirado, si hubiera querido prestarse á las dos condiciones que le imponían: el pago de una multa módica y la sumisión á varias ceremonias religiosas que envolvían una especie de retractación; pero Dante se negó diciendo que si para entrar en Florencia no había otro camino, renunciaba para siempre á volver á su país natal. Y en efecto, antes que

acceder á lo que se le exigía, prefirió andar errante hasta el fin de su vida por Francia é Inglaterra, y principalmente por diversas ciudades de Italia, aprendiendo por experiencia propia cuán amargo es el pan que de otro se recibe y cuán triste es subir la escalera ajena

Come sa di sale
lo pane altruit é com' e duro calle
lo scendere e' il salir per l' altrui scale.
PARAÍSO, canto XVII.

Dante, con el trascurso del tiempo, sufrió un cambio radical en sus opiniones políticas. Empezó siendo güelfo y concluyó gibelino. Amaba ardientemente la libertad de Florencia; pero avergonzado del repugnante espectáculo que entonces ofrecían los mil tiranuelos que desgarraban el seno de las repúblicas italianas, no creía posible ni segura la libertad, sino bajo el amparo y predominio del emperador de Alemania. La profunda trasformación por que habían pasado sus ideas, aparece claramente en su libro de *Monarchia* y en los cantos VI y VII del *Purgatorio*.

3.ª

Virgilio es el mentor del gran poeta italiano en su viaje por el *Infierno*, y no le abandona ni se separa de el sino á la entrada del *Paraíso*. Cuando penetran ambos en el primer círculo de la mansión del espanto, donde están suspendidas encima del abismo las grandes sombras de la antigüedad, Beatriz desciende á ellos desde las alturas del cielo, y dirigiéndose á Virgilio, le pide

que defienda y guíe á aquel á quien ella llama con suavísimo acento; *l'amico mío*. De esta suerte, y por medio de alegoría tan delicada, el Amor pone á Dante bajo el amparo de la Poesía.

4.ª

Nueve años había cumplido Dante, cuando estando un día de Mayo en la morada de un amigo de su padre, de la familia de los Portinari, vió por primera vez á Beatriz, hija del dueño de la casa, que tenía once meses menos que el egregio poeta y que había de ser la inagotable fuente de su inspiración. «Al aparecerse á mis ojos con nobilísimo aspecto—refiere Dante en su *Vita nuova*—vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y cual convenía á sus tiernos años, el espíritu vital que reside en lo más escondido del corazón, comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho, y recibió honda impresión todo mi sér cual si yo interiormente me dijera: hé aquí una criatura superior á mí que viene á imponérseme.» Este amor prematuro que han sentido también otros grandes poetas, y casi en nuestros tiempos lord Byron, enamorado en la infancia de una niña de su misma edad, nunca perdió en Dante el carácter de ideal y contemplativo que debía conducirle á la austeridad y á la gloria. A los nueve años de esta primera entrevista, es decir, cuando él tenía diez y ocho y Beatriz diez y siete cumplidos, volvió á ver á su amada en compañía de dos gentiles damas de más edad que ella, «vestida de blanquísima túnica.» Saludóle dulcemente, lo cual trasportó al poeta á los últimos términos de la beatitud, y como oyese entonces por vez primera el timbre de su voz, em-

bargóle tan viva turbación—según él mismo cuenta—que retirándose á un rincón oscuro de su estancia, se entregó á los más tiernos pensamientos de gratitud y amor. Algunos años después encontróla de nuevo en su camino; pero herida Beatriz por la sospecha de ciertos juveniles devaneos que se le atribuían, al pasar cerca de él, le negó el saludo, cuyo desvío produjo tan intenso dolor en el ánimo del poeta «que huyendo de las gentes regó la tierra con llanto amarguísimo y quedó largo rato como aletargado.»

No referiré todos los incidentes de la vida íntima de Dante, porque no caben en los estrechos límites de una nota, y porque siendo además muy conocidos, no son necesarios para la inteligencia de mi poema. Baste decir que tímido é irresoluto, quizás por la potencia misma de su contenida pasión, jamás pudo ver á Beatriz sin sentirse profundamente alterado. Cierto día, habiéndola hallado impensadamente en casa de unas amigas, le asaltó tan extraordinario temblor y quedó tan fuera de sí, que las damas conocieron su secreto, y aumentaron su confusión con maliciosas sonrisas y cuchicheos.

Así pasaron los años, sin que hubiera mudanza alguna en los sentimientos de Dante, hasta que Beatriz murió en la flor de su edad, el 2 de Julio de 1290. El dolor del poeta no tuvo límites; la ciudad de Florencia, desprovista de cuanto constituía su encanto y esplendor, le parecía una viuda. Escribió sentidas poesías á la santa memoria de Beatriz, en su alabanza y glorificación, impregnadas del espíritu místico y simbólico que es uno de los rasgos más característicos de su genio, hasta que un día tuvo una visión maravillosa, cuyos pormenores calla, y en la cual, según dice en la *Vita nuova* «fué testigo de

cosas tales, que formó el propósito de guardar silencio sobre todo lo concerniente á aquella alma bien aventurada miéntras no pudiese hablar en términos dignos.» «Para lograrlo, añade, he estudiado sin cesar, y espero decir de ella lo que no se ha dicho jamás de otra alguna.»

De este modo anuncia, catorce ó quince años antes, su poema del *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso*, lleno todo él de Beatriz, que después de muerta siguió siendo, como había sido en vida, dueño absoluto del alma del poeta.

La relación de estos castos é inmortales amores, cuyo sentido alegórico ha dado siempre margen á curiosas y profundas interpretaciones, sirve de base, como verá el lector, á mi poema *La Selva oscura*, y singularmente á su segundo canto.

5.ª

Dante, á quien, como he dicho en otra nota, acompaña Virgilio en su peregrinación por el *Infierno*, y luégo Estacio, poeta cristiano que se une á ellos y no los deja hasta la salida del *Purgatorio*, tiene siempre presente la idea ó la imagen purísima de Beatriz, á cuyo nombre, con frecuencia invocado, se allanan ó desaparecen los obstáculos que encuentra en su marcha. Cuando en el canto XXVII del *Purgatorio*, halla delante cerrándole el paso, una muralla de fuego, Dante retrocede espantado; pero Virgilio le dice: «Mira, hijo mio que esa muralla se interpone entre Beatriz y tú.»

Or vedí, figlio,
trá Beatrice é te é questo muro,

y al oir esto, se arroja sin vacilar en medio de las llamas.

Siéntese sofocado por el calor del mar de lumbre que le envuelve, y entonces el glorioso poeta latino háblale de nuevo de Beatriz para confortar su espíritu atribulado, diciéndole estas tiernas y consoladoras palabras: «Ya me parece que estoy viendo sus ojos.»

Gli occhí suoi giá veder parme.

Traspuestas las dos mansiones del dolor, el *Infierno* y el *Purgatorio*, Beatriz es la única que conduce á Dante, y quien le arrebata de círculo en círculo para que guste de los celestiales goces é inefables alegrías del *Paraíso*.

LA PESCA.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA PESCA.

POEMA.

VIGÉSIMASEGUNDA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1893.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

LA PESCA.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mía
honda melancolía,
tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo á polo
temidos son; tú sólo
sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento
sube tu ronco acento,
y cuando revolviéndote en ti mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
el pensamiento humano
como tú grande, como tú profundo,
que alzando sin cesar su voz de trueno,
forja en su ardiente seno
las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
con que surcó tu inmensidad, la aciaga
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Como el mortal olvido
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo perece en ti sin dejar huella:
el barco que se estrella
contra el peñón, la armada que devoras,
los continentes que iracundo invades,
las sordas tempestades
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
mantiene en pie las ruinas
que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
por ti pueblos y razas
como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
sólo tu voz resiste:
tu acento fué, como clamor de guerra,
el que la humanidad oyó primero,
¡ay! y será el postrero
que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
y abismas en tus olas
la insolencia del fuerte á quien humillas,
mi espíritu conturbas y enajenas
con las tristes escenas
que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
que con recio oleaje
el cantábrico mar bate y socava,
al través de los árboles blanquea
casi ignorada aldea,
sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
que sacudiendo en vano
la roca estéril sin cesar se agita,
el horizonte corta y se alza enhiesta
sobre la calva cresta
del picacho granítico, una ermita.

XII.

¡Con qué placer la gente pescadora,
que al despuntar la aurora
por entre escollos á la mar se lanza,
del sol poniente al último vislumbre,
ve lucir en la cumbre
aquel faro de amor y de esperanza!

XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,
torna á los patrios lares
el marinero audaz ¡con qué alegría,
con qué ferviente fe, descalzo y roto,
corre á colgar su voto
en aquel pobre templo de María!

XIV.

¡María! que del piélago y del alma
las tempestades calma;
que recoge en sus brazos y consuela
al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo á toda herida,
puerto á toda aflicción. *¡Maris stella!*

XV.

Desde el peñón desnudo y solitario
que el blanco santuario
con su apacible majestad abruma,
contempla por do quiera la mirada
la costa acantilada
donde se estrella con fragor la espuma.

XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa
en la línea indecisa
do se juntan las nubes y las olas,
raudo vapor, que con la crin al viento,
acelera el momento
de arribar á las costas españolas.

XVII.

Luego, á medida que la luz desmaya,
con rumbo hacia la playa
cuyos contornos borra la neblina,
se ven llegar las pescadoras naves,
como tímidas aves
que al nido vuelven, cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
en la empinada altura
de negro promontorio centellea,
y su destello intermitente oscila,
cual la roja pupila
de un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
el mar y el horizonte
á la absorta mirada siempre abiertos,
y al otro lado, en la vertiente opuesta
de la escarpada cuesta,
reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestres hayas y robustos pinos
de los cerros vecinos
orlan y ciñen la brumosa frente,
por cuyas quiebras rueda y se desata,
como líquida plata,
el sonoro raudal de alguna fuente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
la pintoresca vega,
siguiendo los contornos desiguales
de la verde montaña, resguardado
por el peñón tajado
de recios y furiosos vendavales;

XXII.

bajo el amparo de la Iglesia santa,
sobre la cual levanta
sencilla cruz sus brazos redentores,
sin que la sed de la ambición le aflija,
humilde se cobija
aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
rústico albergue asoma
al margen de un arroyo cristalino,
cuyo limpio caudal, abriendo calle
por el fondo del valle,
mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
y cuando el viento mece
con leve impulso sus tupidas frondas,
parece, reflejándose en el río,
que el ramaje sombrío
en el espacio tiembla y en las ondas.

XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
las tapias de la casa,
un joven pescador de piel curtida
por el viento del mar, áspero y rudo,
iba nudo por nudo
recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

para coger los puntos de la malla,
que en su postrer batalla
rompió, saltando el pez, vencido y preso
en la jornada del pasado día,
cuando la red crujía
de la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
en la ingrata faena
le acompañaba, y con secreto gozo,
á menudo, ligera como el rayo,
mirándole al soslayo
orgullosa pensaba: —¡Es un buen mozo!—

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
en el redondo seno
que el ceñido jubón reprime y tapa,
suspendiendo de pronto su trabajo,
decía por lo bajo
con aire vencedor: —¡Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces, dibujándose indecisa
en sus labios la risa,
contemplábase, muda de embeleso,
la dichosa pareja enamorada,
y era aquella mirada
una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
como su nombre, hermosa:
arde en sus ojos del placer la llama.
Su fresca boca, que al halago brinda,
es dulce cual la guinda
que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
que se deshace en breve:
negros sus ojos son, negro el cabello.
Competir en su rostro parecía
la noche con el día;
pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
Miguel, el más activo
y arriesgado patrón de aquella playa,
que ágil en el timón, fuerte en el remo,
en el peligro extremo
ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio
de su penoso oficio,
por la abierta camisa muestra el pecho
de fuerte y musculosa contestura,
no á la molicie impura,
sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
oculta la nobleza
de un corazón resuelto, pero sano.
Tan sólo Rosa conquistó la palma
de someter un alma,
que no logró domar el Oceano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
la bendición del cura.
Tres meses hace que al sagrado lazo
la ya vencida voluntad rindieron,
tres meses, que se dieron
el primer beso y el primer abrazo.

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
honor y prez de España,
dos almas en sus gustos más unidas,
ni con tan casto ardor el himeneo
en un mismo deseo
fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces
las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
su amor tan inocente como vivo:
pero el beso furtivo,
la franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

el íntimo y verboso cuchicheo,
semejante al gorjeo
de alegres aves, el falaz desvío
de que mimada joven alardea,
sólo el tiempo que emplea
en decir su amador: — ¡Dulce bien mío! —

XXXIX.

la voz, el gesto, la expresión, el modo
de contemplarse, todo
trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma
por inculto que sea y por grosero,
para el amor sincero
no es tierno como arrullo de paloma?

XL.

Juntos en deleitable compañía
trabajan á porfía
repasando la red, y tan molesta
como pesada operación sazona
la burla retozona,
la aguda chanza ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcentrados en su amor profundo
¿qué les importa el mundo?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
y juegan, como juegan
los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
donde manso ganado
con la hierba otoñal su gula aplaca,
la madre de Miguel, limpia y risueña,
tranquilamente ordeña
las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos
tan jóvenes, tan bellos
y tan rendidos á su mutuo encanto,
los dulces ojos, que la edad apaga,
y por sus labios vaga
leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
á quien tan sólo deja
vanas memorias la cansada vida,
con qué intenso y profundo regocijo
siente y ve en aquel hijo
reverdecer su juventud perdida!

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
con sus castos amores,
sus ansias, sus placeres y congojas.
Es como tronco roto, que aún resiste,
y el mes de mayo viste
de nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
y desbordando el gozo
que en sus plácidos ojos centellea,
dijo, llamando la atención de Rosa:
—Mírala qué hacendosa
y entretenida está. ¡Bendita sea!—

XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!—
Rosa exclamó:—Bien dices,—
respondióla Miguel:—¡Quieran los cielos
para colmar la dicha de esa anciana,
concederle mañana
inocentes y hermosos netezuelos!—

XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,
mostrando en su semblante
el vívido color de la amapola,
al cuello se colgó de su marido,
y murmuró á su oido
una tímida frase ¡una tan sola!

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
que removió hasta el fondo
el alma de Miguel, como la ardiente
lumbre del sol que las campiñas dora,
hace, germinadora,
estallar en el surco la simiente.

L.

—¡Madre! ¡madre!—gritó falto de aliento;
y pronta al llamamiento
con creciente ansiedad la anciana vino.
—¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.
—¿Qué es esto? ¡Pues es nada!—
contéstole Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Qué avanza mi ventura á toda vela!
¡Qué vas á ser abuela!
¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!—
Y hablaba cada vez menos tranquilo,
levantándola en vilo
locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
del apretado nudo,
y no vuelta del pasmo todavía,
haciendo á Rosa malicioso guiño,
con maternal cariño,
—¡Ah bobo!—prorrumpió—¡si lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,
en íntimo, en estrecho,
en entrañable abrazo confundidos,
mezclaron sus sencillos corazones,
anhelos, ilusiones,
lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
se anticipa el deseo
con sus alas de rosa al bien distante,
Miguel dijo soñando:—Si no muda
el tiempo, y Dios me ayuda,
la pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
á Castro... ¡no! á la corte
iré en seguida, y si en las tiendas hallo
cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
y le traeré un hatillo
de príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!—

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
—¡Si casi le estoy viendo
con su carita colorada y fresca,
y sus gracias alegres y sencillas,
sentarse en mis rodillas
para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa
cuando á buscarme vaya!
Y cuando se acostumbre, al lado mío,
al olor del carbón y de la brea,
¡verás cómo gatea
por los palos y jarcias de un navío!

LVIII.

Será—siguió diciendo satisfecho,—
un mozo de provecho
más resistente y firme que una entena.
Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—
—¡Hijo de mis entrañas!—
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡El, expuesto al peligro de los mares!...
¿No bastan los pesares
que me afligen por ti? ¡Vaya un empeño!
No lograrás vencerme, te lo digo,
harto sufro contigo
sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

LX.

—¡Bravo!—exclamó Miguel:—¡Famosa idea!
Pues ¿qué quieres que sea?—
Y mirándole Rosa con ternura,
—¡Cura!—le respondió.—¡Cómo!—repuso
el pescador confuso,
—¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!—

LXI.

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día
á la Virgen María,—
respondió con tiernísimo arrebato,
—por cuantos mueren en la mar traidora,
por la infeliz que llora
su mísera viudez... y por ti ¡ingrato!

LXII.

—Pues no me harás cejar.—Ni á mí tampoco.
—Vayamos poco á poco—
dijo, cortando la incipiente riña
la madre de Miguel.—Pues yo no paso
por que apuréis el caso
sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
arrugó el entrecejo
contrariado tal vez; pero de pronto,
á compás de ruidosa carcajada
prorrumpió:—¡Nada, nada,
madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
aun cuando sea el vivo
retrato de mi adusta morenita.—
Y con franca efusión abrazó á Rosa,
que entre esquiva y gozosa
dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
¡Santa y perenne fuente
del amor paternal, que en nuestro anhelo
en misteriosas ondas repartida,
para endulzar la vida
y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,
que turbas nuestra calma,
y con ritmo jamás interrumpido
despiertas los estímulos que duermen,
haces vibrar el germen,
subir la savia y palpitar el nido!

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
suspende la fiereza
del oso huraño y del león hirsuto,
y tu fuego vivaz que do quier arde,
ímpetu da al cobarde,
vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
se muda, se trasforma,
y en este inmenso impenetrable abismo
que la infinita variedad encierra,
tan sólo tú, en la tierra,
en el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
de su mayor contento,
asomando al través de los maizales
que encubren la vereda del molino,
un marinero vino
á turbar sus ensueños paternales.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarada
de Miguel. Alma honrada
que á su pesar apasionado culto
consagra á Rosa; amor inofensivo.
pero punzante y vivo,
en lo más hondo de su pecho oculto.

LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
que tienes—contestó—la paz en casa,
y que el reló se atrasa
para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
el cielo está sereno
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
calcular el aguante de tu malla,
pues hoy, ó todo falla,
van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!...
El año ha sido malo...—
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito
no perder la ocasión, porque mi esposa...—
Iba á hablar; pero Rosa
dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
no diré una palabra,—
contestóle Miguel. Mientras Roberto
rendido al golpe de su ardiente pena,
contemplaba la escena,
lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quien en lo oscuro de su pecho esconda
la herida viva y honda
que sangra sin cesar, de un desdichado
amor, y tenga para más tortura,
el sueño de ventura
que nunca logrará, siempre á su lado;

LXXVI.

quien de los celos pertinaces sienta
la mordedura hambrienta,
y finja, indiferente ó satisfecho,
ver su imposible bien en otros brazos,
mientras quiere á pedazos
el corazón saltársele del pecho;

LXXVII.

quien amando en silencio hasta el delirio
no tenga en su martirio
ni aun el triste consuelo de la queja,
podrá tan sólo comprender el fiero
pesar del marinero,
ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII.

Miguel de pronto profirió:—¡Al avío!—
con desenvuelto brío
la fuerte red plegando. Diligente,
y según su costumbre cariñosa,
iba á ayudarle Rosa
cuando él le dijo amedrentado:—¡Tente!

LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
que un esfuerzo cualquiera...
¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
que hoy la felicidad me presta aliento.
¡Hasta capaz me siento
de cargar con la barca, si es preciso!—

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
Miguel echóse á cuestas
la recogida red, diciendo:—¡Vaya!
Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto,
en íntimo concierto
tomaron el sendero de la playa.

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
volviendo la cabeza
á cada instante hacia su hogar cercano,
desde donde en señal de despedida,
la joven conmovida
le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
su prenda idolatrada
se internó en las revueltas del camino,
no apartó, con dulcísima porfía,
del rumbo que él seguía,
ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

viendo, no sin nublársela el semblante,
cada vez más distante
al dueño de su vida y de su casa;
que la ausencia en amor, aun la más breve,
cual nubecilla leve
oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...—
dijo, oprimiendo el seno
maternal, con tan blando y dulce nudo,
que, de la dicha de su hogar ufana,
la enternecida anciana
contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
perdiéronse ligeros
tras un peñón que hacia la senda avanza,
y al fin de cuya estrecha cortadura
la indómita llanura
del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente,
su grandeza imponente,
su augusta calma ó su furor sublime,
y con su regia majestad á solas,
óyese de sus olas
la voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
van, de la mano asidos,
hacia donde á merced de la marea
que su ancha curva en las arenas raya,
cual reina de la playa
la barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
con atrevida quilla
surcar graciosa el líquido elemento,
y mar afuera, inquieta y juguetona,
tender la blanca lona
á las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
cuando la sombra oscura
se precipita sobre el mar de Atlante!
Y cuando viento duro el golfo riza,
¡qué es ver cuál se desliza
por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
y hiende tan gallarda
la inmensidad del piélago bravío,
que no deja tras sí, rápida y suave,
ni aun la huella que un ave,
rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
ante la airosa lancha
que su fortuna y su ambición encierra,
y le presta solícito el cuidado
con que el bravo soldado
mima y atiende á su corcel de guerra.

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
gritó á los de la playa:
—¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
á la dura jornada se dispuso.
Sólo absorto y confuso
un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
extraño á la faena
ocultaba su rostro entre las manos,
mostrando sólo en su actitud doliente
la ancha y curtida frente
orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
malogra, su hija amada
cayó marchita al soplo de la muerte,
y se le sale, sin sentir, del pecho
el corazón deshecho,
en las acerbas lágrimas que vierte.

XCV.

Quien ha sufrido la mortal congoja
que, sin piedad, deshoja
como agostada flor nuestra ventura
en ese instante de terrible prueba,
en que voraz se lleva
parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga
la luz dudosa y vaga
que colora la faz del moribundo,
¡ay! y á medida que en sus ojos crece
la sombra, nos parece
que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,
nuestra impotencia escucha
el tremendo estertor de la agonía,
y con angustia alborotada y loca
posamos nuestra boca
sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo
al ritmo fatigoso
que el pecho cadavérico le presta,
y que ya de la muerte bajo el peso,
ni al anhelante beso,
ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

cuando aun tibios los míseros despojos,
vemos con turbios ojos
toda nuestra ilusión desvanecida,
y en medio del pesar que nos destroza,
sentimos cuál se goza
traidor recuerdo en enconar la herida;

C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
negra y medrosa caja
el bien amado para siempre encierra,
y siente el corazón despavorido
el ruido, el sordo ruido
que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡ay! quien tenga grabada en su memoria
esa trágica historia,
sin cesar repetida y siempre nueva,
verá, evocando su dolor pasado,
el dardo envenenado
que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aflicción tan viva,
con frase compasiva
le interrogó Miguel franco y abierto.
Alzó el viejo la faz desencajada,
y con voz desmayada,
—¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
mientras un choque rudo
no sacude el marasmo que le embota,
porque entonces el ansia comprimida,
como por ancha herida
la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
en el dolor que estalla
se mezclan y amalgaman con espanto,
como fundidos por el mismo fuego,
la imprecación y el ruego,
y el gemido, y la cólera, y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
exasperó la pena
que al tosco anciano le apretaba el cuello,
y exaltándose al cabo poco á poco,
con la rabia de un loco
maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
¡Mentira! Dios no es justo
cuando se goza en aumentar mi cuita.
Tienen en buena paz muchos bribones
tierras, barcos, millones...
¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
¿Cómo vivir sin ella?...—
Y se apagó la voz en su garganta.
—Mas sin justicia ni razón me quejo,—
gimió el honrado viejo:
—¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
la encallecida mano,
—vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
junto á la amada prenda que perdiste.
—¡No!—contestóle el triste
moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
conservo todavía,
gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
Saldré á la mar contigo.
¡Necesito el jornal para su entierro!

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
las galas de la muerte:
una cruz, un sudario y una palma.—
Guardó breve silencio el desdichado
y luégo desolado
clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
como puñal agudo
clavósele en el pecho, y tan activa
creció en su corazón la angustia fiera,
cual la insaciable hoguera,
que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
y conteniendo el llanto
Miguel le respondió:—Tu pobre Juana
tendrá lo que tu anhelo solicita:
la humilde cruz bendita,
la palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
que un bravo compañero
á su propio tormento contribuya.
No serás, si te niegas, buen amigo,
y atiende á lo que digo:
hoy pesco para ti. ¡Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
sobre la herida abierta
del triste anciano, y mitigó su duelo
llanto reparador, tranquilo y suave.
Siempre para quien sabe
sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
con blando acento dijo,
las lágrimas secando en su mejilla.
Miguel para ocultar su sentimiento,
ligero como el viento
á la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
con ansia manifiesta
esperaba no más la voz de mando.
Dióla el patrón; y con vigor supremo,
el resistente remo
en las arenas de la playa hincando,

CXVII.

puso á flote la lancha embarrancada,
que lenta y sosegada
siguió después por la canal angosta,
única vía, franca y descubierta,
entre la barra incierta
y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
inabordable, oscuro,
desde la playa misma se adelanta,
hasta la punta del siniestro Cabo
do el mar potente y bravo
con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
en pavorosa hilera
resaltan del peñón de trecho en trecho,
señalando en el áspero arrecife,
el sitio en que un esquife
quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
de horror y espanto llena.
Más de un pobre marino halló su fosa,
entre el medroso y formidable estruendo
de la borrasca, oyendo
los penetrantes ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
por mísera y mezquina
pudiérase decir que el mar desdeña,
aunque á veces su presa le disputa,
una abrigada gruta
labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras
las apacibles horas
trascurren sin sentir. Con los reflejos
de la luz que en las aguas reverbera,
el mar, como si fuera
de inflamado metal, brilla á lo lejos

CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,
con la mirada abarca
el golfo en que indolente se aventura.
Está á sus pies sumiso y reposado
como león cansado,
y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
mansamente resbala
sin conmover el piélago sereno,
semejante al aliento tibio y leve,
que apenas alza y mueve
de una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
rápidamente raya
las claras ondas con su blanca estela,
y al avanzar con suave balanceo,
parece que el deseo
va impaciente sirviéndole de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
la gente se prepara,
el remo suelta, y su esperanza funda
en la corriente azul del Oceano,
como el dolor humano,
amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
con provechoso tino
tiende la fuerte red, y las tres veces
al recogerla, abrillantó su trama,
la refulgente escama
que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
Dice alegre Roberto,
mientras que sujetando por la agalla
con diligente mano desenreda,
al pez, que preso queda
en los hilos nudosos de la malla.

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
un sollo, que convulso
entre sus férreos dedos se torcía,
regocijado exclama: —¡Brava presa!
No se pone en la mesa
del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente
á medida que siente
su ganancia crecer, redobla el celo,
y sin cejar un punto en su tarea,
quién en la red se emplea,
quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

quién al enorme pez, que agonizante
colea, en un instante
con implacable actividad remata;
y de la pesca el acre olor parece
que alienta y fortalece
al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
fué enturbiando del cielo
la limpia claridad. Oscura nube
desde el confín remoto se avecina,
sorbiendo la neblina
que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
el mar plácido y blando
por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido,
y hacia el agreste nido
tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso una racha fugitiva
del oleaje aviva
el ímpetu naciente. Las espesas
nubes marchan en giro apresurado,
y al fin rompe el nublado
en gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
un pescador ya viejo:
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—Se aguó la fiesta!—
—¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—
—¡Sí!—responde el anciano.
—¡La galerna está encima!—No discuto—
le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
y yo no vuelvo al puerto
si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
sin que del mar bravío
la sorda turbación los contuviera.
Pues ¿quién fuerza al lebrel cuando en la pista
la ansiada res avista,
á pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
cual rauda catarata;
el huracán sus ráfagas sacude
como un corcel la crin; al llamamiento
del alterado viento,
la ola, bramando de furor, acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate,
el eterno combate
que presencian los siglos confundidos,
en que después de trágicos horrores,
los fieros gladiadores
ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
rueda la tempestad: con ciego empuje
cual fogoso bridón que se desboca,
la ola adelanta, choca
contra la barca, se revuelve y ruge.

CXLI.

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,
aunque la red se pierda!
Aun habrá tiempo de llegar al faro.
¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,
que pronto arribaremos.
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra
y á la cercana tierra
dirige el rumbo como buen marino,
mientras la gente, ante el peligro absorta,
con ágil remo corta
la indócil ola, abriéndose camino.

CXLIII.

Estimulado por la voz del trueno,
el mar su turbio seno
con resonante convulsión agita;
cual irritada fiera el lomo enarca
y hacia la frágil barca
sus gigantescas olas precipita.

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
la lancha pescadora
los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
vuelan llenos de espanto,
en confuso tropel hacia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
imploran por los seres
que amenaza el furor del mar sombrío,
y ardientes quejas, alteradas voces
revueltas y veloces,
pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luego el tropel desordenado y vario
invade el santuario
que la escarpada cúspide corona,
donde al pie del altar, una y cien veces
con dolorosas preces,
pide auxilio á su célica Patrona.

CXLVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
otra, en silencio besa
desesperada á un párvulo inocente,
un débil niño en su pueril despecho,
golpeándose el pecho,
en el polvo del templo hunde su frente

CXLVIII.

otro ofrece á la Virgen con devoto
fervor, sencillo voto;
y del concurso general, movido
por el temor, la angustia y el deseo.
el alto clamoreo,
¡ay! más que una oración, es un gemido.

CXLIX.

En el lugar más arduo de la costa,
hacia la boca angosta
del canal, siempre al marinero aciaga,
bulle otra multitud, dando á los vientos,
sus ayes y lamentos,
que el recio son del temporal apaga.

CL.

Pintándose en su faz el extravío,
por medio del gentío,
la madre de Miguel, como una sombra,
se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
reza, las manos junta,
y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;
copioso llanto baña
sus claros ojos que oscurece el duelo.
Tiene el lívido rostro de una muerta,
y la razón cubierta
de tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso.
¿Conocerán acaso
la noticia fatal? La incertidumbre
de Rosa, surge á tan horrible idea,
y con terror pasea
su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.
Frenética, insensata
á una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde
está Miguel? ¡Ten lástima!—solloza.
La sorprendida moza
mírala estupefacta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—
Pero un marino experto
en los trances del mar, compadecido
de la atroz inquietud que la enajena,
para templar su pena
dícele con amor: — ¡Cobra el sentido!

CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?
¿Qué sacas con ponerte
en el último extremo? Cuando tarda
la barca en presentarse, conjeturo
que ya en lugar seguro,
tan sólo el fin del temporal aguarda.

CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
porque riesgos mayores
ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
turbada y anhelosa,
y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
al borde se aproxima
del saliente peñón, como una idiota,
y expuesta á peligroso paroxismo,
avanza hacia el abismo
la descompuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
la atónita mirada
hunde en la inmensidad, y es su porfía
tan profunda y tenaz, que si pudiera,
la mar rebelde y fiera
con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡Ay! ¡si lograse traspasar la bruma!...
¡Si entre la blanca espuma
viese al mortal por quien suspira y ruega!...
Cuando divisa un barco en lontananza,
renace su esperanza
y clama, llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

CLX.

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!
¿En dónde está su dueño
que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?
Su amante madre la acaricia y calma.
¡Compadeced al alma
que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
sin tregua ni reposo
anuda cuerdas y apareja un bote,
sometido al mandato soberano
de respetado anciano,
mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
sin ostentoso alarde,
y aunque á los años la cerviz inclina,
presta vigor á su cabeza cana
la fortaleza humana,
templada al fuego de la fe divina.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
luchando á la ventura
con el viento y las olas, impelida
por la borrasca hacia el difícil paso,
en donde puede acaso
quedar á salvo ó perecer hundida,

CLXIV.

entre el fragor que por momentos crece,
intrépida aparece
la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
Cual gladiador que tras inútil prueba
huye vencido, lleva
cien heridas de muerte en su costado.

CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje
del soberbio oleaje,
la gente fuerzas del peligro cobra;
y aunque la lancha, como leve pluma,
entre montes de espuma
parece á cada instante que zozobra,

CLXVI.

cien veces con impávido heroísmo,
resurte del abismo
obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
que el riesgo de la lucha
tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—
Con voz entera y firme
pregunta el cura.—¡Á vuestro amor apelo!
Arrancaremos á la mar su presa,
y si en tan santa empresa
morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
su aliento dobla, leve
cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquiva:
pues ¿á quién, si arde viva
la fe en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
que aquel combate á muerte
de generosa emulación los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
hábiles y ligeros,
abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,
con fuerte sacudida
pedazos hecho le arrojó á la playa.

CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
llorando como un niño,
gimió en su angustia el viejo venerable.
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos
hijos! Tal vez podamos
desde el mismo peñón echar un cable.—

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre
á la empinada cumbre
el grupo asciende, y con empeño lanza
el recio cabo á la corriente ciega;
mas ¡ay! que nunca llega
al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado
increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
la tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
—¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza'—

CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota
desgobernada y rota.
Aun los pobres remeros, más audaces
cuanto más la borrasca se acrecienta,
lidian con la tormenta
desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?
¿Cómo cruzar la barra
que el paso cierra del canal estrecho,
si ya tiene la barca pescadora,
quebrantada la prora,
el casco hendido y el timón deshecho?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.
¡Ya es suya! Todavía,
resistiendo en los frágiles despojos
del roto barco, en su ansiedad suprema,
la gente rema, rema,
rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?
Su resistencia es vana.
¡Ay! la esperanza al corazón se aferra
en los casos adversos é infelices,
aun más que las raíces
á las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

—¡Juan, lárgame una estacha!—grita el bravo
Miguel,—y por un cabo
átala pronto y bien, que si consigo
con el otro nadar hasta la orilla,
podrá nuestra barquilla
en la gruta del faro hallar abrigo.—

LCXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.
¿En qué pensaba? ¿Cabe
dudarlo un punto? En el edén perdido,
en su infeliz mujer, en el risueño
ángel, que vió en un sueño,
huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

CLXXX.

—¡Eh!—contéstale Juan:—¡Ahí va la estacha!—
Miguel el hombro agacha
para esquivar el golpe; mas Roberto,
asiéndola en el aire de improviso,
prorrumpe:—No es preciso:
yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,
y en él, como la pura
lámpara de un altar, arde escondida,
le inspiró, en su postrera llamarada,
ofrecer á su amada
no sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,
y á su cintura anuda
la retorcida cuerda. Intenta en vano
resistirse Miguel en son de queja,
y se obstina, y forceja,
y arráncarsela quiere de la mano.

CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo
ganar la costa puedo!
¡Es inútil que chilles: no te escucho!
Esto sería asesinar á Rosa.—
Y con voz temblorosa
dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

CLXXXIV.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,
y sin temor confía
á sus robustos brazos su defensa.
Mas de repente, en turbio remolino,
á trastornarle vino
ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente con estruendo estalla,
y en desigual batalla
le revuelca, le arrastra y le sofoca.
Desaparece el desdichado, juega
la onda con él, y ciega
le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
desencajada, inerte,
de pie sobre la mole de granito
que sacude la mar tempestuosa,
lanzó de pronto Rosa
un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
de quien no espera nada;
¡ay! que del corazón en lo más hondo
las heces amarguísimas remueve
del caliz en que bebe
la humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII.

Cual mies que cede al ímpetu del viento,
convulsa, sin aliento,
levantando sus manos, ya inactivas,
la humilde multitud se postra en tierra,
y con fervor que aterra
eleva á Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
la majestad reviste
de su augusta misión el sacro anciano,
y humedeciendo el llanto sus mejillas,
se dobla de rodillas
ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
levanta la mirada
á la celeste bóveda, testigo
mudo de tanto horror, y con acento
parecido á un lamento:
¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
el cielo siempre mudo,
desierto el mar, la barca destruída,
y una hermosa mujer, rígida y yerta,
lo mismo que una muerta,
en el estéril peñascal tendida.

CXCII.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
con su postrera lumbre
baña fúlgido sol desde el ocaso,
y en hora tal de paz y de misterio,
al santo cementerio
una débil mujer dirige el paso.

CXCIII.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
Rosa fragante, ajada
en mitad de su alegre primavera,
bajo el vivaz recuerdo que la excita,
aquella flor marchita
ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño,
á un escuálido niño
nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un día
soñó la fantasía
del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCV.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
entre la fresca hierba
dos fosas busca, se prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
el desvalido infante
sus manecitas mueve, y también llora.

CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
á engalanarse vuelva?
¿Renovará sus cánticos el ave
que dejó la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
el ardiente arrebato
del amor, la ilusión que se deshoja,
la fe que espira, el gozo y el tormento:
que el hondo pensamiento,
como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
cuando tenaz se enreda
al débil corazón, y en él dilata
su raíz, como hiedra trepadora,
entonces nos devora,
porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

FIN.

EL VÉRTIGO.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

EL VÉRTIGO.

POEMA.

TRIGÉSIMACUARTA EDICIÓN

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1893.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

Sr. D. J. Martínez Parra:

Mi querido amigo: varias veces, leyendo algunas de mis composiciones líricas, ha deslizado V. en mi oído la tentadora insinuación de que escribiera un poema donde se reflejasen las ideas, sentimientos y luchas de nuestra época, tan llena de altos pensamientos como de sucesos trágicos.

Exageraba V., llevado por el cariño que me protesa, el alcance de mis fuerzas, que son escasas para realizar la ardua empresa que V. me proponía, en la cual tantos ingenios se han estrellado, y que presenta todos los caracteres de una obra imposible. No hay marco capaz de encerrar en armónico conjunto la diversidad de propósitos, de pasiones y de conceptos de este siglo inmenso que ha presenciado y presencia tantas revoluciones en el orden social, en el psicológico y en el científico; de un siglo que piensa y siente como ningún otro ha pensado ni sentido; que ha removido todas las fibras del alma y todos los intereses de la tierra; que camina á tientas, cayendo

y levantándose en la sombra, pero sin desmayar nunca, por entre los más temerosos problemas; y que empujado por el demonio insaciable de la investigación, llega á las más elevadas cimas y á los más hondos abismos, escala los cielos y se sumerge en los lodazales del mundo para verlo, sentirlo y conocerlo todo.

Hay épocas en la historia en que la razón ha seguido una dirección uniforme, precisa, claramente determinada; en que un principio, una necesidad social, un sentimiento político, moral ó religioso, ha predominado casi en absoluto y se ha impuesto á la masa humana, haciéndola marchar en un sentido dado, como va la corriente de un río por su cauce. Las antinomias y rebeldías que engendra siempre el proceso de las ideas y que son el más poderoso estímulo del progreso humano, porque el día en que se apagara la contradicción, si esto fuera posible, la inteligencia se paralizaría, como se paraliza la sangre en un cuerpo muerto, fueron impotentes, en las épocas á que me refiero, para resistir el curso impetuoso de la idea matriz, del principio fundamental á que obedecían. Las ciencias, las artes, las costumbres, las leyes, todo avanzaba en la misma dirección, por el mismo camino, hacia el mismo fin y con el mismo paso. Dentro de estos períodos de ordenada elaboración intelectual, la poesía podía apreciar el movimiento de la humanidad en una síntesis suprema; abarcarla con su mirada desde las

cumbres de su inspiración; cantar sus grandezas y sus miserias, y ser al mismo tiempo la queja y el himno de aquellas generaciones más ó menos felices, pero disciplinadas.

En nuestro siglo el entendimiento humano ha crecido ó se ha ensoberbecido tanto, que, rompiendo todos sus diques, se desborda y extiende como una riada. Atraída nuestra época por múltiples y contrapuestos ideales, sin dejarse dominar exclusivamente por ninguno, sufre, sin embargo, la influencia de todos. Escéptica y fanática, autoritaria y demagógica, friamente utilitaria y, á veces, generosa hasta el heroísmo, en su seno se codean, se empujan, se oprimen y compenetran los principios más contrarios, los intereses más hostiles entre sí, las aspiraciones más inconciliables: al lado de milagros cuya verosimilitud se hubiera resistido á admitir la Edad Media, surgen las negaciones más violentas; junto á las creencias más vivas, las dudas más desgarradoras; por todas partes resaltan en la órbita del pensamiento, el contraste, la antítesis, la incertidumbre, el conflicto. Ni la filosofía, ni el arte siguen rumbos lógicos y seguros, porque ninguna doctrina definida y concreta impera en absoluto; antes bien pasan con la oscilación del péndulo de un extremo á otro, influídas por modas tan caprichosas como efímeras. Ayer reinaba, por ejemplo, la metafísica; hoy ha caído en menosprecio: ayer el arte era idealista; hoy es realista: ayer se extraviaba por la

inmensidad del espacio; hoy parece como que goza revolcándose en el fango más inmundo de la tierra: ayer levantaba ídolos; hoy derriba dioses. Grandes y profundas son las revoluciones sociales que en el presente siglo han trastornado la faz de los pueblos; pero son más grandes y profundas todavía las revoluciones que han agitado y agitan el mundo de la filosofía y del arte. Hay más distancia de Krause á Hartman, de Paul Delaroche á Courbet, de Lamartine á Zola y su escuela, que la que media entre la autocracia rusa y la democracia americana; y no obstante, ¡cuán pocos años hemos necesitado para salvar este abismo! Los mismos quizás que emplearemos mañana para desandar lo andado, para volver á nuestro punto de partida, para rehacer, en lo posible, lo que hemos deshecho, y destruir, también en lo posible, lo que hemos creado, porque el péndulo no se para nunca. ¡Siempre el flujo y reflujo de la vida!

¿Es racional que en medio de tan confuso remolino de ideas y de sucesos, intente la poesía—y aunque lo intente, lo consiga—reflejar las diversas tendencias de esta época tan activa como perturbada, que á fuerza de tener todos los caracteres, puede decirse que no tiene ninguno? No, amigo mío, no lisonjee V. mi amor propio para que emprenda una obra irrealizable: conozco que me faltan alientos para arrojarme en la vorágine que V. me señala, donde tantos se han ahogado, y no quiero acercarme,

ni por curiosidad, que sería peligrosa, á la esfera de atracción del precipicio; le tengo miedo.

Pero no es esto decir, que, atendiendo á los consejos de amigos para mí muy afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar preferente, no me decida acaso á escribir un poema de mayores y más trascendentales proporciones que los que hasta ahora he producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios me concede para ello vida y reposo. Los poemas de cortas dimensiones que he publicado solo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea. En *La Última Lamentación de Lord Byron* he procurado probarme en el tono épico, tal como creo yo que debe ser en nuestra época; en el *Idilio* he intentado penetrar en el seno de esa poesía íntima, familiar, patética que se desarrolla al calor del hogar y en la dulce serenidad de la naturaleza; en *La Selva Oscura* he pretendido velar mi pensamiento, sin hacerle incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo, y en *La Visión de Fray Martín*, de la cual el público solo conoce el primer canto, he deseado, bajo forma severa y grave, unir lo fantástico y lo sobrenatural á lo real y trascendente.

En El Vértigo, que ahora doy á la imprenta, y que corresponde también á la serie de mis ensayos, predominan exclusivamente el carácter legen-

dario y la forma popular, para lo cual le he escrito en el metro del pueblo. Escaso es su valor; pero tal como es, se le dedico á V. cariñosamente, respondiendo á la estimación que siempre me ha manifesdo, y con él tendrá V. que conformarse, mientras yo no pueda, como V. desea y quiero, ofrecerle una obra de más importancia, nunca la que V. ha soñado, sino la que logre dar de sí el pobre y ya fatigado ingenio de su antiguo amigo que de veras le aprecia,

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

19 de Noviembre, 1879.

EL VÉRTIGO.

I.

Guarneciendo de una ría
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza gigante y sombría
ancha torre secular
que un rey mandó edificar
á manera de atalaya,
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

II.

Cuando viento borrascoso
sus almenas no conmueve,
no turba el rumor más leve
la majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
largas horas sumergido,
y solo se escucha el ruido
con que los aires azota
alguna blanca gaviota
que tiene en la peña el nido.

III.

Mas cuando en recia batalla
el mar rebramando choca
contra la empinada roca
que allí le sirve de valla;
cuando en la enhiesta muralla
ruge el huracán violento,
entonces, firme en su asiento,
el castillo desafía
la salvaje sinfonía
de las olas y del viento.

IV.

Dió magnánimo el monarca
en feudo á Juan de Tabares
las seis villas y lugares
de aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
desde el alto parapeto,
á su yugo está sujeto,
y en los reinos de Castilla
no hay señor de horca y cuchilla
que no le tenga respeto.

V.

Para acrecentar sus bríos
contra los piratas moros,
colmóle el rey de tesoros,
mercedes y señoríos.
Mas cediendo á sus impíos
pensamientos de Luzbel,
desordenado y cruel
roba, asuela, incendia y mata,
y es más bárbaro pirata
que los vencidos por él.

VI.

Pasma, al mirar su serena
faz y su blondo cabello,
que encubra rostro tan bello
los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
su bronca trompa de caza,
con mudo terror abraza
la madre al niño inocente,
y huye medrosa la gente
del turbión que la amenaza.

VII.

Desde su escarpada roca
baja al indefenso llano
con el acero en la mano
y la blasfemia en la boca.
Excita con rabia loca
el ardor de su mesnada,
y no cesa la algarada
con que á los pueblos castiga
sino cuando se fatiga,
más que su brazo, su espada.

VIII.

De condición dura y torva
no acierta á vivir en paz,
y como incendio voraz
destruye cuanto le estorba.
Todo á su paso se encorva,
la súplica le exaspera,
goza en la matanza fiera,
y con el botín del robo
vuelve, como hambriento lobo,
á su infame madriguera.

IX.

De cuyos espesos muros,
en las noches sosegadas,
surgen torpes carcajadas,
maldiciones y conjuros.
Con los cantares impuros
de rameras y bandidos,
salen también confundidos
de los hondos calabozos,
desgarradores sollozos
y penetrantes quejidos.

X.

Una noche, una de aquellas
noches que alegran la vida,
en que el corazón olvida
sus dudas y sus querellas,
en que lucen las estrellas
cual lámparas de un altar,
y en que, convidando á orar
la luna, como hostia santa,
lentamente se levanta
sobre las olas del mar;

XI

don Juan, dócil al consejo
que en el mal le precipita,
como el hombre que medita
un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
rayos sus miradas son,
y con sorda agitación
á largos pasos recorre
de la maldecida torre
el imponente salón.

XII.

Arde el tronco de una encina
en la enorme chimenea:
el tuero chisporrotea
y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
su ancha cabeza un lebrel,
en cuya lustrosa piel
vivos destellos derrama
la roja y trémula llama
que oscila delante de él.

XIII.

El fuego con inseguros
rayos el hogar alumbra;
pero deja en la penumbra
los más apartados muros.
Hacia los lejos oscuros
la luz sus alas despliega,
y riñen muda refriega
en el fondo húmedo y triste,
la sombra que se resiste
y la claridad que llega.

XIV.

Hosco don Juan y arrastrado
por su incorregible instinto,
cruza el gótico recinto
convulso y acelerado.
¿Qué maldad ó qué cuidado
embarga su entendimiento?
Dijérase que el tormento
de su corazón, si fuera
el alma de aquella fiera
capaz de remordimiento.

XV.

El odio que le avasalla,
arrebatado y sombrío,
tiene el ímpetu del río
pronto á quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla
la cólera que en él late,
y con mil ansias combate
como corcel impaciente
que á un tiempo el castigo siente
del freno y del acicate.

XVI.

En tan solemne momento
lucha Tabares á solas
con las encontradas olas
de su propio pensamiento.
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?
¿Triunfará Dios ó Satán?
Nunca los hombres sabrán
por qué en el cerebro humano,
como en el hondo Oceano,
las olas vienen y van.

XVII.

En vano á vencerse prueba,
y con fuerza prodigiosa
vuelve la pesada losa
que abre paso á oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
un grueso leño encendido,
y arrójase enfurecido
por aquella negra entrada,
lanzando una carcajada
doliente como un gemido.

XVIII.

Alza el lebrel que dormita
la noble cabeza, el sueño
sacude, y en pos del dueño
gruñendo se precipita.
Don Juan, con ira inaudita,
marcha como un torbellino.
y va saltando sin tino
uno tras otro escalón,
entre el humo del tizón
con que alumbra su camino.

XIX.

Al fondo del antro baja,
y con sus puños de hierro,
de un triste y lóbrego encierro
el postigo desencaja.
—Yace postrado en la paja
un ser miserable y ruín,
que recelando su fin
azorado se incorpora,
y con voz conmovedora
grita:—«¿Qué quieres, Caín?»—

XX.

Don Juan, insensible y duro,
la vista en torno pasea,
y fija la humosa tea
en una grieta del muro.
—«Luís—le responde—te juro
que te engaña el corazón,
pues no tengo la intención
de arrebatarte la vida,
como á una fiera cogida
en la trampa y á traición.»

XXI.

—«¿Qué pretendes, pues?—exclama
don Luís, tendiendo los brazos:—
¿Quieres anudar los lazos
á que la sangre nos llama?
Si la pasión que te inflama
en amor se convirtió,
no te detengas, que yo
con alma y vida te espero.»—
Y rechazándole fiero,
su hermano contesta:—«¡No!

XXII.

Ya es razón que esto concluya—
añade, falto de calma.
—¿Por qué Dios me ha dado un alma
tan distinta de la tuya?
Pues no hay fuerza que destruya
el odio mortal que abrigo,
¿á qué, dí, cuando te hostigo,
con tu cariño me hieres?
¡Aborréceme, si quieres
ser generoso conmigo!»—

XXIII.

Luego, con gesto feroz,
prosigue quedo, muy quedo
como si tuviera miedo
de escuchar su propia voz:
—«¡Si supieras cuán atroz
es la inquietud con que lidio!
Yo prefiero el fratricidio
al afán que me tortura,
porque es tal mi desventura
que hasta tus penas envidio.

XXIV.

Te detesto, y busco en vano
un motivo á mis rigores.
Yo, grande entre los mayores,
con tu perdición ¿qué gano?»
Y don Luís replica:—«Hermano,
todo tiene sus azares.
No conmigo te compares,
que resultarás pequeño.
Yo tus grandezas desdeño
y tú envidias mis pesares.»

XXV.

—«Es cierto. ¡Suerte menguada!»—
dice don Juan impaciente,
golpeándose la frente
con mano dura y crispada.
La bondad, jamás cansada,
de don Luís le desespera,
y la pasión que le altera
desborda en el calabozo
con un ¡ay! mitad sollozo,
mitad rugido de fiera.

XXVI.

¡Ah! no es extraño que gima
de su angustia en el exceso,
como el Titán bajo el peso
del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
su rencor vivo y profundo,
ni que se agite iracundo
con más ímpetu quizás,
porque á veces pesa más
un pensamiento que un mundo.

XXVII.

De su voluntad no es dueño,
como el alma pecadora
á quien asalta á deshora
su culpa en forma de sueño.
Intenta con loco empeño
vencer su ansiedad sombría,
y exclama con voz tan fría
cual la punta de una daga:
—«¡Esta sed solo se apaga
con tu sangre ó con la mía!

XXVIII.

Que el sol naciente me vea
libre de tan grave peso.»—
Y levantándose el preso,
dice resignado:—«¡Sea!»—
Don Juan recoge la tea,
y echa á andar, perdiendo el tino,
porque el fulgor mortecino
que el seco leño despide
tan solo á trechos divide
las tinieblas del camino.

XXIX.

El uno del otro en pos
van, con paso mal seguro,
por el subterráneo oscuro,
abandonados de Dios.
El lebrel entre los dos
sobresaltado camina,
y por la lóbrega mina
llegan al viejo portillo,
que á un lado tiene el castillo
del peñón en que domina.

XXX.

El soldado que la puerta
por fuera guarda y defiende,
absorto el paso suspende
viéndola de pronto abierta.—
Lejanas voces de alerta
turban la noche callada,
y con frase entrecortada
por el ardor que le agita,
don Juan, avanzando, grita:
—«¡Eh, malsín! Dame tu espada.»—

XXXI.

Resistir quiere el soldado,
y el monstruo entonces golpea
con la resinosa tea
la faz del desventurado.
Por el dolor trastornado,
cae el centinela inerte.
—«Toma para defenderte
de ese menguado el acero—
prorrumpe don Juan,—pues quiero
morir ó darte la muerte.»—

XXXII.

Airado al ver tal acción,
responde don Luís:—«Le tomo
para clavarle hasta el pomo
en tu infame corazón.
Por tan bárbara traición
te matara una y cien veces.»—
—«¡Gracias á Dios que apareces
tal como yo te quería!—
clama con sordo alegría
su hermano.—¡Ya me aborreces!»—

XXXIII.

El frío intenso y tenaz
calma pronto la zozobra
de don Luís, que al fin recobra
su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz
el recuerdo santo y tierno
de aquellas noches de invierno
en que, el amparo de Dios,
juntos oraban los dos
en el regazo materno.

XXXIV.

Y compara aquellos años
de inocencia y bienandanza,
tan henchidos de esperanza
como desnudos de engaños,
con los martirios y daños
que ha sufrido entre cerrojos;
y ante los duros enojos
de aquél á quien tanto quiso,
siente llegar de improviso
las lágrimas á sus ojos.

XXXV.

Don Juan, que ya no refrena
sus iras, marcha delante
revelando en su semblante
la pasión que le enajena.—
Yace la noche serena
en vago adormecimiento;
la luna en el firmanento
sin celajes resplandece,
y hay tal calma, que parece
como aletargado el viento.

XXXVI.

Cuando á desatarse empieza
la tempestad en el alma,
¡qué insoportable es tu calma,
oh madre Naturaleza!
Nunca á la humana tristeza
das el ansiado consuelo,
y en los momentos de duelo
nuestra pena es más aguda
bajo la impasible y muda
indiferencia del cielo.

XXXVII.

Atravesando un pinar
llegan, tras breve jornada,
á una planicie situada
entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
la paz del estéril llano:
solo del ronco Oceano,
que con los peñascos lucha,
el sordo rumor se escucha
como un gemido lejano.

XXXVIII.

Todo en el alma despierta
un vago afán misterioso:
el infinito reposo
de la llanura desierta;
la luz sin color y muerta,
que inunda el diáfano ambiente;
los ecos del mar rugiente,
y el ladrido prolongado
con que el lebrel erizado
la catástrofe presiente.

XXXIX.

Hay en la vasta llanura
un tronco seco y sin ramas,
despojado por las llamas
de su pompa y su hermosura.
De la escarcha la blancura
le da un tinte funerario,
pues se eleva solitario
ennegrecido y escueto,
como gigante esqueleto
bajo su roto sudario.

XL.

Don Juan que la marcha guìa,
detiénese allí, desnuda
su espada, y con voz sañuda
clama:—«¡Tu vida ó la mía!»—
En actitud grave y fría
ante él su hermano se para,
y mirando cara á cara
á su opresor:—«¿Eso esperas?—
le dice:—¡Qué más quisieras
sino que yo te matara!

XLI.

Hiere, si intentas herir;
el golpe aguardo sereno,
que yo, en cambio, te condeno
al tormento de vivir.
¿Adónde podrás huir
que no te alcance el castigo?
Te darán, en vano, abrigo
otros climas y otras playas,
pues donde quiera que vayas
irá tu crimen contigo.»—

XLII.

—«¡Mi crimen!—ruge don Juan.
—¡Por Cristo, que es brava idea!»—
Y en sus ojos centellea
la cólera de Satán.
—«Cuando suelto el huracán
rompe, arrolla y desbarata,
solo algún alma insensata,
en momento tan aciago,
culpa al viento del estrago,
y no á Dios que le desata.

XLIII.

Desde el día en que nací--
añade airado y convulso—
obedezco á extraño impulso,
y no soy dueño de mí.
Lucha, pues armas te dí
para ganar la partida,
que si en la lid fratricida
no opones el hierro al hierro,
juro á Dios que como á un perro
voy á arrancarte la vida.»—

XLIV.

—«¡Hazlo!—contesta su hermano.—
A tus instintos me entrego,
pues no detendrá mi ruego
los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será ¡oh tirano!
tu expiación más tremenda;
y rompo la espada, en prenda
de que no quiero cobarde,
ni piedad que me resguarde,
ni acero que me defienda.»—

XLV.

Dice, y quebrando después
la bruñida y sutil hoja
en dos pedazos, la arroja
de su verdugo á los piés.
Avanza tranquilo, y es
su porte grave y austero.
—«Guarde cada cual su fuero—
exclama—y ya que es tu sino,
mata como un asesino,
mas no como un caballero.»—

XLVI.

Don Juan vacila un instante;
con su conciencia batalla;
pero al fin la envidia estalla
más soberbia y más pujante.
—«¡Imbécil! recojo el guante,»—
grita con áspero tono;
y arrastrado por su encono,
contra el desdichado cierra,
que cae exánime en tierra
exclamando:—«¡Te perdono!»—

XLVII.

¿Cómo expresar el horror
de aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
á los piés del matador.
Con su pálido fulgor
la luna alumbra al caído;
el lebrel, enardecido,
la hirviente sangre olfatea,
y se revuelve, y rastrea,
y rompe en lúgubre aullido.

XLVIII.

Don Juan se detiene adusto;
el asombro en él se pinta,
y la espada en sangre tinta
cae de su puño robusto.
Los ojos vuelve con susto,
horror se inspira á sí mismo,
y cercano al paroxismo
se retuerce y desespera,
como si rodando fuera
hacia el fondo de un abismo.

XLIX.

Tierra, mar y firmamento
cuanto huella y cuanto mira,
todo en torno suyo gira
con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento
de mortal incertidumbre,
y la inmensa muchedumbre
de visiones que le asalta,
ondula, bulle, resalta
entre círculos de lumbre.

L.

Su razón se turba, un velo
de sangre anubla sus ojos,
y cubren vapores rojos
el mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
lanza un grito de agonía,
y huye como res bravía
cuando de pronto á su oído
llega el ardiente latido
de la furiosa jauría.

LI.

Corre, corre, y corre en vano,
porque cuanto más avanza
más cerca á mirar alcanza
el cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
y ve con ansia cruel
los ojos del nuevo Abel
de eterna sombra cubiertos,
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en él.

LII.

Nunca el torpe matador
de su víctima se aleja,
y el miedo ver no le deja
que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
de sus maldades el fruto:
que á veces Dios, en tributo
á su justicia ofendida,
todo el dolor de una vida
reconcentra en un minuto.

LIII.

Su ronda desesperada
sigue con bronco resuello,
puesto de punta el cabello
y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
apenas el suelo toca,
y cuanto más en su loca
carrera el triste se ofusca,
más le estrecha, más le busca,
más el muerto le provoca.

LIV.

Precipítase sin tino,
y aumentando sus terrores,
los espectros vengadores
le acosan en el camino.
Gira como un remolino
sin detenerse jamás,
y va ciego, y cuanto más
huye, ve más espantado
el cadáver siempre al lado
y el lebrel siempre detrás.

LV.

Nada su pavor mitiga,
y su marcha abrumadora
se prolonga hora tras hora
sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le hostiga
con creciente frenesí,
hasta que fuera de sí,
crispado, lívido, yerto,
se desploma junto al muerto
gritando:—«¡Infeliz de mí!»

LVI.

Cuando su manto repliega
la triste noche sombría,
tres muertos alumbra el día
en la solitaria vega:
don Luís, que en sangre se anega
y yace en tranquilo sueño,
don Juan, cuyo torvo ceño
muestra su angustia final.
y el lebrel, noble y leal,
tendido á los piés del dueño.

LVII.

¡Conciencia, nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que á solas con el pecado.
fueses tú para el culpado
delator, juez y verdugo.

FIN.

MARUJA.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

MARUJA.

POEMA.

DÉCIMASEXTA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1891

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

ADVERTENCIA.

Si la rápida difusión de un libro, debida con frecuencia más que á su valor intrínseco, á los caprichos de la moda, fuese la consagración de su verdadero mérito, motivos sobrados tendría para enorgullecerme con el favor del público que habla en ambos hemisferios la lengua castellana, porque quizás, en lo que va de siglo, ninguna obra española, en menos espacio de tiempo, ha sido reimpresa tantas veces, dentro y fuera de la Península, como la colección de mis Poemas. Prescindiendo de las ediciones de Madrid, cuyo número asciende hasta ahora á ciento tres, algunas de dos mil ejemplares, otras de mil y las menores de quinientos, sólo las publicadas en cuatro Estados de América, desde Enero de 1879 en que inauguré la serie de mis Poemas con *La última lamentación de Lord Byron*, hasta 1885, es decir, en el trascurso de seis años han alcanzado la extraordinaria cifra que pueden ver mis lectores en el incompleto catálogo siguiente,

formado con los ejemplares que poseo y que á duras penas he adquirido.

EDICIONES DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Última lamentación de Lord Byron, en papel vitela, con una vista de Atenas moderna y otro grabado al fin representando un templo griego. Imprenta de Thompson y Moreau.—Nueva-York, Maiden Lane, 51 y 52.

Última lamentación de Lord Byron y la Visión de Fray Martín, edicion de bolsillo (1881). Imprenta y librería de N. Ponce de León.—Nueva-York, Broadway, 40 y 42.

Poemas de Núñez de Arce. Primera edición (1881). Imprenta de Thompson y Moreau.—Nueva-York.

Poemas de Núñez de Arce. Segunda edición aumentada (1881).—Impresa en la misma Casa.

Poesías completas de Núñez de Arce, con el retrato del autor (1884). En la imprenta de los mismos editores Thompson y Moreau.

Hay además otra edición de mis Obras poéticas completas hecha en Boston, que no me ha sido posible obtener todavía.

Casi todas estas reimpresiones deben de ser numerosas, porque se las encuentra en todas partes, y hasta han invadido nuestras provincias ultramarinas de Cuba y Puerto-Rico.

EDICIONES DE MÉXICO.

Gritos del Combate. Imprenta de «La Colonia española».—Calle de Santa Isabel, México.

Última lamentación de Lord Byron, Un Idilio y una Elegía y La Selva oscura, con prólogo del distinguido escritor D. M. Gutiérrez Nájera, tan lisonjero para mí como inmerecido (1879). Imprenta literaria de J. Mata, calle de la Canoa, 5.

Algunos poemas de Gaspar Núñez de Arce (1880). Imprenta de «El Socialista».—Escalerillas, 11.

La Pesca. Edición de «El Nacional» (1884). Tipografía de Gonzalo A. Esteva.—Segunda calle de la Pila Seca, 4.

La Pesca (1884). Tipografía de J. F. Parres y Compañía.—Primera calle de la Independencia, 9.

EDICIONES DE COLOMBIA.

Poemas de Núñez de Arce, con un prólogo anónimo, lleno de excelente doctrina literaria, debido, si mis noticias son exactas, á la docta pluma del eximio crítico é ilustre poeta americano D. Miguel A. Caro. (1880).—Bogotá, Librería americana.

Poemas de Núñez de Arce (1881). Segunda edición aumentada, impresa, según todas las aparien-

cias, en los Estados-Unidos, aun cuando lleva el pié de imprenta de la Librería americana.—Bogotá.

La Pesca, con grabados y el retrato del autor.—Revista colombiana titulada *El nuevo papel ilustrado*, dirigida por un notable artista, el Sr. Urdaneta.

EDICIONES DE CHILE.

Es tan difícil averiguar cuándo y dónde se publican las reimpresiones americanas, de cuya existencia suelo tener conocimiento solo por casualidad ó por la espontánea diligencia de algunos amigos, residentes en aquellos lejanos países, que ignoro si se habrán hecho otras, á más de las citadas, en el Perú, Venezuela, Buenos-Aires, el Uruguay y demás Estados de la América del Sur.

Hasta ahora, las últimas que he visto son las postreras de Chile, todas correspondientes al año 1884, las cuales, si se considera, por un lado, la exhorbitante cifra á que han ascendido, y por otro, la reducida población de aquella república, no deben de ser muy mumerosas, como no se hayan hecho también, á semejanza de las anglo-americanas, para su introducción y venta en los Estados limítrofes. Los ejemplares que de este país poseo son:

Última lamentación de Lord Byron. (Vigésima edición).—Santiago de Chile, imprenta de la Librería americana, Ahumada, 37.

El Vértigo. (Décimaséptima edición).

Un Idilio y una Elegía. (Undécima edición).

La Selva oscura. (Décima edición).

La Visión de Fray Martín. (Décima edición).

La Pesca. (Tercera edición).

Todas estas obras están reimpresas por la misma casa editorial, Librería americana, en Santiago de Chile.

Resulta, pues, que en el período de seis años, y solo en los Estados-Unidos, México, Colombia y Chile, se han publicado *ochenta y tres ediciones* de mis Poemas, ya en colección, ya sueltos, y no es inverosímil calcular, en vista de estos datos, que pase de ciento el número total de las que se hayan hecho, durante este espacio de tiempo, en las demás repúblicas de América, no comprendidas en mi Catálogo.

No me quejo de este despojo: no es moral, pero es legal. A pesar de que los más distinguidos representantes de las repúblicas hispano-americanas en Europa, suelen ser miembros importantes de la *Asociacion internacional*, fundada en Paris, para la defensa de la propiedad literaria, y de que los jóvenes pueblos del Nuevo-Mundo creen tener más clara noción del derecho y de la justicia que las viejas naciones del antiguo Continente, la verdad es que en ninguna parte está tan menoscabada y desconocida la propiedad intelectual de los extranjeros, salvas honrosísimas y contadas excepciones, como en las repúblicas de origen español. No, ciertamente, en

provecho de sus literaturas particulares, que sufren la competencia de las demás de Europa, y principalmente de la castellana, en condiciones desventajosas para su propio desarrollo, ni en beneficio de la cultura general, que nada perdería con que se amparasen los derechos del autor, sino en pró de unos cuantos editores y empresarios de teatros entregados al merodeo de obras ajenas, á quienes no censuro ni condeno, porque la culpa no es suya, sino de las leyes que autorizan y legitiman semejante expoliación.

Mas ya que reproduzcan á mansalva los libros de España, ¿no podrían cuidar, por lo menos, de que las ediciones se hicieran, no digo con esmero, pero siquiera más fielmente ajustadas á los textos? No sé si otros escritores serán más afortunados que yo; por lo que á mí se refiere puedo afirmar, bajo la fe de hombre honrado, que casi todas las reimpresiones americanas de mis obras están tan plagadas de erratas, tan desordenadas y mal dipuestas, como hechas de batalla y con un fin puramente lucrativo, que da grima verlas. Unos colectores, sin duda para ahorrar papel, han prescindido de mis prólogos y notas explicativas; otros, tal vez para dejar á salvo sus opiniones políticas y religiosas, han suprimido, sin alterar la numeración correlativa de las estrofas á fin de disimular el engaño, aquellas que se avienen mal con su modo de pensar y de sentir, y por último, otros, todavía menos escrupulosos, han publicado

ediciones bajo el pomposo título de *Obras poéticas completas* que, como la estampada en Nueva-York (1884), apenas contienen una mitad de las que he compuesto.

¿Es esto lícito? Enhorabuena que los editores americanos no respeten nuestra propiedad; pero al menos que respeten nuestro pensamiento, y no le mutilen á su antojo.

No creo que sea exigir demasiado.

Diré para concluir, que abrigo la esperanza de que en un plazo más ó menos breve, la razón y la justicia han de abrirse camino en la hermosa región americana, y que los brillantes escritores que en aquellas apartadas repúblicas, cuyo porvenir se presenta tan halagüeño, honran la raza y la lengua de Castilla, han de impulsar á sus respectivos gobiernos para que, separándose de añejas preocupaciones, reconozcan al fin que entre todas las propiedades de la tierra, la más legítima, la más noble, la más pura, si me es permitido emplear esta palabra, es la que surje alada y luminosa del fondo del cerebro humano

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Madrid 26 de Enero de 1886.

MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla
de caudaloso río que dilata
por ancha vega su raudal de plata,
y en medio de la paz franca y sencilla
con que nos brinda la apartada aldea,
risueño albergue, entre el follaje oscuro
de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,
que cierra y guarda como fuerte muro
el cultivado predio, en que derrama
pródigo Dios sus dones paternales.
Allí de los naranjos y perales
cruje y se dobla la robusta rama
bajo el peso del fruto; allí la higuera

crece con vigoroso poderío,
cuelga la hojosa vid en la colina
y el sauce melancólico se inclina
sobre las aguas del profundo río.
Copudos olmos en abierta hilera
le dan templada sombra entrelazando
su verde y abundosa cabellera,
que el viento mueve con susurro blando,
y mientras que la joven primavera
reparte por do quier hojas y flores,
ocultos en los árboles del huerto
ofrecen los esquivos ruisueñores
al alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma
se divisa al través de la espesura,
tan blanco, cual la cándida paloma
que en medio del vergel repliega el ala,
un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
las altas rejas, esparciendo en torno
el aroma purísimo que exhala;
no lejos de la puerta de cristales

que al vestíbulo da, préstanle adorno
rojos tiestos de plantas tropicales,
y cubriendo el dintel la ardiente cepa
por las tejidas cañas y varales
que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
á Adonis moribundo, orna la fuente
que se destaca en el jardín ameno:
cáe el claro raudal de taza en taza,
dando frescura al perfumado ambiente,
hasta el ancho pilón, de peces lleno,
y por diversos cauces repartido
sigue su curso caprichoso y vago,
hasta perderse en transparente lago
de pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
al traspasar el húmedo follaje
el manso lago á trechos abrillanta,
y airoso cisne de enarcado cuello,
esponjando su nítido plumaje
por las dormidas aguas se adelanta.
—El sosegado albergue, la floresta
que la serena atmósfera perfuma,

los olmos que convidan á la siesta,
el lento río, el lago sin espuma,
todo suspende el ánimo y le encanta,
hasta la leve y azulada bruma
que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos
de la torpe ambición, que al hombre acosa
en indolente placidez la olvida,
y de sus luchas implacables lejos,
en la quietud del campo deleitosa
deja correr sus horas sin medida,
semejante á la fuente rumorosa
que por el césped se desliza oculta?
¿Será alguna conciencia dolorida
que los rudos engaños de la vida
en calculada oscuridad sepulta?
¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo
vive el amor.
Pero el amor tranquilo,
santo, inefable, emanación del cielo:
no la indócil pasión que se desboca,
que nunca sacia su infecundo anhelo

y envenena y corrompe cuanto toca.
No el ciego ardor que retronando pasa
como por el espacio la tormenta;
no el fuego voracísimo que abrasa,
sino la mansa lumbre que calienta.
¡La lumbre del hogar, siempre bendita!
—Arbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja por hoja,
el huracán del mundo que le agita
de su rico ornamento le despoja,
y cuando seco y sin verdor le deja
la tímida ilusión, que en él habita,
tiende sus blancas alas, y se aleja.
¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto
de recios y continuos aquilones,
vive seguro en escondido huerto,
y hasta que rinde el natural tributo,
crece, sin que el furor de las pasiones,
le arrebate á destiempo hojas y fruto!—
Mas no sólo el pesar ama el misterio;
no sólo el corazón que sufre y gime
romper ansía el fiero cautiverio
con que la torpe multitud le oprime;

porque también en su expansión sublime
la dicha humana, que tan poco dura,
busca en la soledad, olvido y calma,
y es que en sus horas de mayor ventura
tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,
viven allí los condes de Viloria
en el reposo, del contento hermano;
que Dios, premiando sus virtudes, quiso
á tanto amor anticipar la gloria
en aquel envidiable paraíso.
¡Cuán ricos de color y cuán veloces
corren para ambos los serenos días,
sin que su paz altere nube alguna!
Arranques de pasión, supremos goces,
recuerdos de placer, tiernas porfías
que el bullicio del mundo no importuna,
llenan el raudo curso de sus horas,
y cien veces, al rayo de la luna,
sus pláticas de amor encantadoras
quiebra de pronto el ardoroso trueco
de ósculos y joviales carcajadas,

que por aquellas verdes enramadas
cansado está de repetir el eco.
No hay en aquel lugar sitio ni ruta
que no guarde en su rústica belleza
cuanto le es dable ambicionar á un hombre
dulcemente querido; cada gruta
un sueño realizado, y la corteza
de cada tronco secular, un nombre.
El de ella, el de él, que en trazos caprichosos
por do quiera que van graban é imprimen,
y que imitando brazos amorosos
se buscan, y se enlazan, y se oprimen.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo
con su tibio calor. Atardecía.
El sol poniente con oblicuo rayo
la copa de los árboles hería,
y de sus tintas cárdenas y rojas
el trémulo vislumbre relucía
entre las tenues y movibles hojas.
¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
Como en crónico enfermo, que presiente
cercano el fin, la luz de la esperanza

se dilata más viva y más ardiente,
así, á medida que la noche avanza,
es el aroma de la flor más suave,
más sonoro el murmullo de la fuente
y más sentido el cántico del ave.
La caricia del céfiro es tan blanda
como el beso de un niño, el soberano
disco del sol, al tramontar, se agranda
palideciendo, el cielo se colora,
medita el triste, el corazón cristiano
se reconcentra en el misterio, y ora.
¡Oh, inescrutable y doloroso arcano!
para hacer más sensible la partida,
irradia siempre en su postrer instante
con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura
de aquel ocaso, la pareja amante
por los jardines discurría, en donde
aglomeró la conyugal ternura
todas las dichas de la tierra.—El conde,
ya acostumbrado al ocio de la aldea,
casi tendido en la mullida alfombra

de césped floreciente, un libro hojea,
y á pocos pasos, á la fresca sombra
de un gigantesco alméz, nido de amores,
desde donde con grata melodía
de la postrera claridad del día
se despiden los pájaros cantores;
escuchando con vago arrobamiento
esas confusas voces interiores
con que nos adormece el sentimiento,
y junto al lago que ondulante brilla
del sol á las inciertas llamaradas,
su noble esposa está, con la sombrilla
trazando en las arenas de la orilla
signos, letras y cifras enlazadas.

Su airosísimo cuerpo la condesa
envuelve en blanco y vaporoso traje;
cubre su seno incitador, espesa
y nívea malla de preciado encaje
de donde arranca alabastrino cuello;
el aura leve de la tarde besa
una rosa prendida en su cabello
que cae en trenzas perfumado y blondo,

y en su mirada diáfana y serena
su corazón se ve, como en el fondo
del limpio lago la menuda arena.

¡Ay! ¿en qué piensa muda y distraída
mientras con mano indiferente, raya
la húmeda tierra? El sueño de su vida
se desliza tranquilo; pero ¿acaso
hasta la misma dicha no desmaya
en medio del placer? ¿Habrá quien pueda
afirmar que en el fondo de su vaso
ninguna gota envenenada queda?
Dios la colmó de santas alegrías,
y con florido vínculo eslabona
el casto amor sus apacibles días;
no envidia, no aborrece, no ambiciona,
y olvidada del mundo, como un preso,
en su albergue escondido y solitario
es su pura conciencia un santuario,
su hogar una ilusión, su vida un beso.
Mas ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva
nube que ofusca al sol, su ánimo embarga
una opresión tan honda como activa.

y la invade en silencio el ansia amarga
de un deseo imposible.
De repente
suspende el conde su lectura, observa
la abstracción de su esposa, y diligente,
como quien anda á caza de un descuido,
llega á su lado.—La esponjosa hierba
de su ligero paso embota el ruido.—
—¿Qué tiene su mujer? ¿Qué pena grave
atribula su espíritu? Lo ignora.
¿No pudiera una cifra delatora
de aquel enigma descubrir la clave?—
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte
en la arena sutil su nombre escrito,
y su temor en gozo se convierte,
mientras ella, arrancada de esta suerte
á sus vagos ensueños, lanza un grito.

—¿Sientes placer en asustarme?—Exclama
de su infundado miedo aún no repuesta
y con fingida cólera la dama.—
—¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto

he querido—su esposo le contesta—
sorprender tu secreto.—¡Mi secreto!...
¿Le tengo acaso para ti?—Responde
la joven más calmada.—Mentiría
si dijese que no—replica el conde,—
—y llevo siempre la verdad por guía.
Como es tan suspicaz nada se esconde
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!
Tres años hace ya que al pié del ara
rendimos la cerviz al santo lazo,
y ha sido para mí tan corto el plazo
como si, todo entero, se encerrara
en el término breve de un abrazo.
¿Es, por ventura extraño, que en tu cara
descubra tus más íntimos antojos,
tu inquietud más secreta y contenida,
si las mejores horas de mi vida
paso, mi bien, mirándome en tus ojos?—
Clara escuchaba á su entrañable dueño
en deleitosa languidez sumida,
como se escuchan, al través del sueño
en el hondo silencio de la noche

las notas de acordada serenata.
Luego, en son de tiernísimo reproche
él siguió con ardor:—¿Callas, ingrata?—

La condesa mostrábase indecisa;
pero venciendo su emoción primera
prorrumpió al fin en descompuesta risa,
acaso más nerviosa que sincera,
y exclamó como en burla:—¡Vaya un tono
sentimental y trágico! Le excuso
porque mi propio amor habla en tu abono.
¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso
animándose el conde.—¿Por qué á veces,
cual si cediera el corazón sumiso
al ansia ineludible de un deseo
que no logras vencer, cuando pareces
más feliz y contenta, de improviso
la frente inclinas y en tus ojos veo
cuajada alguna lágrima indiscreta?
¿Por qné esa agitación latente y sorda,
cuyo origen no sé, que no respeta
ni la plácida paz de este retiro,
y que á menudo, á tu pesar, desborda,

arrancando á tus penas un suspiro,
como un sollozo, acusador?—El hecho
se niega á mi razón, y temo y dudo...
¡Ah, ya no puedo más! Rómpase el nudo
que ata mi lengua y me comprime el pecho.
¿Por qué callas, por qué?—

Casi ceñudo,
clavando su mirada escrutadora
en los ojos de Clara, que confusa
soportaba el agravio de la queja,
la respuesta esperó; pues ¿quién rehusa
fácil alivio al corazón que implora
cuando puede mandar? Quedó perpleja
breves instantes, ruboroso fuego
tiñó su faz, y palpitó en sus labios
tal vez su confesión, tal vez un ruego
que espiró sin nacer. Pero de sabios
es mudar de opinión. Dominó luego
el generoso impulso que sentía
y prorrumpió, mostrándose enojada:
—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manía?
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—

En el fondo del pecho, en lo más vivo
del alma, donde el golpe que se asesta
siempre es mortal, el conde trastornado
sintió el acre dolor de la respuesta.
Como traspasa rayo fugitivo
el seno tenebroso de un nublado,
así la suspicacia, envuelta en ira,
iluminó su frente borrascosa,
y la frase brutal—¡eso es mentira!—
retorcióse en su boca temblorosa,
mas no brotó. Con ojos perspicaces
notó la incertidumbre de su esposa,
y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces,
mal haces en negar á quien te ruega,
lleno de amor, la excusa que le debes!—
¡Aún el recuerdo del pasado jueves
me persigue tenaz! La fértil vega
que esponjaban los céfiros de Mayo,
reverdecía con pujante brío,
y bendiciendo á Dios, como el que acaba
de salir de intensísimo desmayo,
la luz, el campo, la arboleda, el río,
la balsámica brisa, todo estaba

alegre, menos tú. Me propusiste,
tal vez para aliviar tu propio hastío,
una excursión á la vecina sierra.
Cedí: tu aspecto resignado y triste
vencióme y emprendimos la jornada
con la fuerza del sol. Tú, distraída,
extraña á los rumores de la tierra,
dejabas caminar, suelta la brida,
al dócil potro, mustia y fatigada:
y yo á tu lado, sin hablar contigo
marchaba absorto, á tu abstración creciente,
buscando sin cesar causa ó pretexto.
¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo,
que no cruzó ni un punto por mi mente
nada contrario á ti!—Y al decir esto
miraba á su mujer severo y grave.
Escuchábale Clara con la frente
baja y el aire al parecer sereno,
si bien un soplo imperceptible y suave
levantaba el encaje de su seno.—
—Porque no es desamor ¿verdad, bien mío?
no es desamor la pena que te aflige.
Quizás cansada ya ve con desvío

en tan continua soledad,—me dije,—
nuestro largo y monótono reposo.—
Y con esta inquietud dentro del pecho
en silencio seguimos largo trecho,
desanimada tú, yo caviloso.—

Ya en terreno difícil y escabroso,
—el conde prosiguió,—donde el camino
por entre peñas y malezas sube,
en despoblado á sorprendernos vino
de las cimas bajando, oscura nube.
Aquel agrio lugar donde prospera
en libertad la enmarañada broza,
es tan salvaje y solo, que pudiera
servir quizás de ascético destierro
á algún humilde y santo cenobita.
No hallamos ni el refugio de una choza.
Unicamente sobre estéril cerro
divisamos, no lejos, una ermita.
Pero ¿cómo trepar á aquella altura?
Por fin tras mil esfuerzos y cuidados,
nos sacaron con bien de la aventura
nuestros ágiles potros, avezados

á caminar por trochas y montañas,
y llegamos al templo de María
cuando la nube, abriendo sus entrañas,
en lluvia torrencial se deshacía.

La Santa Virgen nos prestó su ayuda
y entramos en la ermita—añadió el conde
más conmovido cada vez.—Tú, muda,
te prosternaste ante el altar de hinojos.—
¡Es menester que sin piedad ahonde
en los negros abismos de mi duda
aun cuando estalle el corazón! Los ojos
casi llenos de lágrimas pusiste
en la divina imagen, y á mi oído
llegó tu voz debilitada y triste,
como el eco lejano de un gemido.
¡Ay! más desalentado que ofendido,
me pregunté confuso:—¿Por qué trata
á quien tan solo para amarla existe,
con tan injusta prevención, la ingrata?
¿Quién causa su profundo desconsuelo
que por injuria á mi cariño tomo?—
Hiriróme el alma punzador recelo,

y vacilé desconcertado, como
si sobre mí se desplomara el cielo.—

Era en el conde la emoción tan viva,
que su queja espiró como el murmullo
del céfiro en la selva, tenue y vago.
La ilustre dama le escuchaba altiva,
y en pertinaz batalla con su orgullo,
más fácil á la ofensa que al halago,
ni una palabra pronunció siquiera,
para calmar las dudas de su esposo,
que á un tiempo enternecido y receloso
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,
y al través de la rústica vidriera,
cercó de pronto tu cabeza rubia
tibio rayo de sol, como si fuera
el nimbo de una Santa. ¡Oh, cuán hermosa,
ante aquel pobre altar arrodillada
te ví, clavando con filial ternura
en la reina del cielo tu mirada!
Sentí como una ráfaga piadosa
que disipaba mi mortal tristeza,
y una voz que bajando de la altura

parecía decir: —¡Quien así reza
es fiel esposa, es inocente, es pura!—

Clara no pudo más. Bajo el hechizo
de aquella blanda queja dolorida,
su tenaz resistencia se deshizo
cual témpano de hielo, que liquida
el sol primaveral.—Pues bien, confieso,
¿á qué ocultarlo?—suspiró llorosa,—
que un afán imposible, con su peso
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—
—¡Oh!—clamó el conde impacientado:—¡dime,
dime, ángel mío, el ansia que te acosa!
¿Quién, como yo, calmártela podría?—
—De mi amor has dudado, y te castigo.
¡Hoy, no! Mañana al despuntar el día,
—respondió Clara—volverás conmigo
á la escondida ermita de la sierra,
donde los dos, con la rodilla en tierra,
elevando las almas á María
y teniendo su imagen por testigo,
haremos mutua confesión... ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto.

lamentarás tu culpa y tu arrebato.
—¿Y mañana hablarás?—¡Te lo prometo!—
—¿No pudieras hoy mismo?...—¡Punto en boca!—
Exclamó la condesa jovialmente:
—y puesto que vengarme determino,
callar por hoy y obedecer te toca.—
Iba el conde á insistir; mas de repente,
suceso extraño á interrumpirle vino.

Por el sendero enarenado y raso
que en caprichosa ondulación se aleja
de aquel risueño edén hacia la entrada,
se iba acercando con ligero paso
un guarda, conduciendo de la oreja
á una niña nerviosa y asustada
como avecilla en manos infantiles.
No el leve peso de sus ocho abriles
rendía su vigor; pero agitada,
seguía la infeliz á la carrera,
dando al viento su crespa cabellera,
de su aprensor la marcha acelerada,
cual tamo que arrebata la corriente
va envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,—

iba diciendo el rústico impaciente,
—pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas
otra vez, destrozándome el vallado,
á robar flores y romper macetas.
¡No volverás á tus antiguas mañas!—
—¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,
con el llanto cuajado en sus pestáñas
como en la flor las gotas de rocío,
y con acento desmayado y triste,
semejante al balido de la oveja
que al sacrificio va.—¡Por fin caíste!—
dijo el guarda, cebándose en la oreja
más roja que el carmín.—Pero descuida
que llevarás el merecido pago.—

Por el rumor creciente sorprendida
salió de pronto la feliz pareja
de las frondosas márgenes del lago,
y marchando al encuentro del severo
y arriscado guardián:—¡Ola! ¡García!—
el conde preguntó:—¿Por qué tan fiero
con esa pobre estás?—Perdone usía,—
contestóle, quitándose el sombrero

en actitud humilde.—Esa mozuela
se coló en el jardín, no sé por donde,
y ha causado más daños que una nube.—
—¡Bravo!—exclamó sin alterarse el conde:
—¿Y es eso lo que aprendes en la escuela?—
—A tiempo—siguió el viejo,—la detuve,
porque si tardo más, llevaba traza
de acabar con el huerto la chiquilla.—
Apróximóse el conde á la rapaza
y acariciando la infantil mejilla,
dijo con blando y apacible tono:
—¿Serás buena, es verdad?—Sí: seré buena—
la culpada exclamó de angustia llena.
—¡Pues anda!—contestóla.—Te perdono.—
—¡Ah, la perdona!—De paciencia falto
gruñó García.—Si el señor la trata
con tanto mimo, en su segundo asalto
deja la posesión sin una mata.
—No tendré compasión si otra vez peca
—dijo el conde rïendo:—Pero ahora
¿qué podemos hacer de esa muñeca
más chica que el dedal de tu señora?—
—¡Qué!—respondióle el guarda en un arranque

de bárbara energía:—¡Casi nada!
Darle un buen remojón en el estanque.—
—¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada
la dama.—¡Si tal haces te despido!—
¡Maltratar á una pobre criatura!—

Prestando á todo perspicaz oído,
ya de la ansiada impunidad segura,
la niña estaba con los ojos bajos
y el picaresco rostro compungido.
Tosca saya de míseros andrajos
sus delicadas formas envolvía,
como el capullo á la naciente rosa,
y animaba su cara maliciosa,
tostada por el sol de Andalucía,
con inocente y vivo centelleo
su mirada lēal, que todavía
no inflamó el odio ni enturbió el deseo.
¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas
que piadosa le dió naturaleza,
parecía aquel ángel cautivado!
Más negro y más lustroso que las alas
del cuervo, relucía en su cabeza

el rebelde cabello enmarañado,
y en su labio entreabierto y encendido
bullían, retozones y traviesos,
prontos como los pájaros de un nido
á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella,
y al través de la saya de mendiga
rasgada y sucia, la encontró tan bella
que exclamó sin pensar:—¡ Dios te bendiga!—
Un sentimiento irresistible y tierno
gana su corazón, siente que el llanto
sube á sus ojos, como el fuego interno
al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
resiste de aquel rostro peregrino?—
Cediendo á un movimiento repentino
corre á su lado, estática se queda
contemplando en silencio á la rapaza,
y una caricia compasiva enlaza
el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía
dominada á su joven protectora,

y radió su semblante de alegría.
La condesa con voz halagadora
—¿cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!—
contestó la chicuela dulcemente,
alzando el rostro interesante y bello.
—¡Si está más despeinada que una bruja!—
dijo Clara, atusándola el cabello
y apartando las greñas de su frente,
que apareció tan plácida y serena
como noche estival.—¡Es muy gallarda,—
siguió, buscando el parecer del conde,
testigo complaciente de la escena.
—Y luego, vuelta hacia Maruja—¿en dónde
vives?—la preguntó.—Cortando el guarda
la plática sabrosa, avanzó y dijo:
—¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
Tal vez en el pajar de algún cortijo
ó en medio de una tropa de gitanos.—
Clara miróle desabrida y seca
y exclamó interrumpiéndole:—¿Qué es esto?
Todos, señor Andrés, somos hermanos.—
Quedó el guarda confuso y descompuesto,
y Marujilla con maligna mueca

prorrumpió restregándose las manos:
—¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Um! ¡Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
tan petulante y vivo, su mirada
tan maliciosa, y su rencor tan justo,
que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,
soltaron á la vez la carcajada.
—¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—
la señora exclamó, como enfadada.
—¡Un arrapiezo que á sus anchas cabe
debajo de una criba, tal descaro!...
Tus padres lo sabrán y ten por cierto
que no te irás sin la debida riña.—
¡Cá! No me reñirán—dijo la niña
con dolorosa ingenuidad. ¡Han muerto!...
—¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!...—
gritó Clara, y cogiéndola del brazo
movida á santa compasión, sentóla
con solícito afán en su regazo.
La picaruela envanecida y muda
se unió á la dama en apretado abrazo,
y en su memoria revivió, sin duda,

el amor del hogar, ese cariño
que es, de ternuras inefables lleno,
más que la leche del materno seno
fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro
el semblante expresó de la inocente,
que con lánguida calma sobre el hombro
de la condesa reclinó la frente,
sin atreverse á respirar apénas,
por no turbar su interno regocijo,
hasta que Clara, al contemplarla, dijo
con blando acento:—Cuéntame tus penas.—

Y en esa charla interminable y rota
como niebla deshecha por el viento,
en que cada palabra es una nota
que llega al corazón, no al pensamiento;
charla con que la infancia nos domina
y muere con la edad cuando se clava
dentro del alma la primera espina;
dió principio la huérfana á su historia
como gorjea el ruiseñor su canto;

mas cuando los sucesos que evocaba
iban cobrando vida en su memoria,
pintábase en sus ojos el espanto.
Como entre sueños recordó el molino
en donde vió del sol la luz primera,
el cauce bullicioso y cristalino,
el huerto ameno y la feraz ribera
por donde alegre, entre el ramaje espeso,
suelta como una cabra triscadora,
buscaba la silvestre zarzamora
y el higo chumbo en sus espinas preso,
hasta que á punto de espirar el día,
cansada ya, bajo el amante beso
de su indulgente madre se dormía.—
Luego habló de la noche pavorosa,
de perpetua tristeza para España
en que la tierra, como mar furiosa,
hizo temblar el llano y la montaña.
—Para auyentar del enemigo impuro
las asechanzas pérfidas, rezando
Maruja estaba en su caliente lecho,
aquella noche memorable, cuando

sintió azorada vacilar el muro,
crugir las vigas, desplomarse el techo,
y á impulsos del tremendo cataclismo
su albergue paternal rodar deshecho,
como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte en aquel día?
Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,
dando voces de horror, entre el destrozo
de su perdido hogar, que engrandecía
aquella soledad agreste y muda,
la pobre niña percibió un sollozo,
ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
de su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento,
haciendo sin cesar esfuerzos vanos
para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
que saltaba la sangre de sus manos,
—¡Madre, madre!—Gritaba respondiendo
á la estertórea voz desesperada
que en lenta gradación se iba perdiendo

en el silencio eterno de la nada.
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástrofe entregada
de la lóbrega noche á la pavura,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima?—A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,
y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó á la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
á un tiempo tan patética y sencilla,

llloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba:—¡Diablo de chiquilla!—
Limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba á emboscarse en su bigote cano.

De pronto alzó la compasiva dama,
turbando aquel silencio doloroso,
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró á su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuasivo,
—¿Quiéres saber—le preguntó—el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego
á la madre de Dios inmaculada?
Pues como el más preciado de los bienes
le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga.—Dijo
empujando á la niña.—¡Aquí le tienes!—

Convulso el conde, y con febril anhelo
besándola, exclamó:—¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo.—

¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba á la oración; la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
y entre el rumor de la arboleda umbría,
en medio de su calma solitaria,
subiendo al cielo en los alados sones
del bronce de la iglesia, y confundidos
en la piadosa y mística plegaria
que alza la tierra al extinguirse el día,
como notas de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo:—¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!—

FIN.

POEMAS CORTOS

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

POEMAS CORTOS

EN EL CREPÚSCULO VESPERTINO.—MINIATURA.—Á UN AGITADOR.—EL ÚNICO DÍA DEL PARAÍSO.—AL DOLOR.—GRANDEZA HUMANA.—LA ESFINGE.—LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET.

PRIMERA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

LIBRERÍA DE FERNANDO FE, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

1895

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ, LIBERTAD, 16 DUP.°

A Manuel Tamayo y Baus,

su amigo del alma,

Gaspar Núñez de Arce.

7 de Marzo de 1895.

EN EL CREPÚSCULO VESPERTINO

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

I

Al morir el invierno, el mundo siente
renacer su agostada lozanía
y cobra de improviso la energía
con que despierta el alma adolescente.
Corre la savia, como oculta fuente,
por el árbol, sin hojas todavía,
y so la tierra aletargada y fría
palpitan el insecto y la simiente.
Cuando sus auras germinales lleva
Marzo ventoso hasta el sepulto grano,
todo se anima y todo se renueva.
Sólo, como un sarcasmo de la vida,
en el marchito corazón humano
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

II

Amorosos y tiernos desvaríos
que encendisteis la sangre de mis venas,
ya tan lejanos de mi edad, que apenas
tengo valor para llamaros míos,
surgid de mi pasado, y luego hundíos
en el profundo abismo de mis penas,
como las ondas claras y serenas
que en el inmenso mar vuelcan los ríos.
Rasgad la negra noche de mis males,
cual atraviesa repentino lampo
las nubes más cerradas y sombrías.
Y sed como las lluvias otoñales,
que hacen brotar en el desnudo campo,
quemado por el sol, flores tardías.

III

Huyeron ya mis años de pelea,
y de la ardiente lucha retraído,
sólo á mis vagos pensamientos pido
la calma que mi espíritu desea.

Soy como el veterano que, en la aldea
donde ignorado vive y escondido,
en contar los azares que ha corrido
sus veladas inútiles emplea.
¿Quién os puede borrar de la memoria,
sueños de la ambición, locos deslices
de la edad juvenil y ansias de gloria,
si, como las honrosas cicatrices,
para siempre fijáis en nuestra historia
el recuerdo de tiempos más felices?

IV

Quiero buscar reparador abrigo
bajo mi antigua y olvidada tienda,
que intervenir en la social contienda
no es ya honor para mí, sino castigo.
¿En dónde, en dónde están los que conmigo
se aventuraron en la lid tremenda?
Dejando voy por la escarpada senda,
uno tras otro, al deudo y al amigo.
Fué nuestra vida atormentada y triste,
amargo el pan y la labor penosa;
pero el templo que alzamos aun subsiste.

Y una voz inefable y misteriosa
me dice ya:—Con tu deber cumpliste.
Tienes derecho á descansar; reposa.—

V

Viviré, ni envidioso ni envidiado,
en la quietud que el cielo me conceda,
y nada habrá que importunarme pueda
como lo que he sentido y he pensado.
¿Á qué seguir con paso acongojado
de la fortuna la mudable rueda?
Toda mi vida á mis espaldas queda
y flota, como un sueño, en lo pasado.
¿Por qué, teniendo al fin de la jornada
la luz detrás, la lobreguez delante,
no tornar á otros tiempos la mirada?
Vuelva hacia tí mi corazón amante,
¡oh aurora de mi vida, inmaculada,
más luminosa cuanto más distante!

VI

De mi niñez la dócil compañera,
abrasada en la fe de sus mayores,

iba, llena de místicos temores,
á recibir su comunión primera.
La luz de anticipada primavera,
quebrándose en los vidrios de colores,
con nimbo de irisados resplandores
coronaba su rubia cabellera.
Cuando al pie del altar, con la creciente
exaltación de su cristiano celo,
rindióse á Dios la virgen inocente,
me pareció que en sosegado vuelo,
agolpándose en torno de su frente,
la besaban los ángeles del cielo.

VII

Nunca gozó la tierra castellana
más gentil y perfecta crïatura.
Era su tez tan sonrosada y pura
como el nítido albor de la mañana.
Tenía su mirada soberana
el brillo de un lucero en noche obscura,
y exhalaba su púbera hermosura
el fresco aroma de la flor temprana.

Como el gorjeo halagador del ave
que canta en libertad, era su acento,
á un tiempo mismo, arrebatado y suave.
¿Quién competía, en el risueño coro
de alegres niñas, con aquel portento
de ojos azules y cabellos de oro?

VIII

Ajenos al temor y á la tristeza
crecimos cual los frutos de una rama,
y aun alumbra el confuso panorama
de mi vida, su cándida belleza.
Mas cuando la inmortal Naturaleza
dice á la juventud:—¡Despierta y ama!—
y alcanzamos la edad en que la llama
de la pasión á embravecerse empieza,
su genio se volvió, para mi daño,
cayendo en singulares extravíos,
suspicaz, melancólico y huraño.
Ya extremaba, impaciente, sus desvíos
y ya, sumida en estupor extraño,
no apartaba sus ojos de los míos.

IX

Á veces se escapaba de su pecho
forzado gozo y sin razón reía;
otras, entre sus manos escondía
su hermoso rostro, en lágrimas deshecho.
Siempre alterado y nunca satisfecho,
yo con ávidos ojos la seguía,
que era su angustia causa de la mía
y origen su esquivez de mi despecho.
¿Quién, turbando de pronto las serenas
horas de nuestra paz íntima y santa,
rompió nuestras dulcísimas cadenas?
Preguntádselo al pájaro que canta,
labrando el nido, sus ocultas penas,
y al insecto, y al germen, y á la planta.

X

Los dos, un día, en solitario huerto,
nos vimos con placer, fingiendo en vano,
junto a un almendro, que se alzaba ufano
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto
presentía la tierra el fin cercano,
y de verde matiz vistiendo el llano
esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestras miradas,
llenas de fuego, como en lid reñida
centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo
aquel desbordamiento de la vida,
que, sin hablar, nos lo dijimos todo.

XI

No sé qué impulso irresistible y rudo
me sacó de mi extático embeleso:
sé que en su casta boca estampé un beso
y la abracé con apretado nudo.

La pobre niña, que evitar no pudo
de mi pasión el temerario exceso,
vaciló, temblorosa, bajo el peso
de aquel ósculo ardiente, intenso y mudo.

Haciéndome sentir de sus enojos
el noble arranque, con nervioso brío
mis ímpetus contuvo y mis antojos.

Pero ¿cómo ofenderme su desvío,
si el amor, asomándose á sus ojos,
á traición me entregaba su albedrío?

XII

¡Ay! ¡No era para mí ventura tanta!
Tenaz dolencia arrebatóme aleve
de mi tierna ilusión la dicha breve,
que aún muerta en mi memoria se levanta.
Del seno virginal de aquella santa,
como nube de incienso undosa y leve,
voló el alma tan pura, cual la nieve
que no manchó jamás humana planta.
Cuando en su casto lecho, con profundo
recogimiento, el pan de eterna vida
recibió, despidiéndose del mundo,
clavó en mí su mirada entorpecida
con el supremo afán del moribundo,
y quedó, al parecer, como dormida.

XIII

Han pasado los años, y aún la veo.
Aun, dejando tras sí radiante huella,

surca la obscuridad su imagen bella
como fulguración de mi deseo.
Cuando en la lucha del deber flaqueo
y el brutal desengaño me atropella,
fijo el cansado pensamiento en *ella*
y, como en tiempos venturosos, creo.
Hoy que, ceñido el corazón de espinas,
del sol poniente al resplandor escaso,
me siento á meditar sobre mis ruinas,
por vez postrera, apresurando el paso,
¡Ay! Llega con sus tintas matutinas
á templar las tristezas de mi ocaso.

MINIATURA

—

(JULIETA Y ROMEO)

Pronto á partir, temiendo que la aurora
á sus contrarios delatarlo pueda,
de pie en la escala de torcida seda,
suspira el joven con pesar:—¡Ya es hora!—
Y envuelta en la hojarasca trepadora
que por los vidrios del balcón se enreda,
con voz, la dama, entrecortada y queda
retiene al dulce bien que le enamora.
Tan sólo el canto, precursor del día,
de la impaciente alondra, quebrar pudo
del furtivo coloquio el embeleso.
—¡Ya va el alba á llegar, vete, alma mía!—
ella gimió, y en el silencio mudo
de la vencida noche, estalla un beso.

Á UN AGITADOR

I

En vano mueves la opinión, y en vano
tu palabra de fuego centellea.
Para que llegue á germinar la idea
que arrojaste en el surco, aún es temprano.

Fundiendo el tiempo en el crisol humano
razas y tribus, las naciones crea.
¿Hay, por ventura, alguna que no sea
lenta labor de su invisible mano?

Por más que ceda á la presión del hecho,
no sacrifica un pueblo dócilmente
su fe, su tradición y su derecho.

Y cual río caudal, cuya corriente
cambiando avanza por su antiguo lecho,
siempre es el mismo y siempre diferente.

II

Cuando la nieve que el invierno frío
en las abruptas cumbres aglomera,
licuada por la tibia primavera,
baja de peña en peña al valle umbrío,
el revuelto turbión que afluye al río
márgenes rompe, y la corriente fiera,
dilatando el estrago por doquiera,
lánzase al mar con indomado brío.
El soberbio raudal devasta el llano,
arrebata los rústicos hogares,
descuaja el bosque y la ciudad inunda:
hasta que Dios, con inflexible mano,
le reduce á sus cauces seculares,
y las campiñas que asoló, fecunda.

EL ÚNICO DÍA DEL PARAÍSO

I

En la bóveda azul, antes sombría,
el fulgor de la gloria reverbera,
y es el mundo en su breve primavera
todo amor, todo paz, todo armonía.

¡Con qué infantil y extática alegría
alzan su vista á la insondable esfera
Eva y Adán, cuando por vez primera
abren los ojos á la luz del día!

Rinden al hombre, sazonado fruto
la tierra, el cielo su vital fluído,
música el bosque y obediencia el bruto.

Todos vienen á un signo de su dedo,
que, en brazos del dolor, aun no ha nacido
de las entrañas de la culpa el miedo.

II

Despliega el sol, que por Oriente asoma
con regia majestad, su intensa llama
y el calor de la vida desparrama
por la extendida vega y fértil loma.
Gustando, incautos, la madura poma
cuyo jugo sus picos embalsama,
juntos se posan en la misma rama
el halcón y la tímida paloma.
Por el llano, feraz sin que la reja
le desgarre inclemente, en paz bendita
pastan el lobo y la sufrida oveja.
Y en el Edén florido, que palpita
como un seno fecundo, se refleja
la calma de los cielos infinita.

III

Eva, que aspira en el jardín ameno
el húmedo frescor de la alborada,
ve su casta hermosura retratada
de manso arroyo en el cristal sereno.

Céfiro besa, de perfumes lleno,
su cabellera, como el sol, dorada,
que cae en leves ondas desatada
sobre el ebúrneo y delicado seno.
Quédase un punto atónita, indecisa,
quiere luego abrazar la imagen pura
que en la corriente trémula divisa,
y, al ver rota en el agua su figura,
lanza á los ecos su vibrante risa
perdiéndose al través de la espesura.

IV

La muda soledad del firmamento,
como un lago, tranquila y transparente,
el murmullo apacible de la fuente,
la rumorosa undulación del viento,
de la vida el perpetuo movimiento
que Adán, embelesado, admira y siente,
todo sume su espíritu inocente
en grave y religioso arrobamiento.
Con el llanto agolpándose á sus ojos,
sobrecogido ante grandeza tanta,
póstrase, en tierna adoración, de hinojos.

Y es, bajo el solio del espacio inmenso,
la primera oración que á Dios levanta,
pura cual nube de oloroso incienso.

V

Eva, por la serpiente seducida,
cede al funesto ardor que la devora
y vuelve á Adán, confusa y tentadora,
de su belleza virginal vestida.
Por gustar de la fruta apetecida
que despierta sus ansias en mal hora,
suplica humilde, apasionada llora
y en su inquietud febril de Dios se olvida.
Fuego devorador y repentino
de Adán enciende el contenido celo
y abre á su infausta rebelión camino.
Y cuando, en lucha con su propio anhelo,
sucumbe al dulce halago femenino,
va el sol llegando á la mitad del cielo.

VI

¡Cuán tremendo el estigma del pecado
sobre sus almas consternadas pesa

al ver pasar, como fugaz pavesa
barrida por el viento, el goce hurtado!
Núblase el cielo de repente, el prado
se agosta, el canto de las aves cesa
y huyen rugiendo por la selva espesa
las fieras en tropel desordenado.
Como vagas imágenes de un sueño,
brillan y se deshacen de improviso
las dichas del Edén, antes risueño.
Y en la gran dispersión del Paraíso,
sólo queda á las plantas de su dueño,
aullando de terror, el can sumiso.

VII

«¡Gemid, gemid por vuestra infausta suerte,
—truena la voz de Dios desde la altura;—
la paz del mundo en negra desventura
vuestra soberbia ingratitud convierte!
Tú, Adán, tú labrarás, como más fuerte,
desde hoy la tierra, á tus esfuerzos dura,
y será siempre tu progenie impura
esclava del dolor y de la muerte.

Salid, hasta que en hora venidera,
el pie de una mujer inmaculada
la frente aplaste de la sierpe artera.» —
Dijo, y blandiendo su fulmínea espada
el ángel del Señor, echólos fuera
del mustio Edén, y les cerró la entrada.

VIII

La tarde empieza á declinar. Con paso
medroso y torpe, la infeliz pareja
de aquel lugar de perdición se aleja,
dirigiendo su rumbo hacia el ocaso.
El tímido pudor ante el fracaso
de la ventura humana, huye y los deja,
y con rígida piel de blanca oveja
cubren su cuerpo macilento y laso.
Cada vez es más áspero el camino:
difusa franja de matices rojos
arrebola el celaje vespertino.
Avanzan, y al través de los abrojos
con susto ven, del animal dañino
que está en acecho, relucir los ojos.

IX

La rencorosa culpa que con ellos
marcha invisible, sus conciencias muerde
para que el bien pasado los recuerde
el dolor, y se ericen sus cabellos.

Ya la tierra, á los pálidos destellos
de amortiguada luz, sus galas pierde
y no muestran el monte, ni la verde
selva, ni el cielo azul tonos tan bellos.

La tristeza aumentando del paisaje
oyen, por donde van, lúgubre y queda
la voz de su delito que los nombra.

Y lejos, por los troncos y el follaje
de la intrincada y tétrica arboleda,
ven flotar los fantasmas de la sombra.

X

El sol, al trasponer la última cumbre,
su disco agranda y por instantes crece,
y está tan encendido que parece
el rojizo horizonte un mar de lumbre.

—¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre
se precipita el sol. ¡Todo fenece!—
Eva temblando grita y desfallece,
presa de su mortal incertidumbre.

—¡Es el incendio, es el incendio!—gime
desesperado Adán.—¡Tal vez la llama
que purifica el alma y la redime!—

Y alzando al alto cielo que se inflama
la faz inquieta, en su terror sublime,
—¡Dios que ofendí, misericordia!—clama.

XI

Rendidos por la angustia y el espanto
caen en honda congoja, y mientras dura
su lánguido sopor, la noche obscura
cubre los cielos con su negro manto.

¡Ay! al volver de su estupor, ¡con cuánto
afán, mezcla de asombro y de pavura,
clavan en las tinieblas de la altura
su mirada tenaz, que ciega el llanto!

Con el aura que calla el ruido expira.
Un astro sin calor, por el sombrío
y mudo espacio, amarillento gira.

Y, abrazándose á Adán en su extravío.
Eva balbuce sollozando:—¡Mira!
¡Es el sol que se muere! ¡Siento fríol—

XII

Y la celeste bóveda enlutada
es para su creciente desconcierto,
urna de un mundo desquiciado y muerto
que toca en los confines de la nada.
Llenos de horror, con la razón turbada
y el semblante de lágrimas cubierto,
por aquel vasto y lóbrego desierto
van á tientas siguiendo su jornada.
Su propio pensamiento los hostiga,
la sombra todos los caminos cierra,
y es mayor por momentos su fatiga.
Hasta que el susto embarga sus sentidos
y dan, como cadáveres, en tierra
por su medrosa ofuscación vencidos.

XIII

¡Oh claridad del alba, precursora
de un día inesperado! Tú viniste

á libertar á Adán de aquella triste
noche, como el pecado, abrumadora.
Despiértase la vida, el sol colora
la tierra, el cielo de fulgor se viste,
y en jubiloso coro cuanto existe
canta el himno sublime de la aurora.
Desde que, envuelto en santa poesía,
un rayo matinal tenue y fecundo
calmó de nuestros padres la agonía,
para el mísero, el pobre, el moribundo,
en el primer destello de aquel día,
¡tú, Esperanza inmortal, bajaste al mundo!

AL DOLOR

I

Tú nos recoges al nacer, y en vano
es luchar contra ti. Nunca vencido,
la vida universal siempre ha gemido
sujeta al férreo yugo de tu mano.

¡Ay! si en la inmensidad tu soberano
poder, sobreponiéndose al olvido,
el llanto condensase que ha vertido
desde su origen el linaje humano;

si la lóbrega nube reventara
y bajo su espantosa pesadumbre
en lluvia torrencial se desatara,

tocando el mundo en su postrero día,
el diluvio de lágrimas, la cumbre
de los más altos montes, cubriría.

II

¿Quién escapa de ti? ¿Quién tu castigo
evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?
Desde que el hombre emprende su jornada
de la cuna al sepulcro, va contigo.
Mas no con torpe lengua te maldigo
¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,
como Dios sacó un mundo de la nada,
sacas del mal la luz que adoro y sigo.
Fuerte artista que labras tu escultura,
el bloque humano sin piedad golpeas
y el bien arrancas de su entraña dura.
Chispas de tu cincel son las ideas
con que iluminas nuestra noche obscura,
cuando tus obras inmortales creas.

GRANDEZA HUMANA

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,
nada resiste á mi potente anhelo:
Esclavizo la luz, escalo el cielo,
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.
De los secretos que Natura encierra
voy desgarrando el tenebroso velo,
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo,
Dios no me espanta ni el dolor me aterra.
¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.
Los mismos dioses que adoré en mi aurora
hoy, con desdén sacrílego, deshago...»

—

—¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:
el átomo invisible que devora
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.

LA ESFINGE

I

La caravana por camino incierto
con recelosa indecisión avanza,
temiendo á cada paso la asechanza
de las nómadas tribus del Desierto.
Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y donde quiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado, muerto.
Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limitan de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta,
y solo al fin del diáfano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la misteriosa Esfinge se levanta.

II

Sembrado está de huesos, que calcina
sol inclemente, el árido contorno,
y por el aire, ardiente como un horno,
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza polvo sutil densa neblina
de la cansada caravana en torno,
que, rindiéndose al peso del bochorno,
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,
antes se irrita más, cuanto más finje
gratos *oasis* el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca
la gigantesca mole de la Esfinge,
impenetrable y muda como el cielo.

III

Buscando alivio á sus atroces penas
en su camello el árabe dormita;
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *simum*, rompiendo sus cadenas,
obscurece la bóveda infinita
y con terrible convulsión agita
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,
arrolla en desatado torbellino
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
allá ciega y brutal como el Destino,
corta la Esfinge el término lejano.

LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET

—

HAMLET

¡Ser ó no ser! ¡La alternativa es ésta!
Si es á la luz de la razón más digno
sufrir los golpes y punzantes dardos
de suerte horrenda, ó terminar la lucha
en guerra contra un piélago de males.
Morir; dormir. No más. Y con un sueño
pensar que concluyeron las congojas,
los mil tormentos de la carne herencia,
debe término ser apetecido.
Morir; dormir. ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rémora es ésa; pues qué sueños
podrán ser los que acaso sobrevengan
en el dormir profundo de la muerte,
ya de mortal envuelta despojados,
suspende la razón: ahí el motivo

que á la desgracia da tan larga vida.
¿Quién las contrariedades, el azote
de la fortuna soportar pudiera,
la sinrazón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos, y el escarnio
que del menguado el mérito tolera,
cuando él mismo su paz conseguirla
con un mero punzón? ¿Quién soportara
cargas, que con gemidos y dolores
ha de llevar en vida fatigosa,
si el recelo de un algo tras la muerte,
incógnita región de donde nunca
vuelve el viajero, no turbara el juicio,
haciéndonos sufrir el mal presente,
antes que en busca ir de lo ignorado?

SHAKESPEARE *(Hamlet, acto* II, *escena I)* (1)

(1) Me he permitido copiar el *monólogo* de *Hamlet*, por parecerme el que más se ajusta al texto original, de la excelente traducción castellana que ha hecho de las obras dramáticas de Shakespeare el distinguido literato y poeta D. Guillermo Macpherson. Pido perdón á mi ilustre y estimadísimo amigo por la libertad que me he tomado, contando de antemano con su proverbial benevolencia.

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo
de lo ignorado penetrar pudiera,
saber la suerte del torrente humano
que el impulso del tiempo, hora por hora,
vuelca en la muda eternidad, y luego
volver al mundo, iluminar las almas
y disipar la tenebrosa duda
en que, siglo tras siglo, se consumen?
Mas Dios no quiere que mortales ojos
profanen, atrevidos, el misterio
donde, como en un templo, están ocultos
el principio y el fin de cuanto alienta.
Y á la manera con que frágil orla
de leve arena el ímpetu contiene
del proceloso mar, así la tumba
dice al soberbio y loco pensamiento:
—¡No pasarás de aquí!—

Si no arraigara
en nuestra mente la tenaz idea
de un *más allá* sin fondo y sin orillas,
do reparten el premio y el castigo
la Justicia absoluta, el Bien supremo

y la excelsa Verdad; si nuestra vida
fuese como el relámpago, que nace
y muere en las entrañas de la nube,
sin dejar de su paso huella alguna,
y no tuvieran ulterior destino
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo
ni la torpe ambición; si el mismo sueño
durmiesen en el lecho de la nada,
indiferente, inalterable y ciega,
el déspota y el siervo, el noble mártír
y el verdugo feroz, el alma pura
y el corazón dañado, no serías
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creo!
ordenación, y providencia, y eje
del universo, que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia
de los hijos del hombre, tan profundo
é incurable su mal, y la aparente
complicidad de los callados cielos
con tal pujanza á la razón se impone,
que á veces ¡ay! hasta la fe más viva
vacila temerosa y desespera,

semejante á la roca que, azotada
por el vaivén continuo de los mares,
retiembla en sus cimientos de granito.
Cuando desde las cumbres de la Historia
el abatido espíritu, rompiendo
la densa lobreguez de lo pasado,
contempla absorto la intrincada ruta
que, manchada de lágrimas y sangre,
la humanidad ha recorrido, siente
como un vago terror, y en el silencio
de la noche, en las páginas del libro
sobre el cual, melancólico, medita,
piensa escuchar, como el fragor confuso
de un mar, oculto á la mirada, el ronco
grito de espanto, el lúgubre lamento
de cien generaciones ya sepultas.
Desde que el hombre amaneció en la tierra,
hacia la huesa inescrutable y fría
revueltos van esclavos y señores
torciéndose de angustia, atormentados
de misterioso afán y siendo todos,
en la incesante y bárbara pelea,
á la vez vencedores y vencidos.

Allá van los asiáticos imperios
con su abominación; con sus crueles
iniquidades, sus atroces fiestas
y sus infamias la cesárea Roma.
Allá van razas, tribus y naciones
al fraude y á la fuerza sometidas,
y en lo más hondo de su negro seno,
sin pan el pobre, sin clemencia el rico,
sin el alivio de su pena el triste,
y todos sin amor. Así ¡oh desdicha!
fueron y van, tras la impalpable sombra
de su ilusión, los míseros mortales,
arrastrando en su curso tumultuoso
hacia el voraz sepulcro, sus ensueños
de gloria, sus quiméricas grandezas,
las breves y ostentosas creaciones
de su incierta razón, hasta los vanos
dioses, que en las catástrofes del mundo,
incrusta el miedo en la flaqueza humana;
tal como lleva desbordado río,
entre sus turbias aguas, los despojos
de las comarcas fértiles que asuela.
Así fueron é irán, hasta que el tiempo

toque en su plenitud y el sol se apague,
todos los seres de mujer nacidos,
siempre elevando el pensamiento, y siempre
cayendo en un dolor sin esperanza.
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,
Job sin paciencia ni virtud, y llora!
¡Llora, pues nunca te dará la tierra
la soñada ventura que persigues!
¡Viniste sólo á combatir, combate
y sangra sin cesar, hasta que llegue
la muerte redentora y te desnude
de la gran podredumbre de la vida!

Mas ¿y después? ¡Después!... La luz excelsa
para el ciego, la paz consoladora
para el vencido, el lauro para el mártir
y el eterno dolor para el verdugo.
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado
el espacio infinito en donde giran
con firme ritmo innúmeras estrellas,
para entregar á las monstruosas fauces
de un insaciable azar, tanta hermosura!
Ni has ornado de vivos resplandores

el pabellón cerúleo, que cobija
la humilde tierra, ni con franca mano
das á los prados floreciente alfombra,
verdor á las frondosas arboledas,
ondas de plata diáfana á los ríos,
nieve á las cumbres y olas á los mares,
para que tan magnífico escenario
sea tan sólo el campo de batalla
donde en inútil lucha se devoren,
sin paz ni tregua, los humanos séres
engañados por ti. ¡Caiga mi lengua,
como fruto podrido de la rama,
antes que lance contra ti, Dios mío,
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje!

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Crepúsculo vespertino 7
Miniatura 17
Á un agitador 18
El único día del Paraíso 20
Al dolor 30
Grandeza humana 32
La Esfinge 33
Leyendo el *Monólogo de Hamlet* 36

Hw 83/7/63

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not remove the card from this Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

Author Núñez de Arce, Gaspar
Title La visión de Fray Martin, poema.

36351 LS N975v